Me dicen El Querubín

Inscripció102752

Walter Garib

En el alma de todo hombre,
aunque sea un harapo, flota,
como el aceite sobre el naufragio,
un resto de dignidad.

Mahfúd Massís
(1916—1990)

Domingo

En la cárcel modelo del pueblo de Tiltil —situada al norte de Santiago a diecisiete leguas de posta— Ismael Leonides, condenado por torturar y asesinar a opositores políticos durante la dictadura militar, ocupa desde hace tiempo una celda solitaria. La misma donde se suicidó por ahorcamiento su anterior inquilino, el coronel Bartolomé Alzamora Ramírez, acusado por sus camaradas de traición a la patria, al negar su adhesión al golpe militar de 1973.

Ve próximo su fin de cara al horizonte del destino, mientras escucha a modo de letanía, las súplicas y lamentos de quienes soportaron sus agravios. Semejante fatalidad se refleja en sus ojos perturbados, abatida espalda de vagabundo, cabellera enmarañada, boca marchita, fétida letrina, donde se resume una vida de perros. No se halla agónico, sitiado por enfermedad incurable alguna, ni próximo al suicidio. Espera en actitud de pasajero resignado en el andén del adiós, la visita del cortejo fúnebre, cuya marcha nadie puede interrumpir.

A hurtadillas penetremos en su historia por la puerta de la intimidad.

Dentro de la inconmovible quietud de Tiltil, pueblo agazapado en la serranía, donde los vecinos se empeñan en vivir envueltos en lejanas nostalgias, mirando con suspicacia el futuro, hace más de un siglo murió asesinado a traición el guerrillero Manuel Rodríguez. Un sicario venido desde las tinieblas, cuyo nombre no es del caso recordar por mucho que figure en libros de historia y haya quienes lo veneren, arrancó de cuajo sus sueños de libertad.

Ismael Leonides, alías “Querubín” aguarda el amanecer de un día próximo cualquiera, ocasión en que el

teniente de gendarmería a cargo del pelotón de fusilamiento, ordenará disparar a su corazón señalado por un círculo rojo de cartulina, prendido en su pecho.

Aislado en una celda fría sin ventanas, pintada de blanco, donde la luz sólo proviene de la iluminación artificial, su evocar transcurre a saltos de mata, en una constante fuga hacia lo desconocido. Vive el cansancio de horas sin poder verificar, contemplando a diario el entorno de su encierro, donde las novedades están ausentes, a no ser que aparezcan cucarachas en escena, y él se entretenga en cazarlas como si de hacerlo dependiese seguir vivo. Disfruta de ello. Es una manera de distraerse, usando la fórmula de gastar el tiempo en una labor estúpida, de quien sospecha el final. En un cucurucho pone restos de comida, migas de pan y lo instala próximo al inodoro, el lugar preferido de las cucarachas y por otros bichos de caparazón negra, empecinados en hacerle de la vida una permanente desgracia.

Noche a noche en sagrada vigilia, agazapado en un rincón, aguarda la aparición de los insectos. De cuantos logra atrapar, sólo a los más relucientes y jóvenes les perdona la vida. Despachurra al resto a zapatazos y experimenta un súbito frenesí, al sentir la sonajera de la muerte, igual a globos de goma, reventados en un cumpleaños. “Mis amigas leales” les dice y enseguida mete a las sobrevivientes en una caja, donde les da de comer cualquier desperdicio, inmundicia, inclusive las chinches que logra pillar en la ropa de su lecho.

Dispone de inodoro a la turca, lavabo y un catre, provisto de jergón y sábanas de tocuyo. Una vez a la semana le retiran la ropa sucia y se la regresan a los tres días, lavadas al parecer con aguas servidas, pues huelen a letrina. Si hace frío —suele instalarse desde temprano en su celda— le entregan una frazada gris, olor a vómito de perros. Bajo las insuficientes tapas no logra calentarse y hasta el amanecer se revuelca en el lecho buscando un sitio amable, convencido de vivir una catástrofe.

En ocasiones, a causa del frío, se ha orinado mientras duerme. Al cerciorarse de aquel desgraciado infortunio, recuerda cuando de niño se meaba en la cama con frecuencia y su madre le hacía remedios caseros. Le ponía bajo la almohada hojas de boldo, eucaliptos, y para soltarle la vejiga, le daba baños con sales aromáticas antes de acostarlo. Sin embargo, su padre veía en todo esto una bobería, propio de gente inculta y aseguraba que el castigo corporal era la única medicina, y se deleitaba propinándole correazos en las nalgas. Esa brutalidad, seguida a veces de heridas lacerantes, la supo descargar en contra de quienes torturaba, pues era un modo de vengarse de su odioso progenitor. ¿Por qué el destino extendió sobre él sus gelatinosas alas de muerte? ¿Merece ese trato vejatorio quien cumplió con sus deberes con la patria? Se pregunta sin permitirse tregua, como si alguien diese furibundos aldabonazos en la puerta de su conciencia perturbada.

Los miércoles, si lo desea, se puede duchar con agua caliente en un recinto especial. Hasta ahí llega engrillado y mientras se baña solo, un gendarme lo observa sin quitarle los ojos de encima, lo que Leonides interpreta como acto libidinoso, propio de un pervertido. ¿O se imagina esta actitud al hallarse privado de acceder a una hembra? Apenas si dispone de tres minutos para lavarse con un jabón de afrecho, y secarse usando una toalla de tela burda que huele a sobaquina. A veces la toalla es el resumen de hediondez de letrina, pero si se le ocurre reclamar, le agregan otras pestilencias.

Cada dos meses, el peluquero concurre a su celda para cortarle el cabello y la barba, a partir de cuando se negó ir a la peluquería. El estilo no tiene por qué ser del gusto del cliente, si lo fuese, sería un privilegio imperdonable. El fígaro, un gendarme del penal, con apariencia de matarife debido a sus manos regordetas y ojos de buey, usa una máquina de trasquilar. La opera sin miramientos, al suponer que el cliente es una infeliz oveja. De tres pasadas urgentes, le echa abajo la barba y el pelo se

lo deja picoteado. Otro gendarme de trato afable y manos nada de torpes cuando manipula su herramienta, le corta las uñas de manos y pies con una tijera enmohecida. Acaso sea la misma utilizada para podar los rosales del jardín de la casa del alcaide. "¿Sabes? —dice el manicuro usando un tono de dulzura— tienes las más lindas manos del penal. Cualquiera diría que son de señorita".

La única puerta de su calabozo, un sólido planchón de hierro con cerrojo doble y fallebas inviolables, tiene un ventanuco por donde es vigilado cada cierto tiempo, y a través del cual ingresan una ración de alimento tres veces al día, o le dan de beber. Si los gendarmes están de ánimo, por compasión le obsequian cigarrillos, o las colillas cuando el sentido de generosidad anda por los suelos.

El presidiario, al atosigarse con el humo suicida y la nicotina que llega a sus pulmones ennegrecidos, se empieza a aproximar paso a paso a la muerte agazapada, quien no distrae un solo segundo en vigilar a una de sus presas más apetecidas. Aquella soledad sin tregua ni límite conocido, le permite reflexionar sobre el pasado y buscar cierta explicación a su desventura, tejida por él mismo durante cuarenta años, desde que tuvo conciencia de las cosas. La vive a diario vinculada a estigma, desgracia atosigante, al ritmo de sus pensamientos o a los latidos de su emporcado corazón.

Sus ojos, desfallecidos de mirar una y otra vez los escasos e idénticos objetos desparramados en una celda minúscula, no encuentran nuevas explicaciones a su encierro. Todo parece haberse confabulado en su contra. Es una constante, una reiteración majadera de hechos vividos que no le permiten un sólo instante de quietud.

En la noche, después de haber dado de comer a las cucarachas y observar su comportamiento, el encierro adquiere siniestra realidad. Se pregunta, al desnudar su entorno, si el sueño será capaz de borrar su penuria. A veces, mientras duerme, escucha la voz autoritaria de quien lo llama por su nombre y empieza a zamarrear con

brutalidad para despertarlo, pues ha llegado la hora de ser fusilado. “Hemos venido por ti, Leonides, para que pagues tus abominables homicidios contra la sociedad”, dice el sujeto. Es cadavérico de calva brillante, vestido con una túnica blanca ajada, y carga una guadaña al hombro.

Engrillado lo conducen hasta el patíbulo, mientras oye a quien, junto a él, reza un plañidero padrenuestro. Aquella oración lo desespera, al recordar a su madre rezando cuando estaba enfermo. Alguien intenta ponerle una venda en los ojos, pero él se opone asumiendo una dignidad decrecida. Quiere presenciar cómo la sociedad se cobra venganza. Cuando ve al teniente bajar el sable, despierta estremecido por esa pesadilla recurrente, y se lleva las manos al pecho para comprobar si está vivo.

A menudo se distrae con lecturas de libros de historia, o de alguna novela elemental de urgente digestión solicitada en la biblioteca de la cárcel. Precisa gastar el tiempo, evadirse, atiborrarse de ideas absurdas, emborracharse sin alcohol, pues la certeza de morir pronto, se instala a dormir junto a él, similar a amante despechada. Si el insomnio asoma su figura fatídica de cancerbero, lee un par de páginas de la novela de José del Carmen Fullerías —obsequio de un familiar— obra que desde hace meses no ha podido concluir, pero semejante a una bendición papal, el dulce sueño lo visita de inmediato.

Siente los segundos trocarse en minutos y éstos en horas, y las horas dar paso a los días, a las semanas, para convertirse en meses configurando una odiosa espera. Visto así, el tiempo no tiene rostro, color ni huele a nada, como si fuese el viento o el tañer de una campana distante. Acaso es el grito quejumbroso de quien lo acusa desde el pasado. Si fuese una idea, quizá sería tolerable, pero ésta inunda su entorno, lo manipula con ese ímpetu venido de otro escenario y se convierte al fin en un personaje real. Lo acompaña sin darle pausa, transformado en pústulas que a veces le aparecen en el cuerpo.

Aunque no dispone de reloj y no puede ver el sol

desde su celda, las horas parecen estar agazapadas en el reloj de su febril imaginación, moviéndose al ritmo de su desdicha. La única manera de saber la hora, es posible cuando le llevan de comer, pero al momento de apagarse la luz eléctrica, el tiempo se dispersa junto con las sombras, y la noche se cobija entre las cuatro paredes.

A menudo despierta al sentir que alguien comparte su lecho, pero es la almohada puesta entre sus piernas, para experimentar la sensación de hallarse con mujer. La acaricia y la empieza a besar, mientras se refriega contra ella, hasta sentir la necesidad de masturbarse. Para hacer más real la estimulación, recuerda las veces que amó a una mujer, o la violó por imperio de sus obligaciones de torturador.

Descubre ahora, al estar confinado en una celda, que mientras participó en el aparato represor de la dictadura militar, había sido tan sólo repugnante cucaracha, aunque gustaba presumir de alacrán. Un bicho maloliente de cuerpo oval, aplastado, provisto de antenas largas y finas, para buscar el sustento. Tardaba en reconocer su condición, sin embargo, al desnudar su alma pervertida creía acercarse a Dios de quien estaba olvidado, a partir de cuando ingresó al aparato represor de la dictadura.

De vez en cuando, lo visita un pastor evangélico, para hablarle de Cristo y leerle un párrafo de la Biblia. Aunque su interés es relativo, Leonides escucha a quien trata de reconciliarlo con Dios, pero ignora si logrará su objetivo. “Mis pecados son demasiado bestiales para recibir el perdón”, se excusa, y pide al pastor que se marche.

En cierta ocasión, un familiar le llevó de regalo una revista sobre insectos, pues quería estudiar las hormigas luego de enterarse de su laboriosidad y sentido social. Se sorprendió encontrar en la publicación varios antecedentes de la cucaracha, donde se asegura que el insecto era tan abundante en el carbonífero superior —hace unos doscientos cincuenta millones de años— que este periodo

se denomina a veces Edad de la Cucaracha.

Desde luego, ante esa antigüedad, no era tan ingrato ni despreciable ser cucaracha, como lo había creído al principio. Quizá constituía un honor. A partir de esa fecha, empezó a sentir respeto por ellas y no volvió a matarlas. No cualquier bicho había conseguido sobrevivir esa cantidad de años, siempre bajo el riesgo de ser depredado por otros animales, o por la mano ruin del hombre empeñado en destruir su entorno.

Cada domingo, alguien vinculado a su familia lo visita cerca de las once de la mañana. Tres horas antes, personas ajenas a la cárcel modelo —apodada "El Purgatorio", por los reclusos— llegan al pueblo a caballo, en carretelas, en buses o por ferrocarril a participar en la feria, que se instala a lo largo y ancho de la calle Manuel Rodríguez, bautizada así para homenajear al guerrillero.

En la estación de trenes acostumbra a reunirse el mismo grupo de vecinos, dispuesto a comentar las noticias del día, a recibir parientes, a emprender viajes hacia otros lugares, o a permanecer ahí, por el único encanto de derrochar el tiempo a la espera de un suceso extravagante, que por lo general nunca ocurre. A los chicuelos del lugar les seduce ir de pesca al estero Lampa, aunque haya quienes aseguran que ahí no hay ni bagres. No importa. Igual es posible pescar pejerreyes, y si la suerte no se muestra esquiva, una trucha despistada.

Desde cuando terminó la dictadura, nadie muere en forma violenta, ni desaparece de su hogar, ni se ve forzado a huir de lugar alguno. Los crepúsculos de Tiltil invitan a disfrutar del color solferino del cielo, a brochazos teñido, y permite imaginar un lejano incendio en marcha.

Un observador acucioso podría reparar en el hecho de que el pueblo no tiene ferrocarril. Acaso jamás llegue hasta ahí por omisión u otra razón oculta, pero ¿es posible una historia como la nuestra sin trenes y desprovista de hechos ligados a su existencia mágica? Aceptemos pues, en beneficio de la novela, esta licencia literaria.

Es así cómo la calle en viernes, igual a cualquiera de un pueblo de serranía, cubierta de adoquines, se ve invadida de transeúntes ansiosos por adquirir los productos manufacturados de las ciudades próximas. En medio del griterío de quienes pujan por vender, se transa desde un trivial artefacto de vidrio para exprimir, hasta barajas españolas, juegos de dominó, pasando por abigarrados vestidos de mujeres, pañoletas de seda artificial, y ropa interior cuyo uso debe estar restringido a quienes no aspiran a exaltar la pasión. Hay además relojes que no se sabe si informan de la hora, de la temperatura o la humedad, debido a la profusión de punteros, y condecoraciones destinadas a exaltar el heroísmo de una guerra frustrada.

Gracias a esta pluralidad se comercializan zapatos, correas de cuero, confeccionados por los reclusos del penal "El Purgatorio"; revistas empastadas, libros viejos, cachivaches, aperos agrícolas, arneses usados, y aquella diversidad de artículos, que tanto seduce a los habitantes de un pueblo de campesinos.

Los feriantes de la región extienden sobre el suelo esterillas, donde ponen sus variados productos de la huerta. Junto a tiernas lechugas, coliflores, repollos morados, betarragas y frutas olorosas, se ven camisas de colores chillones; utensilios domésticos colgando de cordeles extendidos. Hay morteros, cucharones de madera, cacerolas de loza, ollas y usleros, acaso el más versátil de los enseres de cocina, pues el ama de casa lo utiliza para escarmentar al marido bribón, o para extender la masa de harina.

A nadie parece importar que en Tiltil se encuentre la cárcel modelo, construida durante la dictadura sólo para reos de extrema peligrosidad, y en una de sus celdas viva un condenado a muerte. Cada habitante del pueblo conoce muy bien su significado desde cuando esbirros y sicarios de la dictadura militar, aliada a la oligarquía, perseguían a los opositores políticos y los hacían desaparecer. Los

asesinaban en falsos enfrentamientos; decían que se fugaban y por tal razón estaban obligados a disparar; que cometían atentados con explosivos, destruyendo puentes, torres de alta tensión, oleoductos, lo cual era un sabotaje inaceptable en contra de la patria.

Diez años después de haber concluido la dictadura, quienes participaron en su aparato de represión —no todos— a regañadientes debieron admitir que en vez de enterrar a sus víctimas, las arrojaban a la mar desde helicópteros o de embarcaciones de la Armada. No aclararon si vivas o muertas. Si amarradas a trozos de rieles o dentro de bolsas. ¿Tiene importancia ahora, conocer este hecho anecdótico se preguntará el incrédulo?

Esta es la historia de Ismael Leonides alias "Querubín" uno de los numerosos esbirros de la dictadura, no el más importante, sí uno de los tantos que se caracterizaron por su perversidad sin límite. ¿Cuáles fueron los motivos, el origen de su adhesión a la dictadura? Deben estar ocultos en su corazón, donde sólo él puede arribar. ¿Hubo de por medio una real convicción filosófica o razones de otra índole? ¿De dónde arranca su exceso de difuso límite, responsable de llevarlo hasta donde la oscuridad es dueña? ¿Cómo entender su depravación?

Desde pequeño, Ismael Leonides aún cursaba preparatorias, empezó a sentir repugnancia por la soplonería, debido a que un compañero de curso, quizá uno de sus mejores amigos, lo había denunciado. Se había tratado de una delación, propia de niños que ignoran sus consecuencias, pero él la juzgó un asunto incalificable, tanto o más repugnante que agredir a la madre. Y para responder al hecho, golpeó al delator hasta sacarle sangre de narices, cuando jugaban al trompo a la hora de recreo.

—Me has hecho trampas desgraciado, mariposón borracho —sentenció Ismael, arrebatándole el trompo a quien pensaba zurrar.

Hubo un forcejeo —breve como palabra de tres letras— suficiente para violentar el aire. "Estaba fuera de

mis cabales”, comentó Ismael después de un tiempo, aunque sentía la necesidad urgente de actuar bajo aquel impulso primario, desconocido por él hasta esa fecha.

En medio de la reyerta, experimentó el placer casi morboso al escuchar los gemidos lastimeros de su contrincante, en momentos que le había puesto la rodilla en la cabeza y se la aplastaba contra el suelo, cubierto de piedrezuelas filosas. Vio moverse aquellos ojos de catástrofe, comparables a los de quien va a morir bajo el signo del deshonor, mientras un hilo de sangre le manaba desde las fosas nasales. Todo, de acuerdo a ciertas normas guerreras, resultado legítimo del vencedor sobre el vencido, de quien manda sobre quien obedece, a partir de Caín cuando levantó la quijada de burro en contra de su hermano, e hizo cambiar el sentido de la historia.

—No debió acusarme de haber sido yo quien llenó de semen su tintero —comentó a Marcial Basáez, un grandullón de mirada tierna.

En cierta ocasión Marcial, mientras jugaba con otros niños a la salida de clases, mató a una liebre mediante un procedimiento cruel, tan pronto como la vieron en la plaza, metida entre matorrales. Hasta ahí habían arribado los escolares en grupo para jugar al trompo, y una liebre llegada hasta al centro del pueblo constituía un hecho inusual. Marcial Basáez se abrió paso a empujones entre los curiosos. Vio cómo el animal, cogido de pánico no se atrevía a huir, agazapado en su escondite. Entonces, lo atravesó de una certera estocada en medio del vientre, utilizando un palo aguzado, que él mismo preparó ahí con su cortaplumas, navaja que a menudo esgrimía, para amedrentar a sus compañeros de curso, erigiéndose en una suerte de bravucón de barrio.

No satisfecho, empeñado en exhibir destreza, izó la liebre semejante a bandera de triunfo y empezó a hacerla girar alrededor del palo. La escena, de inusitada crueldad provocó en la mayoría de los niños demostraciones de repugnancia, aunque nadie se atrevió a manifestarla. El

grandullón podría molestarse, y quién sabe si usaba su cortaplumas contra quienes expresaban su disconformidad.

A Ismael Leonides, el suceso le pareció algo exagerado, aunque sintió un extraño placer. Una liebre, aquel inofensivo roedor de color gris amarillento, y muy bien lo sabía, formaba plagas que terminaban por destruir las siembras. Eliminarla, estaba dentro de lo habitual y casi constituía una obligación hacerlo. Vio cómo las vísceras del animal salían por la pequeña herida envueltas en sangre, mientras daba estertores de muerte, lanzando patadas furiosas al vacío, inútil intento de emprender la fuga.

Semanas después, Marcial comentó a Ismael, que su intención no había sido matar a la liebre mediante ese procedimiento atroz. En cambio, había pretendido causar admiración entre sus compañeros de escuela, por haber atrapado a un animal asustadizo, de naturaleza tímida. A partir de esa confesión, Ismael entendió que no siempre se obra con crueldad por amor a ésta. ¿Acaso él desde niño no sintió un particular frenesí ante el dolor, al pensar que le producía exaltación, tal si fuese un elemento necesario?

De sus recuerdos de aquella época, lo asaltaba un hecho ingrato que marcó sus años posteriores. Estaba ligado a su infancia y recordarlo, lo perturbaba hasta causarle ira. El zapatero del pueblo, en cierta ocasión lo había invitado a su taller para mostrarle revistas con ilustraciones y juguetes de su pequeño hijo, quien a esa fecha permanecía en Santiago, en casa de los abuelos.

Mirar las revistas plagadas de monos en colores, donde había princesas, animales fabulosos y, además, poder subir a un autito de latón a pedales, constituyó para él algo inimaginable, pese a tener sólo siete años. Todo parecía un sueño, una visión plasmada de circunstancias alegres, para después ser referidas a sus compañeros de curso. Era sinónimo de vivir en un mundo de permanente fantasía, creado sólo para deleitarlo a él.

Cuando el zapatero lo invitó a pasar a su alcoba, lo

entendió como una proposición a seguir disfrutando de objetos mágicos, escondidos en ese lugar. Se preparó entonces a asistir a un espectáculo extraordinario. Estaba anhelante y lo demostraba por el fulgor de sus ojos infantiles, ajenos a la desconfianza.

Era una pieza pequeña, algo oscura, donde se percibía un fuerte olor a cuero curtido. El camastro del zapatero, viudo desde hacía un par de años, parecía isla desierta. El hombre abrazó con ternura al niño, y entre tanto le acariciaba la cabeza, preguntó si le gustaban los caramelos, pues tenía muchos en un tarro de lata. Sobre la repisa, próxima a su cama cubierta con una colcha amarillenta, tan propia de un internado, se hallaba el tarro de caramelos, junto a libros viejos y a adornos de madera, que el zapatero hacía en sus ratos de ocio.

—Si deseas —dijo el hombre con voz suave— tú mismo puedes sacar los caramelos que quieras, subiéndote a esa silla. Atrévete. No tengas miedo, muchacho.

El niño arrimó la silla de paja al estante y se encaramó, apoyándose en la pared con ambas manos. Estaba ansioso de llegar hasta el tarro con confites, que a la distancia lo tenía deslumbrado. No resultó difícil alcanzarlo, expuesto a sus ojos como si fuese el codiciado tesoro de un pirata, que se empeñaban en hallar, algunos de los personajes de las revistas infantiles que tanto admiraba.

Por esos días había visto una película de piratas de Errol Flynn, cuyas hazañas lo tenían cautivado. El actor sabía manejar con excepcional maestría, la espada, las armas de fuego, mientras propinaba puñetazos y abordaba las naves enemigas, dando saltos felinos. En ese instante, sintió cómo el zapatero le palpaba las piernas desnudas y se permitía mediante un audaz manoseo hacia arriba, llegar hasta el sexo en formación, mientras preguntaba con voz trémula y dulce, si le satisfacían ese tipo de caricias.

A Ismael la extrañeza por las inesperadas palpaciones, lo mantenían más tieso que prenda almidonada. Al ser la primera experiencia de esa índole —

sólo hasta la fecha había sido acariciado por sus padres y abuelos— no tenía respuestas satisfactorias. ¿Adónde podía conducir aquella demostración de inusual cariño venido desde lo íntimo, de quien no tendría por qué expresarlo con él?

Si el hijo del zapatero estaba ausente, viviendo en Santiago, quizás podría ser una manifestación legítima de aprecio hacia quien de seguro se le parecía, cuando tenía su misma edad. De ser así, hasta entendía esa actitud de afecto paternal, debido a que no se atrevía a pensar de otro modo.

Al concluir de acariciarlo, el zapatero preguntó si deseaba probar los confites. El niño no supo armar frase alguna, acosado por la sorpresa. Después bajó de la silla, y en momentos que abría el tarro, el hombre manifestó que podía acomodarse sobre su regazo, luego de haberse sentado en el camastro, para sentir ahí la presencia del hijo distante.

Aquel ofrecimiento, a Ismael Leonides le pareció una nueva demostración de curiosa ternura, al no atreverse a pensar en algo torcido. Casi no sabía distinguir la diferencia entre el bien y el mal en ese tipo de relación, porque nadie le había hablado del tema, aunque en clases de religión el cura algo decía al respecto, pero sin precisar. Se refería a la reproducción de las especies de un modo ambiguo, casi incomprensible para un niño de siete años. En tal caso obedeció, sólo porque deseaba expresar gratitud a quien le había obsequiado caramelos. ¿Estaba en condiciones de negarse? ¿Era justo si el fulano sólo deseaba agradarlo?

El zapatero acogió al niño, igual a un bebé y enseguida sugirió que se sentara sobre sus muslos, dándole la espalda. Mediante esa posición quería sentir el roce de sus invictas nalgas infantiles, de una suavidad exquisita, jamás violadas ni siquiera de pensamiento. Aquella aproximación hizo suspirar al zapatero, pues un inesperado placer cayó gota a gota desde el centro de lo inexplicable.

Luego, empezó a darle punzadas con golpes rítmicos de pelvis, hasta imaginar que sobre él estaba su difunta esposa, ansiosa por complacerlo.

—Podrías, si quieres, sacarte los pantalones. Así, hijo, estarás más cómodo

—le susurró al oído, mientras lo volvía a acariciar en la cabeza y le besaba la nuca.

Como a Ismael la ambientación le parecía novedosa y no le desagradaba, accedió al ruego. Lo desconocido se hallaba a las puertas del descubrimiento, y como una bocanada de aire malsano, se abrió paso a través de la inocencia.

El zapatero, pudo entonces, penetrar a medias la carne virgen para calmar sus ansias turbias, acrecentadas por la soledad. Desde el fallecimiento de su mujer, sólo se satisfacía a través del onanismo, las veces que se acostaba sin compañía. El recuerdo de ella, ineludible a esa hora, lo sentía en plenitud en el camastro, mediante sus olores impregnados desde siempre a las sábanas, y la pasión por ambos mostrada en los juegos del amor.

—Debo irme porque se hace tarde y me van a castigar en casa —dijo de improviso el niño y se zafó de la comunión pervertida sin concluir, fiel a quien rechaza un beso indeseado. Le escocía el ano y un dolor de estitiquez perturbaba su inocencia. El zapatero quedó trepidando, bañado en sudor de galeote, y para concluir la faena de una manera sólo aceptable a medias, debió usar sin tardanza la mano, apenas el niño, mientras se componía la ropa, hubo salido del cuarto.

A Ismael, la evocación de este encuentro pleno de sorpresas, le permitió iniciar el camino del conocimiento, aunque éste se mostraba por la vertiente equivocada, desgarradora, no siempre fácil de comprender por quienes jamás se han atrevido a probar lo contrario de las cosas. O el camino sin retorno, como se identifica. Pese a todo, constituía un tímido paso, la apertura hacia las imágenes secretas que lo acompañaban en la noche. La vez que sintió

un goce primario al palparse el pene erecto, mientras estaba acostado a punto de dormir, descubrió la diferencia. Y el mundo se hizo distinto.

Ahí parecía encontrarse el sentido del inicio de la vida, el arranque hacia el despertar definitivo. Aunque para hallarlo, debía utilizar el revés de la trama. La experiencia resultó una sorpresa. Veía en el zapatero a un ser bondadoso, poseído de particular ternura, empeñado en no violentar el encuentro, pues no deseaba dañar esa relación que podría prolongarse a través del tiempo. Al recorrer el camino de la vida transformado en años, descubrió cómo aquella modalidad para encontrar el deleite, lo había llevado a proceder de igual forma artera, en contra de sus víctimas. ¿Lo hacía por venganza, por ofender el recuerdo, acaso por placer morboso?

De allí que no podía existir discordancia alguna entre violar a un hombre o a una mujer. Para él, la operación tenía características de una intromisión en la intimidad, mediante un abuso de poder. Precisar una diferencia entre el sexo, lo estimaba un hecho inútil, en demasía apegado a las formalidades de la sociedad, de esa misma sociedad que él rechazó, por considerarla retrasada. En consecuencia, la tortura era una demostración de legítima superioridad, ejercida en contra de quienes no querían colaborar.

El recuerdo perturbador de la experiencia con el zapatero —el hombre lo invitaba a menudo a su cuarto para obsequiarle caramelos, y después lo persuadía a iniciar juegos amorosos clandestinos— allegó sombras a su existencia de hombre en formación. No podía evitar el recuerdo que se hace recurrente, hostil, sobre todo en visitas nocturnas.

Cuando a los diecisiete años conoció hembra en un prostíbulo de Santiago, la diferencia del placer sexual mantenido con mujer, le produjo una nueva sensación. No tenían la misma naturaleza ni el sabor, pues el realizado en su niñez resultaba ambiguo y el nuevo le abría otra

posibilidad de amar. Tenían ambas experiencias el encanto de lo misterioso. A partir de ahí, la experimentada desde pequeño, y la materializada en la juventud, parecían estar asociadas y apenas diferenciadas por elementos fáciles de ignorar. Comparable a distinguir la desigualdad entre los ojos.

Permanecer en el penal de Tiltil, significó para él una devastadora experiencia, algo estrafalario. Nunca creyó que iba a ser condenado a muerte. Los homicidios cometidos los miraba como hechos legítimos, propios de una guerra. Y si matar en la guerra es básico, lo suyo le parecía un acto similar, calcado de acontecimientos afines, acaecidos a través de la historia de la humanidad. La historia, salpicada de sangre, era una realidad grotesca para algunos, aunque otros la veían asimilada a una necesidad tras la búsqueda de la razón de la existencia.

A menudo leía sobre asuntos relacionados con el tema, entonces aumentaba su justificación acerca de la legitimidad de matar al enemigo. De lo contrario, éste terminaría por eliminarlo a él. De ser así, se trataba de saber quién daba el primer y definitivo golpe de sorpresa, en el hostil campo de batalla por la vida.

¿Acaso, fue castigado el zapatero por haberlo pervertido? A nadie parecía importarle aquel hecho disperso en la distancia. Y no sólo él había sido forzado por el viudo, sino también otros niños de la escuela, cuando Ismael se aburrió de la relación pederasta, porque el zapatero hedía a alcohol, a cuero podrido y a veces exigía demasiado. Recordaba sus manos encallecidas, el tufo agrio de su aliento, el color amarillo de sus dientes disparejos y la forma de su boca de labios húmedos, de color azulado, pidiendo que lo besara, aunque el niño jamás se atrevió a tanto.

A lo menos, una decena de cándidos infantes había sucumbido a sus gustos refinados de viejo lascivo jamás dispuesto a frenar sus inclinaciones de marica, lo cual más bien aumentaban al ritmo de su soledad. ¿Cuántos otros

como él había en el pueblo ejerciendo en clandestinidad sus deleites desvariados? En casa escuchó decir a su padre que uno de sus compañeros de oficina tenía voz aflautada, inclinaciones raras, pues gustaba poner pétalos de rosas entre las hojas de los libros de poesía y caminaba moviendo el culo, imitando a las mujeres.

Cada vez, el zapatero le pedía nuevas demostraciones amorosas y cuando el niño se excusaba porque no sabía cómo actuar, a causa de las limitaciones de su conocimiento, el hombre amenazaba con negarle los caramelos e impedirle que jugara en el autito de latón.

Cuando gracias a la dictadura militar, Ismael Leonides alías "Querubín" adquirió un poder ilimitado, se dedicó a buscar al zapatero, para cobrar venganza. Precisaba encontrar a aquella alimaña para escarmentarla. Lo quería humillar, someter a torturas despiadadas, donde ninguna de éstas tuviese límite y enseguida entregarlo a quienes desearan disfrutar de sus inclinaciones de pederasta. Incluso, quería presenciar cómo lo violaban, pero de un modo despiadado, sin miramientos, hasta echarle las tripas afuera por el ano. Veía en él al vulgar degenerado de pueblo, ciego de pasión torcida. Quizá de siempre tuvo inclinaciones en reversa, ocultas en su ropaje de hombre íntegro, artesano reconocido, respetuoso de la moral, quien sólo pudo manifestar su odiosa depravación, cuando nadie de su grupo familia estaba en condiciones de amonestarlo.

Durante meses revisó archivos secretos donde pudiese encontrar los antecedentes del viejo zapatero remendón, que por desgracia tenía un nombre demasiado corriente. Por sus manos pasaron infinidad de documentos, listas interminables de nombres, pero en ninguna estaba el sujeto. Tal vez parecía mejor retornar a Tricahue, al pueblo donde había vivido y rastrear casa por casa, hasta su intimidad más secreta, sin desechar la oportunidad de interrogar a todos cuantos podían darle una pista, aunque fuese un rumor.

Cierta mañana arribó a su pueblo natal. Pese al tiempo transcurrido, los cambios no se notaban, aunque las calles lucían pavimentadas y el canal que cruzaba la arteria principal, había desaparecido. Ahí se mojaba los pies y jugaba con barquichuelos de papel, los cuales tenían una existencia efímera. Terminaban por hundirse a la mínima zozobra. La estación de ferrocarril, el correo, las tiendas de los inmigrantes árabes, ahora regentadas por sus hijos, seguían siendo los mismos sitios frecuentados por él.

Casi nadie se acordaba del niño debilucho que había emigrado a Santiago a estudiar humanidades. Incluso lo miraban con sospecha y quienes algo recordaban de él, movían la cabeza para expresar asombro. Esta circunstancia parecía mejor, si de veras quería encontrar al zapatero. No en vano habían transcurrido treinta y tres historiados años, incluido un terremoto que casi borra del mapa a Tricahue y una crecida del río, que tuvo la osadía de trasladar varias casas desde la entrada hasta el final del camino.

En cada sitio visitado preguntó por el zapatero, aunque después de dar su descripción y posible edad, le dijeron que el hombre se había marchado del pueblo, y de eso hacía quince años. Lo sensato era pensar que había muerto de viejo. De hallarse vivo, a la fecha debería tener más de ochenta años, y como se trataba de un tipo vicioso, enfermo del hígado —a menudo bebía hasta quedar convertido en una cuba— las probabilidades de encontrarlo vivo, parecían nulas.

Sin embargo, se resistía a asumir esta eventualidad, más por tozudez que buen razonamiento. Quería a toda costa que estuviese vivo. “La mala hierba nunca muere” se repetía con la obstinación del asno que se niega a obedecer, pese a recibir un notable repertorio de palos en el lomo.

¿Y si su venganza la ejercía contra el hijo del zapatero? Este sí, tenía que estar vivo. Igual, buscaría a ambos aunque tuviese que remover toda la tierra del país, levantar los adoquines de las calles, allanar domicilios,

interrogar a quien se le antojara y tardase años para cumplir con su propósito.

Esa misma mañana, luego de recorrer Tricahue en su labor indagatoria, entró a un boliche a beber café. A esa hora había un solo parroquiano y el dueño del local, en cuya expresión se dibujaba el hastío o la sin razón de permanecer ahí de ocioso. Se sentó a una mesa cubierta con un mantel plástico desteñido, agujereado por quemaduras de cigarrillo y se puso a rememorar cuando correteaba por las calles acompañado de sus amigos de la escuela, tanto o más pillastres que él.

Por algunos segundos sintió la presencia de quienes habían compartido su niñez, cuando el tiempo arrincona recuerdos, para convertirlos en ausencia. Escuchó sus voces, la algarabía propia de la edad del conocimiento. Hasta creyó que la persona apoyada al mostrador del boliche —a esa hora bebía un vinillo turbio— podría tratarse de un amigo de la infancia, quien sabe sí un compañero de escuela. Ambos se miraron envueltos en dudas, pero después de un instante, el extraño decidió marcharse al sentirse observado.

El dueño del boliche, un hombre de espaldas breves, algo encorvado y que miraba de soslayo, se dedicó a limpiar el mostrador con un paño de dudosa blancura. Tenía ojos pequeños, nariz de bebedor clandestino y rostro brillante, como quien se pasa piedra lumbre después de rasurarse. La cabellera, algo raleada, contribuía a enturbiar su edad. Podría tratarse de un viejo, o de quien lo presume para que se tolere su condición de suministrar brebaje a quien desea embrutecerse.

“Querubín” se sintió observado por el dueño de esa manera particular de quien podría reconocerlo. En los tiempos que se vivían — ¡Y cómo él no lo iba a saber!— la desconfianza y el temor se habían adueñado del horizonte de las cosas. Cualquier ademán que se hacía, por muy sutil que fuese, era motivo de sospecha. Una sola palabra dicha al azar, podía hundir al más pintado. Es así

cómo miles se habían ido a pique. Nadie estaba seguro, ni siquiera dentro de un regimiento, o bajo la lápida de un cementerio. Los esbirros y sicarios, igual a perros de caza mayor, aumentaban sus persecuciones tras los enemigos de la dictadura o de quienes parecían serlo.

Leonides no se sentía esbirro, menos aún sicario. A ambos los consideraba sujetos sin escrúpulos, de escaso talento, capaces sólo de cumplir una orden brutal, y por norma seleccionados entre la gente del bajo pueblo. Él, en cambio, realizaba labores de inteligencia o de contra inteligencia militar, al interrogar a quienes habían delinquido en el gobierno anterior, o se mostraban hostiles con la dictadura. “Soy un defensor de la patria y de sus instituciones más sagradas”, gustaba repetir.

De hecho se codeaba con personas instruidas, dispuestas a razonar. Ahora, si de vez en cuando debía torturarlas, porque no había en ellas el ánimo de colaborar, lo calificaba de asunto circunstancial, que no perturbaba su buena disposición de realizar después un interrogatorio. Primero, les solicitaba con el respeto que se merecían, fuesen consecuentes. De no ser así, se vería en la necesidad de actuar con rudeza, y en la intimidad de su corazón, esta palabra lo incomodaba. “Nunca he preferido la rudeza, a cambio de la razón, pero si las alternativas se cierran, muy a mi pesar debo actuar en contra de mis principios” advertía, empeñado en parecer ecuánime.

Ese día en Tricahue, envuelto en recuerdos, permitió que éstos lo llevaran a la época de la niñez. Aunque parecía lejana, corroída por la herrumbre del tiempo, dispersa en el desamor, todavía quedaban vestigios de su infancia, pues nada se borra por completo en la vida, ni siquiera las cicatrices.

¿Cómo olvidar a don Trapecio, un viejo artista de circo quien había decidido quedarse en el pueblo, después que su mujer —compañera de piruetas— cayó al vacío matándose, mientras ambos hacían su número de volatineros? Lo veía a menudo vagando por la estación de

ferrocarril, o dedicado a menesteres ínfimos. Gracias a la generosidad del jefe del recinto, dormía en una dependencia de las bodegas, donde ayudaba a cuidar el lugar. Por unas monedas, cargaba sacos de granos o el equipaje de los viajeros del tren.

Cuando el dinerillo le hacía fintas, pedía ayuda voluntaria a sus amigos, quienes solían socorrerlo. Sabía dar sablazos magistrales, adornados de cuentos para enternecer. A menudo, gustaba narrar historias del circo bajo cuya carpa vivió desde niño, porque también sus padres fueron artistas. Aunque por lo general contaba puras mentiras urdidas por su imaginación febril, o de hechos llevados hasta la exageración, tal cual había sido hasta esa fecha su vida en soledad, sabía cómo darle un carácter de pasatiempo.

Le gustaba frecuentar el Club Social de Tricahue, donde a veces jugaba brisca para completar el grupo. Por norma se mezclaba entre los asiduos al lugar, tratando de ser invitado a beber un trago o a manducarse un buen platillo. “Mi vientre no está muy bien hoy día” repetía a menudo, mientras se lo palpaba a modo de justificar su crónica abstinencia. Pero esta observación no alcanzaba a materializarse, si alguien lo invitaba. En ese caso, don Trapecio hacía gala de un apetito voraz, tan propio de quien dispone de tripas en permanente ayuno. Comía y bebía a destajo, más bien engullendo platillos tras platillo, lo cual hacía las delicias de quienes se habían salvado de invitarlo, después de haber escuchado su socorrida y siempre lastimera máxima.

Para “Querubín”, don Trapecio era un viejo ladino, embaucador sin límite, pues le seducía vivir de mogollón. Aunque el jefe de estación le daba unos pesos a modo de salario, don Trapecio sabía ahorrar para la vejez. Se comentaba que incluso había atesorado monedas de oro, al parecer ocultas bajo el miserable colchón de estopa donde dormía, obsequiado por las voluntarias de la Cruz Roja.

Habitaba el rincón de una bodega de piso de

cemento sin afinar. Por entre las latas de cinc enmohecidas del techo, armado con vigas de madera, se colaba el frío nocturno y el viento nunca ausente, se permitía gemir. Ahí se posaban las palomas, que a menudo dejaban caer sobre el menesteroso las demostraciones de su rencor transformado en estiércol, pues el hombre les lanzaba a la hora de dormir, cuanto objeto tenía a mano. Entre la voladura de plumas don Trapecio lograba desalojarlas, pero las palomas huían por el entretecho, aunque al cabo de unos minutos regresaban en silencio, dispuestas a quedarse a dormir en el envigado, como gallinas desamparadas.

En una oportunidad, Ismael encontró por el medio del camino a don Trapecio, rumbo al cementerio. El niño ocultándose entre los álamos, siguió sus pasos de perseverante andariego. Deseaba saber donde yacía la volatinera muerta en el accidente, del cual tenía noticias fragmentarias, por lo escuchado en su casa y cuanto se comentaba en los patios de la escuela, a la hora del recreo. Pese a haber transcurrido muchos años desde que la mujer cayó sobre la pista del circo —un día domingo en la función de la matinée— el accidente seguía preocupando a quienes lo habían presenciado, y no faltaba quien aseguraba que don Trapecio había tenido un grado de responsabilidad. La noche anterior había estado de parranda, celebrando el cumpleaños de uno de los payasos, ocasión donde bebió hasta quedar marchito. Entonces, al día siguiente su pulso no estaba en orden y menos aún sus reacciones, para saber actuar ante una emergencia.

El niño vio a don Trapecio avanzar con un ramo de flores comprado en la puerta del campo santo. Eran claves de evidente tristeza. Se internó entre tumbas situadas cerca de un muro de adobes, en cuyos intersticios florecía el dedal de oro, encargado de manchar de amarillo aquel inhóspito rincón. El volatinero se detuvo por breves segundos sobre una tumba cubierta con una losa de mármol, donde estaban esculpidos el nombre, fecha de

nacimiento y muerte de la mujer. Al no encontrar un florero adecuado para depositar su ramo de flores, hurtó una vasija de mayólica de un nicho cercano. Fue a ponerle agua y regresó a paso lento hasta donde yacía su amada. Se secó las manos y el cuello con un pañuelo ennegrecido, arrugado como vientre de anciana y terminó por sonarse, cuyo ruido alteró la paz del campo santo. Rezó mascullando una oración, o acaso no lo era.

Enseguida, pasó su mano acongojada por encima de la losa, para acariciar el nombre allí esculpido. Ismael quiso ver lágrimas en las mejillas del hombre, aunque por la distancia se podía tratar de sudor. A esa hora, el calor daba flechazos de enamorado sobre quienes lo desafiaban.

Minutos después, el hombre abandonaba el cementerio, convencido de llevar sobre sus hombros un baúl de desdichas. Ismael apenas si aguardó unos instantes y con paso atrevido se dirigió a la tumba de la volatinera. Para leer bien el nombre de la difunta, debió mover la vasija de mayólica. Ahí, en una sepultura perpetua yacía Alejandra Ahumada, muerta a los veintidós. Cuando pensaba retirarse, sintió que alguien lo cogía del brazo. Si lo hubiesen hecho mediante una tenaza de tortura —y después de muchos años las conoció en detalle, porque se había transformado en su más querida y socorrida herramienta de trabajo— no habría sentido un dolor tan lacerante. Don Trapecio lo empezó a zamarrear, mientras preguntaba las razones de su permanecía en ese sitio.

Ismael explicó que sólo curioseaba, pues alguien había comentado que ahí yacía una famosa y bella volatinera de un circo de Búfalo, muerta cuando aún era muy joven. Don Trapecio, sin soltar la presa, acusó a Ismael de mentiroso, pues casi nadie sabía donde estaba la sepultura de su amada Alejandra. A modo de justificación, el niño replicó que no parecía impropio mirar las tumbas. Todos lo hacían, y cuando visitaba el cementerio a ver a sus abuelitos, se entretenía observando las sepulturas de los demás. —Si me tratas de

conmover, chiquillo bribón, te equivocas —gruñó el anciano, en cuyos ojos Ismael notó la expresión de un sufrimiento acrecentado por los recuerdos.

Ahí, el hombre decidió liberar al niño, quien se puso a correr hasta la salida, y después al trote se dirigió de regreso al pueblo, sin detenerse ni un segundo para darse un resuello. Aunque no podía volar, habría querido tener alas en aquella ocasión. Cuando se encerró en su cuarto después de dar una explicación baladí a su madre, que preguntó la causa de su agitación, pudo mirarse el brazo, pues escocía tal si se hubiese quemado. Lo tenía rojo, marcado con las huellas inconfundibles de los dedos de una mano poderosa, malvada, capaz de quebrar un hueso de un sólo apretón.

¿Cómo vengar esa cobarde brutalidad, aquella demostración perversa? Un odio malsano que brotaba del pecho, le impidió dormir aquella noche. Y si se unía al dolor del brazo dañado, su ira se acrecentaba hasta hacerlo imaginar que don Trapecio debía sufrir un castigo ejemplar, demoledor, para recordarlo de por vida. De no efectuar su propósito, el odio lo iba a perseguir no sabía hasta cuando.

A la mañana siguiente se aquietó después de tomar desayuno. Como era domingo, su padre le dio unas monedas para ir al cine a ver una película de vaqueros, donde trabajaba Gary Cooper, uno de sus actores predilectos. De lo más ufano se dirigió donde su amigo Marcial Basáez, a quien preguntó si también pensaba ir al cine.

—Estoy castigado —respondió de malhumor el niño con las manos en los bolsillos, pero igual quería escapar a ver la película, pues se comentaba que el jovencito despaturraba a cientos de indios, esos indeseables indios que sólo guerreaban para importunar a los pobres conquistadores.

Ese día, y en otras oportunidades, Ismael escuchó tocar el piano a Luisita, la hermana menor de Marcial. La

vio en el salón a través de la puerta a medio abrir, y aunque la música le era indiferente se quedó ahí por unos minutos observándola, asumiendo el papel de mirón privilegiado. Sus padres, obsesionados con la idea de que llegara a alcanzar la fama de Rosita Renard, la hacían estudiar piano casi seis horas diarias, dirigida por una concertista alemana, quien antes de finalizar la segunda guerra mundial, debió salir urgida de su país: había cometido la imprudencia imperdonable de tocar en un concierto en Londres, para el onomástico de su Majestad, el rey Jorge VI de Inglaterra.

Luisita era delgada como una varilla, de tez blanca, ojos claros y alegres, pero guapa con reservas. Las veces que Ismael la miraba de soslayo, ella sumida en el sonrojo de su virginidad, agachaba la cabeza y se alejaba simulando tener prisa. Siempre le sucedía lo mismo, aunque trataba de sobreponerse a su turbación, la que ella calificaba de normal.

—No pienso quedarme en casa —le advirtió Marcial a Ismael, a quien le propuso reunirse a la entrada del cine, en unos minutos más.

Con la melodía en las orejas, y la imagen de Luisita inclinada sobre el piano, Ismael se alejó por la única avenida de Tricahue, donde estaban la botica, el club social, el correo y el cine, situado en la esquina de la Plaza de Armas. Se sorprendió ver allí a don Trapecio, quien apoyado en la puerta de un auto, charlaba con Ignacio Basterrica, el dueño de la farmacia. Ambos parecían discutir, aunque no querían demostrarlo. De seguro hablaban de dinero, pues Basterrica levantaba un dedo rígido hacia el cielo, como si quisiera señalar una nube, aunque estaba despejado desde hacía una semana y sólo un necio se atrevería a pronosticar lluvia.

Igual a cualquier rapaz fisgón, se acercó a los hombres, ocultándose entre dos autos estacionados frente al cine. Desde aquel privilegiado sitio, pudo escuchar cómo Ignacio Basterrica amenazaba a don Trapecio

denunciarlo a carabineros, si no devolvía la bicicleta que le había arrendado hacía un mes.

Para ganar unos pesos, el volatinero la había utilizado en una exhibición de destreza en la plaza del pueblo, andando sobre una rueda, en reversa y parándose sobre el sillín, mientras giraba alrededor de la pileta. El acusado respondía que la misma noche del espectáculo, como lo había repetido hasta el cansancio, la devolvió en la propia casa del boticario y la esposa de éste había sido la encargada de recibirla.

—Mi mujer nada sabe del asunto, don Trapecio. Y yo le creo más a ella que a usted. Le daré el plazo perentorio de una semana, porque ya estoy aburrido de discutir sobre el tema. Si no cumple, lo meteré a la cárcel. Y juro que no es una amenaza. No, señor. No es una amenaza. Adiós.

Don Trapecio quedó atragantado. Y para expresar ira, fermentada desde cuando el boticario lo empezó a hostilizar sobre el asunto de la bicicleta —en realidad se la arrendó por una noche— dio un aparatoso y violento puntapié a una rueda del automóvil. Después, en un momento de descuido, hurtó un paquete de maní tostado a un vendedor callejero, que lo ofrecía en una canasto de mimbre, adornado con cintas de colores. Mientras comía maní, se perdió en dirección a la estación del ferrocarril, justo cuando Marcial Basáez aparecía en la entrada del cine, después de haber escapado de casa.

—Si alguna de mis hermanas me ve parado aquí, estoy frito —explicó Marcial a Ismael, entonces decidieron entrar a ver la película de Gary Cooper, aunque faltaban varios minutos para que comenzara la función.

Lunes

Aquella mañana, Ismael “Querubín” Leonides

despertó al escuchar que alguien manipulaba la puerta de su celda. Se incorporó en el camastro al ser interrumpido en un sueño hostilizado por imágenes perturbadoras. Esa noche, y era habitual, soñó encontrarse libre y junto a su familia retozaba frente al mar, mientras un oleaje embravecido golpeaba las rocas y amenazaba caer por sorpresa sobre el grupo. Luego, veía cómo el mar se recogía algunos kilómetros, permitiendo observar el fondo marino, donde saltaban peces a punto de morir y la gente corría presurosa a atraparlos y los metía en canastos de mimbre.

Dos gendarmes jóvenes de trato formal, venían a notificarle que dentro de una hora sería recibido por el alcaide del penal, a quien el recluso pensaba solicitar autorización para escribir sus memorias. Precisaba una máquina de escribir, papel, un diccionario y varios elementos de escritorio. En la visita de hacía tres domingos, su abogado le había referido que cierta editorial extranjera, amiga de publicar libros de testimonio, manifestaba interés en lo que podría ser una historia valiosa para quienes deseaban conocer en profundidad, la visión de un agente de la dictadura militar, condenado a muerte.

Se lavó la cara y mojó el pelo en un receptáculo adosado al muro; enseguida se sentó en el camastro a tomar desayuno, que le habían llevado hacía unos minutos. Tragó en silencio un trozo de pan con mermelada y bebió una taza de té. En cuanto a la manzana incluida en la ración, luego de limpiarla en la colcha de la cama, la puso sobre una repisa. Apenas hubo concluido de desayunar, utilizó un peine imitación de carey, obsequiado por un admirador anónimo de la cárcel, para peinarse de memoria. No disponía de espejo ni de un miserable objeto donde mirarse. A veces, como emergencia, utilizaba el reflejo del agua. Se puso una camisa de franela a cuadros (le gustaba mucho al recordarle una de su juventud) calzoncillos de algodón y pantalones de tela burda. Calzó zapatones

hechos en el taller del penal, luego de haberles puesto betún y pasado una escobilla de cerdas raleadas.

Aun cuando tenía abundante barba encanecida de pope, no logró recortarla, por la prohibición de usar una hoja de afeitar, tijeras o una navaja. Evitaba ir a la peluquería del penal porque le podían pegar liendres, en el mejor de los casos. Como pudo, se observó para saber si lucía bien, aplomado, ignorando si su rostro expresaba la tranquilidad necesaria. ¿Conservaba aún los rasgos bondadosos de “Querubín”?

Justo a la hora regresaron los gendarmes, para acompañarlo hasta la oficina del alcaide. El trío avanzó por un pasillo estrecho pintado a la cal, donde el ruido de los pasos retumbaba simulando ser el chasquido del látigo que azota una espalda desnuda. El recinto olía a papel húmedo, a creolina o a flores podridas, todo lo cual no inquietaba el olfato de los reclusos, acostumbrados a otros deliciosos olores, nunca reconocidos por la autoridad del penal.

Cerca de las letrinas, ocupadas por quienes cumplían cadena perpetua o más de treinta años de presidio, había, sin embargo, un olor fétido, impregnado desde siempre a las estructuras del edificio, construido hacia 1977, cuando la dictadura empeñada en acallar a la oposición, decidió encarcelar allí, a quienes disentían del régimen de facto.

El grupo ascendió al piso superior trepando una escalera angosta de baranda de metal, hasta la oficina del alcaide. En ese sector había mayor luminosidad, aunque provenía de lámparas eléctricas embutidas en el cielo raso. El pasillo, aquel ambiente de encierro le recordaron a Ismael Leonides el cuartel de la calle Londres, en pleno centro de la ciudad de Santiago, bajo la dirección de un capitán, donde trabajaba interrogando a los presos políticos, antes de someterlos a las torturas del caso.

Y Leonides, para no hacer tan lúgubre el recinto, próximo al Teatro Municipal, había tenido la ocurrencia alabada por su jefe, de transmitir música clásica durante las

sesiones. “Ayuda a sedarlos y les suelta la lengua”, comentó, aunque él despreciaba la buena música por considerarla propia de gente amanerada. Así, el lamento de los torturados se convertía en las voces ausentes de sopranos, barítonos, tenores, bajos y mezzosopranos, como una forma de recrear una ópera del genio de Verdi.

El alcaide, hombre de expresión adusta y fatigados ojos, (se le conocía por “Don Agrio”, pues sufría de una acidez estomacal bochornosa) dejó por unos segundos de observar un memorando que sostenía en las manos, después de autorizar el ingreso del grupo a su oficina. Se abrió la puerta y apareció Ismael Leonides, custodiado por dos gendarmes. El alcaide hizo un gesto sutil con la mano, propio de quien sabe valorar el sentido de la autoridad, para señalar a los gendarmes que se retiraran. Luego de engrillar de pies y manos al reo, salieron de la oficina dejando la puerta abierta, y se instalaron a hacer guardia en el exterior.

De una carpeta de papeles, “Don Agrio” sacó enseguida un documento, que leyó en voz alta, según el cual el reo Ismael Leonides, en cumplimiento del reglamento interno de la prisión, solicitaba ser recibido por la autoridad del penal.

Mediante un breve discurso, Ismael Leonides explicó las razones de su carta. El alcaide lo miró a los ojos acostumbrado a semblantear. Quiso ver ahí el cansancio de noches de insomnio, de perturbaciones diarias, o de la fatiga propia de quien debe permanecer de por vida recluido en una celda, o aguardando el minuto fatídico de la notificación de la pena de muerte.

—¿Y de dónde puedo saber, vienen sus inclinaciones literarias? —argumentó el alcaide, poniendo un dedo al final de la petición escrita a mano, en la cual aparecía estampada la firma del convicto.

—Quizá se deba a la soledad y a la posibilidad de ser fusilado. No creo señor, que haya otra motivación. No

lo creo. Escribir, he pensado, me puede ayudar a soportar el encierro. Es cuanto pido a usted con todo respeto, señor.

El alcaide puso una cucharada de bicarbonato en un vaso con agua, y lo bebió cerrando los ojos. Enseguida se pasó el índice por los labios y volvió a leer la petición en voz baja, aunque parecía estar distraído, pensando tal vez en su malestar estomacal, que le impedía disfrutar de la buena mesa. Se presionó el vientre hasta casi producirse dolor y luego hizo un gesto de malestar, como si a su boca hubiese llegado un tufillo ácido de advertencia. Para distraerse o dilatar la escena, cogió la estilográfica y la cambió de sitio varias veces. No satisfecho, puso un clipe en varias hojas sueltas, para guardarlas en un cajón de su escritorio y dijo, no sin antes eructar:

—En otras ocasiones, he recibido propuestas de los internos para realizar actividades culturales que, a nuestro entender son valiosas para dignificar al recluso y ayudarlo a redimirse. Esa es la misión prioritaria de las cárceles. ¿No ha pensado acaso trabajar en nuestros talleres, donde podría aprender un buen oficio? No lo veo entusiasmado con mi idea. De acuerdo. Vamos a acoger su petición, aunque usted tiene que cumplir con todas las normas disciplinarias del penal. No crea que este permiso le va a significar algún privilegio en especial. Bastaría la menor indisciplina suya, para suspender de inmediato sus franquicias. Puede usted encargar desde su casa, los elementos necesarios para empezar a escribir sus memorias. Ahora, puede retirarse —y oprimió un timbre puesto sobre el escritorio.

Como si fuesen resortes amaestrados, los gendarmes entraron a la oficina, se precipitaron sobre el reo, y sólo le quitaron los grillos de los pies. Caminaron en silencio de regreso a la celda, aunque el retumbar de los pasos sobre el piso de baldosas, sobre todo de los gendarmes que usaban zapatones claveteados de reglamento, producía una suerte de estridencia. Si alguien

se hubiera propuesto armar un ruido así de fastidioso y monótono, no lo habría conseguido aunque hubiese hecho sonar, sin ton ni son, todos los instrumentos de percusión de una orquesta de rock.

"Querubín" volvió a la celda. Se acomodó en una silla rústica, compañera desde cuando fue encerrado; y mientras ponía los codos sobre las rodillas, decidió meditar en un sitio donde la vista no se podía detener en ningún punto, pues no había nada digno de ser observado. No existía un sólo adorno en las paredes. Apenas un calendario de la Compañía de Gas de Santiago, donde figuraba el paisaje de un molino, cuya rueda gira gracias al agua de un manantial.

Como debe ser el calendario de un presidiario cualquiera, los días ya transcurridos aparecían tachados con un lápiz de mina negra, aunque para Ismael Leonides aquello sólo significaba un estúpido pasatiempo. De tal suerte, serían muchos los calendarios que pensaba usar, año tras año, hasta el día de morir de muerte natural, en el supuesto que, el Presidente de la República le conmutara la pena de muerte por presidio perpetuo.

El recuerdo de su niñez, quizás la época más feliz de su existencia, le permitía observar en el veraz espejo de la vida, cada hecho vinculado a un tiempo ya consumido, vuelto al pretérito. Se veía en Tricahue natal, encumbrando volantines junto a la línea del tren, o yendo a cazar tórtolas cordilleranas con su padre, un severo funcionario de la Caja de Ahorros, quien se hacía acompañar de dos o tres colegas del banco. Lo recordaba de chaqueta de cotelé verde oliva, con la escopeta bajo el brazo, la canana al cinto y el sombrero alón de fieltro, encasquetado hasta casi cubrirle los ojos nunca amables, quizás en su empeño de parecer más temerario, o a un famoso actor de cine.

José Leonides, el padre arisco, funcionario de traje gris de confección, zapatos negros relucientes, camisa blanca con colleras y corbata azul, apenas si hablaba al hijo, aunque fuese domingo. Acostumbrado en el banco a

lidiar con números, deudas y préstamos, había perdido sensibilidad, aunque a veces se reía por razones de trabajo. Era una risa añeja, distante, que se movía entre la frialdad y el compromiso para agradar.

El niño acompañaba al grupo de cazadores, para llevar el morral cuando empezaba la cacería. Estaba encargado de recoger las piezas, ayudado por un perro algo tímido si debía salir a buscarlas, después del tronar de las escopetas, las cuales parecían producirle el temor de un amo iracundo.

Cierta vez cazaban próximo a unos matorrales donde se habían emboscado su padre y sus amigos, empeñados en sorprender una bandada de tórtolas, pudo dispararle al grupo con una escopeta pequeña llevada de emergencia, y que se encontraba a su cuidado. ¿Sentía odio por quienes atentaban contra los infelices pájaros, o su ánimo estaba dirigido a herir a alguien por el extravagante placer de presenciar una escena trágica? ¿Cuál podría ser el resultado de su inesperado deseo, aquél impulso venido desde lo más sombrío de su alma?

Acomodó la escopeta de un cañón en el hueco del hombro, e imitando a un cazador furtivo, ansioso de esculpir su nombre en historias de muerte, apuntó hacia donde se hallaba el grupo. Un frenesí de superioridad lo envolvió, igual si flotara entre nubes o volara como las tórtolas que en breve iban a morir. Puso el dedo en el gatillo y cuando lo iba a accionar, el ajeo de una perdiz que voló desde casi debajo de sus pies, lo hizo perder el equilibro, hasta casi caer.

Una descarga de escopeta venida desde el matorral, estremeció el cielo quieto de esa hora, hasta disiparse el ruido tras los cerros. Segundos después, él mismo salía tras la perdiz abatida, que junto a un árbol esperaba a sus captores, con un ala destrozada.

— ¡La perdiz aún está viva, papá! —gritó desperado el niño haciendo bocina con sus manos.

Desde el matorral ordenaron que la matara. Ismael

sintió el cuerpo caliente de la avecilla entre las manos, mientras la sangre se las manchaba. Observó sus ojos sorprendidos de agonía sin respuesta, pidiendo misericordia al vislumbrar la muerte. Aquella escena era el resumen del desamparo. Quiso llorar en medio de la encrucijada, abatido por las dudas. En él permanecía la decisión de acabar con ella o dejarla abandonada, para que fuesen otros quienes cumplieran el veredicto fatal. Parecía mejor —como una manera de eximirse de responsabilidades— entregar al azar el desenlace del ave. Quizá un zorrillo, un gato montés, el propio perro que los acompañaba, cumpliría la obligación de definir la suerte de la perdiz que se hallaba, con respecto a él, en una posición de desventaja dentro de la naturaleza.

Una nueva descarga de escopeta similar a oleadas de truenos, lo sacó de sus cavilaciones infantiles. Le gustaba escuchar el retumbar del cielo, verdaderas matracas de sonido lastimero venida desde el más allá, pues era señal de anticipo de lluvia. Nada parecía tan excitante que mojarse hasta sentir escalofríos, mientras corría por el patio sin importarle resfriarse. “Este niño es un loco” lo reprendía su madre cuando lo encontraba convertido en sopas. De improviso, una bandada temeraria de tórtolas había sobrevolado el matorral, y al menos tres caían muertas, perforadas por los certeros perdigones de los cazadores.

Hizo como que metía la perdiz en el morral y salía tras las tórtolas abatidas, perseguido por el perro, aunque éste al final decidió regresar donde había quedado el ave moribunda, y luego de acosarla y lanzarle mordiscos certeros, concluyó por matarla. Al final, el perro cogió la perdiz entre sus dientes y la fue a mostrar a Ismael, que había vuelto a esconderse detrás de un peumo de frondoso follaje, por indicación de su padre.

Pese a haber transcurrido demasiados años, los ojos de la perdiz seguían mirando al Ismael torturador, sobre todo en momentos que interrogaba a sus víctimas y

sospechaba que mentían. La perdiz, la inocente perdiz del recuerdo, para él constituía un símbolo de la iniquidad del hombre, porque el ave no sabía hacer daño. En cambio, el ser humano sí está dispuesto a consumarlo, cuyas razones a menudo son incomprensibles.

—Usted me recuerda a una inofensiva perdiz que vi morir, porque la sé inocente como ella, si bien sospecho que quiere mentirme —le expresó a una joven, detenida por haber distribuido panfletos políticos en la universidad.

La mujer, que tenía la vista vendada, sintió las palabras expresadas por alguien deseoso de ayudarla, pero no podía creer en la bondad de quienes la habían detenido. El juego la inquietó ante la aparición de algo perverso que hería el aire dando dentelladas. Cuando Ismael le palpó repetidas veces los pechos y las nalgas con demostraciones lujuriosas, comprendió hacia donde apuntaban los dardos del bellaco, de quien decía ser amigo de los pájaros.

—Podría torturarte, pequeña —aseguró Ismael— si no quieres colaborar, pero al sentirme una persona sensible, amante de la naturaleza, no es mi deseo perturbar la creación de Dios. Porque, supongo que tú, preciosura, crees en Dios. Ahora, ¿podrías indicarme para qué partido político trabajas? Quiero detalles. Nada de mentiras, mi pequeña perdiz.

La joven, sorprendida porque la comparaban con una perdiz, volvió a sentir el discurso como de quien podía ayudarla, luego de darle unos nombres al azar y admitir que pertenecía a un partido político de tendencia democrática.

—Yo, en confianza, la miraba con deseos perturbados debido a su belleza, a partir desde que la vi entrar a mi oficina —reconoció Ismael Leonides al juez, que al cabo de muchos años lo interrogaba por la muerte de la universitaria.

—Después de tres horas de estar a mi merced —prosiguió— unas ansias de poseerla hasta el frenesí, se adueñaron de mis pensamientos. Al enterarme que había

anochecido, en confianza la llevé hasta mi pieza, que usaba de dormitorio cuando debía permanecer más tiempo en el cuartel y le ofrecí mi cama. Ella dudaba en medio de su confusión, aunque en un gesto que yo no acostumbraba a hacer, le permití quitarse la venda de los ojos. Nos miramos en la complicidad de la habitación, donde tantas veces rumié mi soledad. Encendí la radio y le ofrecí de beber un vaso de licor, para expresarle simpatía. Quedé sorprendido de su hermosura virginal, en la cual no había reparado. Quizá porque me vio predispuesto a agradarla, sus ojos brillaban de esperanza, aunque parecía cautelosa.

—Sólo quiero descansar —se defendió ella, y como si fuese una menesterosa decidió arrinconarse, donde había un sofá y mantas de campaña para cubrirse.

Ismael Leonides, reconoció en Verónica Gálvez a una joven de belleza inigualable, superior a las figurines que exhibiendo vestidos de modistos europeos, aparecían en las revistas que él compraba para agradar a su mujer. Los ojos de perdiz asustadiza de Verónica, lo habían estremecido tanto o más que la perdiz, a la cual pudo quebrarle el espinazo con sus manos infantiles y al fin dejó a merced del destino.

—Bebí pisco sin detenerme y fumé un pito de marihuana, usía —declaró en su confesión el torturador— hasta que la figura de Verónica empezó a hacerse etérea, como venida desde el cielo. Sí, porque en confianza creo que las mujeres bellas son la mejor creación de Dios. (Ahí se persignó). Y en nombre de Él, quise poseerla, como una manera de perpetuar mi adhesión a su obra.

En su desesperación ante el sostenido acoso, Verónica Gálvez trató de huir del cuarto dando aullidos, pero estaba cerrado bajo poderosas llaves, como debe ser el infierno. Después, sólo disponía de palabras persuasivas o súplicas para aquietar al hombre, cuya violencia iba en aumento, pues continuaba dominado por una obsesión lujuriosa de poseer a aquella mujer venida desde un lugar maravilloso.

A cada instante parecía más próxima, como si fuese Luisita Basáez, a quien había dejado de ver hacía muchos años. La niña se sentaba al piano y le hablaba de la música que pensaba interpretar, entonces él la contemplaba embobado y soñaba hacerla su esposa, cuando fuesen mayores.

—¿Cómo explicar mi locura, usía? Yo estaba borracho y bajo los efectos de la marihuana —continuó su historia de abuso y muerte Ismael "Querubín" Leonides— entonces, en confianza me resultó imposible frenar mis sucios instintos. Sentía pesada la cabeza, nublado los ojos y unas ansias locas por disfrutar a aquella mujer, más bien encarnada en Luisita Basáez, la que al fin había decidido venir urgente a Santiago contra la voluntad de su familia, para casarse conmigo.

—Deseo conocer detalles de la violación y luego de la forma cómo la asesinó —le dijo el juez, mientras daba suaves golpes con la yema de los dedos sobre un grueso expediente, que examinaba a cada intervalo de tiempo.

El torturador se removió en la silla, donde otros igual o peores que él, habían puesto sus nalgas ansiosas de ser empleadas por invertidos. Empezó por referir al juez su experiencia con el zapatero del pueblo, cuyas violaciones según expuso, le habían abierto el camino del sexo, aunque éste viniese de una relación ambigua. Luego, vendría su primera experiencia con mujer en un prostíbulo de Santiago, llevado por amigos, al cumplir los dieciséis y luego, las comparaciones legítimas que suelen hacerse de ambas experiencias.

A partir de esa fecha, le daban vueltas por la cabeza, sin poder determinar a cual de ellas gustaba más acceder. Al cabo de años, debido a su trabajo en el aparato represivo de la dictadura, no veía ninguna diferencia. De lo contrario, su labor se limitaría a interrogar a determinado sexo y en justicia ello restringía su tarea. Se requería un funcionario de vasta experiencia, frío, capaz de cruzar sin temor alguno, sobre el precipicio de la moral. Poseer a un

hombre o a una mujer se convertía en un hecho casi normal, porque el esfínter anal es el mismo.

Igual si estuviese encerrada en una celda, Verónica Gálvez entendió el pertinaz acoso del torturador. No tenía alternativa. Quien sabe si era preferible aceptar todo aquello, como un mal menor. Oponer alguna resistencia podía enfurecer al sujeto. De allí que, si éste quería matarla en ese instante, había un punto seguido. Permitió ser manoseada hasta sentir dolor de quemaduras en la piel. Las manos sudadas del infame, más bien parecían ser de un matarife, que las de quien presumía de culto, pues aseguraba leer libros de filosofía y escuchar música selecta. Todo, sin embargo, se resumía a decir como charlatán, nombres de personajes famosos, que suelen aparecer en almanaques de botica.

Al sentir el aliento perturbado de Ismael Leonides —una mezcla de olor a tabaco, alcohol y pescado podrido— quien pretendía montarla como si fuese brioso corcel, entendió que el reloj de la fornicación, señalaba la hora del réquiem, mediante campanadas quejumbrosas. Las escuchó nítidas, bajo un tañer prolongado, más bien de campana cascada, mientras el vaivén de un cuerpo pegajoso que la enlazaba sin dar tregua —tal si ella quisiera huir— se empeñaba en cercarla aún más, semejante a poderoso cerrojo.

Verónica expresó disgusto, el necesario para manifestar rechazo, aunque temía violentar al abusador. Sofocada por el miedo a ser poseída de un modo repugnante, arbitrario, desmesurado, juzgó lo más razonable mantenerse quieta. No estaban las circunstancias para actuar con dignidad de mujer agredida, ni entregarse a una escena de ruidoso llanto.

Cuando el hombre le desgarró los calzones de un solo tirón, como si fuese una prenda inútil, destinada a entorpecer la acometida final, y a tientas buscaba la entrada al laberinto del placer —sólo transitado por un novio de toda la vida— ella quiso darle un rodillazo en los

testículos, pero se contuvo. Habría sido la gota fatal, dirigida a colmar las iras del abusador y el curso de la faena podía tomar otro sentido.

Gimió hacia dentro, aferrada a la vida, bien sujeta a sus llantos legítimos, los cuales por temor ella no estaba en condiciones de manifestar. De tal suerte, el bruto no iba a sentir lo que él podría interpretar como una expresión de placer. La joven oyó los jadeos intermitentes de macho cerril, el apuro, los ímpetus descontrolados, ajeno a la ternura de quien la amaba de verdad. El aliento del verdugo, parecía provenir de una letrina pública. En un momento, quiso lanzarle al rostro un escupitajo de desprecio, o morderle la nariz como una prueba destinada a humillarlo, donde las furias antiguas y nuevas, se habían acumulado a lo largo de su vida.

El ofensor, enlazado a ese cuerpo maltrecho, palpitante, desprovisto de nervio, bramaba simulando ser el dueño legítimo, el encargado de mostrarle una visión equivocada del amor. El camino por donde transita la infamia. Ella debería agradecer que "Querubín" no le hubiese introducido una rata por la vagina o el recto, como lo había hecho con otras mujeres díscolas, apegadas al deseo de conservar la integridad.

—Muévete puta de mierda, ahora, ahora. Muévete rápido, si no, otros vendrán a gozarte de lo lindo. Y yo, en confianza no voy a responder de lo que son capaces de hacerte. ¿Acaso quieres que te meta a cambio el cañón de mi revólver? ¡Contesta! —la amenazó, en tanto la sofocaba con su cuerpo grasiento y buscaba su boca con la pasión del amante seguro de sus virtudes.

Debido a la advertencia fatal, decidió agradarlo. Su frágil barca de niña ingenua inició los vaivenes de rigor, en medio de una atmósfera saturada de pánico, aunque no había indicios de tempestad. Ahí, cuando no existía escapatoria posible y en medio de sus piernas ya se había instalado el canalla, provisto de su poderoso arsenal de macho, punzándola como quien intenta romper una puerta

a golpes de ariete, toda interrupción significaba riesgo de morir. El eventual placer estaba marcado de dudas, más bien de antiguas rabias unidas al dolor, a menudo aproximado a la fealdad. Cuanto distaba de las oportunidades inolvidables en que su amante le introducía en la vagina gajos de uva, y los sacaba con la punta de la lengua.

—Ahora, abrázame estúpida. Por lo menos sé tierna con quien te protegerá de la lujuria de mis colegas. Ellos en confianza te desean más que yo, y quien sabe si se les ocurre introducirte una botella por el ano —habló "Querubín", mientras farfullaba, desesperado por alcanzar el clímax.

La joven lo abrazó tal si fuese un bulto inerte, un objeto cualquiera. Prefería aquello a una depravación. Otorgarle dicha por necesidad a quien la hostilizaba mediante argucias mentirosas, parecía una circunstancia indigna. Acaso, habría sido preferible negarse a todo y aguardar con dignidad el desenlace. Sintió sus besos húmedos, repugnantes, la lengua en el pabellón de la oreja, el jadeo lastimero de un moribundo, que de un amante ocasional.

Al concluir el macho su faena artera, ella hizo un gesto de repugnancia al sentir el chorro tibio de la culminación, la mala semilla sembrada en su vagina, más bien poseída por una turba de crápulas. Para expresarlo, se puso a llorar ante la derrota pródiga en calamidades, nunca soñada en su vida, ni en los momentos de mayor riesgo. Ahora, si Leonides observaba en detalle la actuación reciente, ésta apenas si rozaba la dignidad de una hembra, pues se había tratado de un intercambio sexual realizado en regla, desprovisto de toda degradación.

Él era aún adolescente, cuando vio a su padre violar a quien los fines de semana aparecía por su casa a realizar quehaceres domésticos. Ese sábado en que José Leonides iba a cometer el abuso carnal, había quedado solo. La esposa concurría al cementerio del pueblo en compañía de

una amiga, y el hijo jugaba en la casa de un vecino. Es así cómo, el pulcro funcionario de banco, después de leer el diario, que él mismo había ido a comprar a la estación de ferrocarril, se encontró a solas con la asistente. Se la llevó engañada hasta el dormitorio, con el pretexto de mostrarle unas camisas mal planchadas.

Justo cuando el hombre la violentaba, separándole las piernas empeñado en abrir una puerta de porfiadas bisagras, arribó el hijo. Como suponía que su progenitor dormía siesta, entró de puntillas. Sintió gemidos, mientras escuchaba la voz persuasiva de su padre suplicándole a la mujer fuese buena con él, pues la iba a recompensar. A hurtadillas se acercó a la pieza matrimonial y pudo ver por la puerta a medio cerrar, cómo el padre severo, sin pantalones, cabalgaba sobre una hembra que sólo atinaba a gemir, dominada por el desamparo.

Marcado por esa brutalidad, el niño bebió del ejemplo paterno apenas tuvo poder. Si su padre había abusado de una lavandera, que después de batallar como desaforada, concluía por aceptar el juego milenario, no lo estimó una vileza. Lo veía como la eterna lucha, donde el fuerte quiere imponerle su voluntad al débil.

Tras gozar a Verónica hasta saciar su gula enfermiza, se incorporó dando aletazos. Las lágrimas de mujer envuelta en congoja, no podían enternecerlo ni en una pequeñísima proporción, porque era parte de su actividad diaria. Dudar en lo mínimo, flaquear ante el dolor ajeno, podía debilitar su concepción de la moral al servicio de una causa. Sentir compasión, se hallaba en el territorio de lo impensado. Torturar a cualquiera, sin experimentar el menor remordimiento, fuese un niño o una persona inválida, era trabajo rutinario.

Para él, la actitud de Verónica en defensa de su dignidad, sólo constituía la reacción normal de quien cree verse derrotada en sus posiciones políticas, y no en su condición de hembra. Ella, y así lo sentía “Querubín”, estaba dispuesta a sacrificar todo por los ideales políticos.

Debido a su odiosa terquedad, merecía otros y más contundentes escarmientos, por haber intentado dañar al gobierno autoritario de las Fuerzas Armadas.

—Luego de disfrutar a Verónica Gálvez, usía, salí de la habitación dando tumbos. Estaba exaltado, con nuevas tirrias en contra de ella, por haberse negado a hablar. Afuera, en confianza, esperaba mi ayudante Diógenes y un sujeto recién llegado al cuartel, a quien llamaban doctor Zeta. Y les dije: "Ahora, les toca a ustedes, muchachos. No la dañen demasiado, pues en la noche, quiero gozarla de nuevo". Horas después, la vi encerrada en una celda. Aunque debía tener una mínima compasión hacia esa mujer por haberla disfrutado, no sentí nada. ¿O curiosidad de saber qué pensaba de mí? Cuando pasé junto a ella, empezó a gritar y a decir que yo era un maldito violador, un ser repugnante. ¿Yo un ser repugnante si después de las sesiones de tortura rezaba y me encomendaba a Dios?

—Cerca de la una de la madrugada, la sacamos al patio. Fue Diógenes quien la introdujo en una barrica llena de agua para quitarle la rabieta, pero el imbécil terminó por ahogarla. "Ahora, la maldita no nos va a poder identificar" sentenció con sorna, después de examinarla, al observar ninguna reacción cuando le propinó unas cachetadas, al suponer que se hacía la desmayada. Y añadió de lo más ufano: "Necesito dinero, jefe, para comprar trago. Lo merecemos como nunca, luego del numerito que nos mandamos". Yo, en confianza le ordené que fuese de inmediato a buscar al doctor Zeta, y éste se apresuró a confirmar la muerte por asfixia de Verónica Gálvez.

Ahí se acordó de don Trapecio, pues el viejo en cierta ocasión lo detuvo en la calle para pedirle unas monedas, demostrando apremio. "Ni siquiera tengo dinero para mí", se defendió Ismael. Don Trapecio insistía, pensando en sus secretas emergencias. En varias oportunidades había visto cómo la madre del niño le daba algunas monedas, para que se comprara un helado o

pudiese ir al cine. Si el hijo del jefe de la Caja de Ahorros no disponía de recursos, ¿quién entonces podía socorrerlo? Al final, Ismael hizo como que buscaba dinero en su bolsillo y aprovechando un descuido del viejo, se echó a correr tal si un viento de tempestad lo empujara de las apremiadas nalgas.

Una cuadra más allá se detuvo, pero al voltear la cabeza, el hombre había desaparecido. En ese momento, alguien lo cogió desde el cuello y lo empezó a zamarrear, igual si fuese un felpudo. Don Trapecio, viejo y todo, le había dado alcance. Para sorpresa del niño, el hombre aún conservaba la agilidad que lo hizo famoso, mientras colgaba desde las alturas, bajo la carpa del circo que lo vio nacer.

Enseguida, Ismael se sintió registrado. En un bolsillo de la chaqueta guardaba un billete de banco que su madre le había entregado para comprar en el almacén, un litro de aceite y cancelar una deuda de la semana anterior.

—Así que no tenías dinero, pequeño bribón. Y este billetito color esperanza que ven mis ojos, ¿me puedes decir de dónde sale?

A esas alturas, toda explicación parecía baladí. Dominado por la incapacidad de actuar de otro modo, Ismael se puso a llorar con viveza, mientras acusaba a don Trapecio de quererle robar. Para desgracia del niño, en aquel instante la calle estaba desierta; entonces, sus quejas las recibía el viento suave de esa hora, cuando Tricahue al almuerzo, se vuelca puertas adentro.

Muy a su pesar, Ismael se resignó a perder el dinero. Don Trapecio, en el colmo del descaro, había asegurado tomarlo en préstamo, porque no era ningún malandrín como creían muchos en Tricahue.

—Yo no robo a los niños. Mañana, te devolveré el billete. Lo juro —y se persignó emulando a un crédulo redomado.

Como Ismael no se atrevió a referir a su madre el percance con don Trapecio, dijo haber extraviado el dinero

en la calle. La mujer, se pasó el pañuelo por los ojos y sin expresar palabra, se derrumbó en una silla.

—Acaso, ¿debería creerte? Seguro que se lo has dado a algún mendigo, porque eres de esos niños bobalicones que se enternecen de la desgracia ajena. En la casa no falta el dinero, pero tampoco sobra. Tu padre aún no llega de la Caja de Ahorros, pero será él quien deba castigarte por ser tan despreocupado.

Minutos después, José Leonides regresaba al hogar. Su expresión ceñuda de funcionario insobornable, dependiendo del monto en dinero, lo exponía a diario como si estuviese adiestrado en ese sentido. Había quienes aseguraban, nunca haberlo visto reír. Ni siquiera cuando alguien contaba un chiste, o decía un chascarro. La máscara de su rostro, no sufría fisura alguna, y más bien mantenía sus rasgos a prueba de catástrofes.

El día en que se extraviaron varios miles de pesos de la Caja de Ahorros y se acusó a un funcionario recién llegado, José Leonides, por su condición de jefe de la oficina, debió interrogarlo. No se recurrió a la policía para evitar un escándalo, pues también se pensaba de un error contable. Al final, acosado por las evidencias, el sospechoso admitió su culpabilidad, pues precisaba el dinero para cancelar deudas de juego. Entonces, José Leonides le lanzó un tintero al rostro para expresar la furia de quien se siente traicionado, en tanto lo insultaba sin medir el lenguaje. Él mismo lo había contratado, entre muchos postulantes, a pedido de un amigo.

Cuando Ismael se aproximó a su padre para manifestar haber extraviado un billete de banco, el hombre miró la hora en el reloj de bolsillo, dominado por aquella manía de funcionario público, acostumbrado a vivir pendiente de los minutos para escapar del trabajo, o presumir de acucioso en sus obligaciones.

—Es una mala hora las dos de la tarde, para castigar a un niño torpe como tú. Esta noche, recibirás el merecido —y se sentó a la mesa dispuesto a almorzar

cazuela de vaca.

En el comedor, debido al silencio, a la ausencia de diálogo, se escuchaba el lejano goteo de una llave mal cerrada. El ruido de las cucharas al golpear los platos, parecía el de una bolita de cristal brincar por un piso de baldosas, y que termina por estrellarse contra la pared. La quietud apenas la interrumpía el crujir del pan cuando es desmenuzado, o el escanciado del vino y el agua en las copas, cuyo ruido asemeja el gorjeo de un niño pequeño.

Esa tarde, Ismael decidió causarle daño a don Trapecio. Pronto iría hasta la Estación de Ferrocarril, donde el viejo dormía en una bodega —gracias a la generosidad del jefe de estación— para quemarle las pertenencias. Cumpliría su deseo aunque significara vencer el miedo a la oscuridad, pues desde muy niño sentía pánico cuando llegaba la noche.

Finalizada la cena, José Leonides llamó al hijo a la sala, donde se reunía la familia. El niño llegó hasta ahí rumiando su desdicha, al conocer de antemano la razón de la cita. Su madre se había retirado a dormir, porque era prudente y no deseaba presenciar el castigo.

José Leonides se sacó la correa del pantalón, y la dobló en un gesto algo teatral. En su expresión, la máscara inmutable de siempre, dura como sus pensamientos, hablaba de intransigencia. Enseguida, empezó a darse con el cinturón golpecitos en la palma de la mano, dispuesto a cumplir un viejo rito, el cual sintió en sus propias carnes cuando era niño. Desde luego miró el reloj, porque la hora del castigo debía estar ajustada a ciertas normas. Sin decir palabra, señaló a Ismael el sillón donde debía inclinarse, para que le ofreciera sus nalgas enjutas, trofeo destinado a apaciguar las ansias de padre severo. Ismael, angustiado, lanzó una mirada de súplica, quizás el ruego postrero de clemencia ante la certeza del vejamen. Sin embargo, el verdugo no deseaba condolerse en lo mínimo, porque si no castigaba al hijo con severidad, temía que no se enderezara a tiempo.

Miró a su presa. Ahí, en breve instante de duda revivió una escena parecida cuando su padre, a la menor desobediencia, lo castigaba de igual forma. Eran nalgadas violentas, escarnecedoras, como para impedir sentarse en dos o más días. Quedaba trepidando con el trasero incendiado, lleno de verdugones. Ahora, al enfrentar al hijo, continuaba con el ejemplo sobre su descendencia, porque había que mantener las tradiciones en beneficio de la rígida disciplina. Para demostrar su condición de hombre, nunca derramó ni una sola lágrima, apenas si un gemido reservado, aun cuando el castigo adquiría características inhumanas, para hacer gritar de dolor a cualquiera.

—Serán tres correazos, hijo. Sólo tres —advirtió el padre y levantó su brazo punitivo, empeñado en cumplir el castigo, más bien una orden ajustada a la tradición, de la cual era un observante devoto.

Ismael sintió los correazos en las carnes vivas, como si alguien lo quemara con un hierro para marcar el ganado. Lloró hasta atragantarse de dolor, pero su progenitor no se quiso condoler e igual cumplió con la faena. Al concluir el castigo, el niño permaneció durante unos minutos tendido en el sillón, hasta recuperarse. El propio padre lo cargó en brazos, transcurridos unos minutos y lo llevó a la cama.

A lo menos, estuvo dos días sin poder usar una silla. No sólo le ardían las nalgas; también el alma transformada en el recipiente de su odio hacia ese hombre cruel, autoritario, jamás dispuesto a perdonar. No bien lo veía, se escabullía temeroso de volver a ser castigado. Se encerraba en la pieza, pero su madre rompía el aislamiento cuando le llevaba de comer o lo cubría con las frazadas si se quedaba dormido sobre la cama.

Días después, mientras se dirigía a la escuela, ya recuperado de la hinchazón en las nalgas, aunque seguía tocado por la ira, volvió a encontrar a don Trapecio. El hombre hizo una seña invitándolo a acercarse y como

Ismael no quiso obedecer, le mostró un billete del mismo valor que le había arrebatado hacía una semana.

—Usted, don Traprecio, es el causante de una feroz paliza que me dio mi papá.

—Yo cumplo mi palabra —replicó el volatinero— aunque un poco tarde, pero no soy un tramposo como tu papá, quien presta dinero con usura.

Ismael no entendió el significado de la palabra usura, pero se molestó, porque el volatinero se refería a su padre en términos desconocidos. ¿Qué podía significar esa palabra por primera vez escuchada por él? Igual se aproximó para recibir el dinero. Cuando el hombre lo tuvo frente a frente, partió el billete por la mitad y le entregó una parte.

—La otra mitad te la daré, si me prestas la bicicleta.

—Ese no era el acuerdo —se defendió el niño, a punto de echarse a llorar.

Don Trapecio escupió hacia atrás con fuerza, como quien desea espantar un maleficio. Parecía haber deambulado durante toda la noche, pues su boca y ojos revelaban el cansancio de la holganza o de haber participado en una juerga. Acercó su rostro al del niño, hasta casi rozarlo con su nariz afilada. Ismael quiso huir, pero el brazo poderoso del hombre impidió la maniobra, justo cuando la presa se escapaba.

—No quiero robarte la bicicleta niño malcriado. La necesito para hacer una demostración de destreza, este domingo en la plaza del pueblo. Así de inocente. Es un medio honrado de ganar unos pesos, y no como otros que roban a los pobres.

Ante el apremio, el niño se limitó a mover la cabeza en señal de aprobación. Al verse libre se fue corriendo en dirección a la escuela, pues se hacía tarde. Horas después, cuando oscurecía, sacó a hurtadillas la bicicleta del garaje y se la fue a dejar a don Trapecio. El volatinero dormía tirado sobre un camastro en desorden,

cubierto por sábanas, más bien trozos de tela burda amarillenta, y una frazada gris de hospital; por almohada, un saco harinero con la marca en azul de un molino de la zona, relleno de orillos de cachemir. En el cuarto, más bien en la bodega, reinaba el olor a estiércol mezclado con aire detenido. Junto al camastro, había un cajón a modo de velador y sobre éste, una palmatoria con la vela encendida. En la parte de abajo del elemental mueble, se divisaban los únicos zapatos; y dentro de éstos, los calcetines pestilentes.

Ismael hizo ruido para despertar al sujeto, pero éste parecía hallarse en latitudes de donde no se regresa ni con el estampido de un cañonazo. Aun cuando llamó varias veces al bello durmiente por su apodo, el bello durmiente no respondió. De seguro navegaba en el mar de los sueños, donde volvía a ser el legendario volatinero, admirado por un público enfervorizado cuyos atronadores aplausos le daban cosquillas en el vientre. Al divisar el niño la vela encendida, imaginó una perversidad, porque lo asistía el derecho de dañar a quien había sido el causante de marcas de dolor en sus nalgas y muchas lágrimas de impotencia. ¿Y si ponía la vela junto a los pies desnudo del volatinero para que en algún momento le quemara las plantas? Al fin, se iba a tratar de una inofensiva diversión, pues no bien sintiera don Trapecio el calor, despertaría de inmediato.

Puso la palmatoria junto a los pies de la cama, sobre el velador, luego de trasladarlo hasta allí. Entre la llama y los pies desnudos del volatinero no había más de diez centímetros, suficientes para quemar sus plantas si se estiraba durante el sueño. Miró su obra justiciera y sintió la complacencia de quien cree haber cumplido con un viejo deseo.

En silencio salió de la bodega sin ser visto por nadie y montado en la bicicleta se alejó del lugar. Pedaleó con fuerza hasta llegar a casa, entrando por la parte de atrás. Un minuto después se acostaba, luego de haber visto por la ventana de su pieza, a su padre jugando al naipe en compañía de amigos, entre el humo azulado de sus

cigarrillos pestilentes, igual a la niebla nocturna acostumbrada a caer sobre Tricahue.

Soñó tragedias. Vio a don Trapecio salir a la calle convertido en una pira humana y terminar hecho carbón. También soñó con su padre, quien lo volvía a azotar por haber quemado a don Trapecio, aunque esta vez en la cara donde le quedaban unas heridas lacerantes, de aspecto muy feo, para ocultarse de la gente. Eran llagas purulentas que hedían, como si fuesen emanaciones de sulfuro. Nunca había tenido una noche tan desgraciada parecida a aquélla. Despertaba y volvía a quedarse dormido, ni que estuviese aquejado de tercianas.

Aún no amanecía, cuando despertó y ya no pudo volver a dormir. A la espera de la hora para levantarse, se puso a jugar en la cama con un rompecabezas, que su madre le había regalado para el cumpleaños. Afuera, el azul Prusia del cielo, telón de fondo, mantenía vivo el titilar de las estrellas. En medio de la quietud, se podía escuchar el graznido de un ave nocturna, empeñada en buscar a quien depredar. Cerca de las siete, su madre entró a su habitación para despertarlo y se extrañó verlo sentado en la cama, empeñado en armar el rompecabezas.

—Te noto pálido. ¿Estás enfermo, hijo? —preguntó, pero Ismael hizo un gesto negativo, mientras la mujer se dirigía a una cómoda de donde sacó una muda de ropa, y se la entregaba para que se la pusiera.

—Anoche, mamá, soñé cosas terribles.

La mujer, mientras se ajustaba la bata rosada de toalla, preguntó, como quien lo hace por rutina:

— ¿Puedes decir qué soñaste?

Ismael contó sus sueños perturbados, aunque al referirse a don Trapecio, dijo que había visto al anciano caer desde lo alto de un árbol, aunque gracias a su talento de volatinero, amortiguaba el golpe, mediante la flexión perfecta de sus poderosas piernas.

Mientras la madre lo tranquilizaba, le advirtió que se apresurara, si quería llegar a buena hora a la escuela.

El niño se vistió aprisa. Apenas si mojó su cara y cabellos, pues debido al frío no se quiso bañar, aunque su madre insistía que lo hiciera para despabilarse. El desayuno, casi lo engulló de pie y se puso en marcha hacia la escuela por la misma calle de siempre, donde encontró varias pozas de agua escarchada. En una de éstas metió el pie para ver la resistencia de la escarcha, pero terminó por mojarse el calcetín.

Al llegar a la plaza, se detuvo por breves segundos a mirar el taxi de don Filomón González, quien llevaba una manta de Castilla, un gorro de lana y permanecía al volante, con el motor en marcha. Le pareció raro encontrarlo a esa hora frente a la policlínica del pueblo, pues acostumbraba dormir hasta después del mediodía, luego de reponerse de la consabida borrachera en el club social, donde se congregaba la bohemia.

Se proponía continuar el camino, cuando vio salir desde la policlínica una camilla, en la cual yacía una persona. Si don Filomón González no hubiese dicho: “Pongan a don Trapecio en el asiento de atrás, con mucho cuidado”, no lo habría reconocido. El viejo tenía hinchado el rostro a causa de las quemaduras y la cabellera chamuscada. Los brazos, igual a ramas de un álamo abatido por el temporal, que bien podía haberse desatado la noche anterior, estaban magullados, salpicados de ampollas acuosas.

Don Trapecio gemía y rogaba lo diesen vuelta. No podía soportar el dolor debido al roce de la camilla, de una improvisada sábana que, para cubrirlo, le habían puesto sobre el cuerpo desnudo. Cuando los enfermeros lo metían al taxi para trasladarlo hasta el hospital de Quinamávida, suplicó que lo dejaran tranquilo. Quería morir en paz, deseoso de encontrar a su amada Alejandra, quien desde hacía años lo llamaba desde el más allá.

Pese a estar quemado en múltiples partes, semejantes a picaduras de un panal de abejas hambrientas, logró sobrevivir. Meses después regresó a Tricahue. Como

se trataba de un hombre de espíritu invencible tan propio del hombre de circo, y le seducía contar historias, refería a quienes gustaban oírlas, que una de las palomas que le cagaban la cama había volcado la vela, provocando un incendio. Para hacer aún más conmovedor su relato, se subía la camisa para mostrar el torso desnudo, donde las huellas de quemaduras en forma de cordones del grosor de un dedo, habían arrugado y manchado su piel.

En el rostro y brazos también tenía marcas hostiles, para asustar. La boca le había quedado deforme, algo abierta, a causa de la caída del labio inferior. Entonces, se transformaba en una mueca de oculta rabia. Si se reía, mostraba sus dientes enormes hasta lo más alto de la encía. El ojo izquierdo le lagrimeaba a menudo, y era algo mayor que el derecho. De él había perdido las pestañas, y el párpado lo tenía vuelto hacia fuera. Parte del cabello en la sien izquierda había desaparecido, arrancada de cuajo. Para disimular la antipática despoblada, cubría la zona con un mechón de pelo venido desde la mollera.

Pese a todo, mirarlo de frente producía una rara impresión. Cualquiera podía sentir ganas de reír a expensas de ese personaje desdichado, o expresar lástima por la desgracia que se había engolosinado con su figura desmirriada.

Martes

Después de asearse en la mañana, “Querubín” salía al patio de “El Purgatorio” por una hora, cuando el resto de los reclusos se dedicaban a otros menesteres en los talleres del presidio. Cada minuto representaba una vuelta alrededor de un espacio determinado, bajo la mirada atenta de guardias que desde las almenas vigilaban su desplazamiento. Caminaba junto a los muros haciendo el recorrido de siempre, como si variar en lo mínimo, fuese un desacato, el motivo para dejarlo sin salida a la mañana siguiente.

Nada parecía haber cambiado desde su ingreso al penal —una mañana de septiembre— cuando una neblina borraba el paisaje similar a un mal presagio, y él no pudo conocer nada del pueblo de Tiltil donde había sido conducido, mientras esperaba la sentencia definitiva. “Ahí se van a pudrir los peores facinerosos, la basura de la sociedad”, le habían comentado quienes lo llevaban hasta ese lugar.

Regresaba al encierro al escuchar la sirena del presidio, parecida a la de un barco y de nuevo encontraba su mundo de desesperanza, monótono, cuyos límites no variaban en lo mínimo. A veces, imaginaba que para hostilizarlo, reducían la celda, pero luego de mediarla con sus pasos, tenía las mismas dimensiones. Ni siquiera el olor a orina era distinto.

Volvía al patio siempre solo, durante otra hora, antes de cenar. Cuando empezó a escribir lo que había quedado en el ojo de la memoria, los paseos le ayudaron a sentir cierta sensación de libertad, unido al afán de recrear

su vida de sicario, aunque a él no le gustaba esta expresión para desacreditar. Si pensaba en su condición de tal, asumida por voluntad propia y unida al de torturador y violador, veía en estos quehaceres, la mano poderosa de quien, desde un lugar privilegiado, señalaba que su misión era legítima, ajustada a la conducta de un hombre leal con sus principios.

Incluso, haber sido responsable de las quemaduras de don Trapecio, parecía un acto de auténtica justicia. Aquella obra, brutal para otros ojos, la veía como la respuesta fundada de quien asume una obligación frente a la vida. Ahora, si el miserable hubiese muerto, no le habría producido ningún pesar. El viejo lo hostilizaba a menudo y siempre lo veía dispuesto a engañar a los niños de la escuela, a quienes robaba, desde un lápiz de mina a una goma de borrar, pasando por un cuaderno, hasta llegar a laboriosos ahorros.

Los muros almenados de “El Purgatorio”, enhiestos como cipreses, donde se paseaban los gendarmes, parecían ser límites arbitrarios, líneas inexistentes, tentaciones para ser vulneradas sin temor, parecidas a las tantas mujeres que día a día interrogó en las cárceles secretas de la dictadura. Cuando se enfrentaba a aquéllas, un extraño frenesí le mordía el vientre y los deseos de poseerlas ahí mismo, después de acosarlas, martillaban sus fantasías de macho. Estaban a su merced, al sutil antojo de quien se había convertido en mito, pues su nombre ficticio y métodos de torturador, empezaban a ser destacados en la prensa del mundo.

Le gustaba verlas desnudas, igual a seres desamparados, arrinconadas en un lugar de la celda, como si quisieran desaparecer de su vista. Si de predilecciones se trataba, prefería torturar mujeres. Las encontraba más dignas frente al apremio, dispuestas a llegar al límite, si por medio estaba la defensa de la dignidad. Algunos hombres, en cambio, pedían misericordia mientras lloraban y parecían dispuestos a todo para salvar el pellejo.

En oportunidades, acariciaba a las mujeres hasta la ternura y si las sentía gemir, porque veían el crudo rostro de la trasgresión, se apoderaba de él cierto pánico. Ignoraba las razones, pero aquello le producía urgentes ganas de defecar y presuroso corría al baño. Sentado en la taza, empezaba a tiritar mientras imaginaba la manera de dar inicio a sus apetencias sexuales; entonces, evacuar el vientre era todo delicia. Libre del apremio sentía cómo el lado perverso de sus instintos, se posesionaba en su cerebro, revestido por una nube nocturna de color violeta.

Se preguntaba a veces, si en alguna ocasión sintió amor por una mujer, que no fuese su madre. A Luisita Basáez, la quiso porque parecía un ser angelical, etéreo, dotado de encantos particulares. El sólo hecho de verla tocar el piano, producía un dulce estremecimiento, la sensación de estar en un lugar paradisíaco. Luisita, después de interpretar al piano sus ejercicios, invitaba a Ismael a sentarse junto a ella y trataba de enseñarle algunos rudimentos de ejecución. No obstante, como el niño demostraba cierta torpeza, a causa de la rigidez de sus dedos y el escaso sentido musical, la niña se convencía de la inutilidad de su esfuerzo, aunque a la semana, volvía a intentarlo.

Ismael, podía sentir la proximidad de aquella artista en cierne. Palpar y oler sus cabellos color castaño, parecía el acto de mayor dulzura, una acción destinada a guardar en su memoria de adolescente, toda aquella sensación perturbadora. Le gustaba mirar la forma de sus orejas, y sentir la rara curiosidad de tocar sus aretes de oro, semejante a granos de pimienta dorada.

En otras ocasiones, se deleitaba al observar su cuello de noble arranque, donde colgaba una cruz de oro desde una cadeneta. Ese símbolo sagrado, lo estimaba como un objeto de pureza superior. Cuando después de años vio a las presas políticas que llevaban cruces al cuello, se enfurecía y las trataba de inmundas herejes, de

personas que usaban el símbolo cristiano, sólo para conmover a quienes debían interrogarlas.

—Yo, en confianza, jamás cometí un crimen por odiosidad —le refirió a un periodista, que logró entrevistarlo en el locutorio. —Para mí, se trataba de eliminar a gente ruin, despreciable, que sólo quería enlodar a la patria; reírse de su bandera, de sus símbolos, de su ejército glorioso y de quienes habían hecho grande a este país.

— ¿Me quiere decir —acotó el periodista— que su misión consistía en transformarse en quién debe en última instancia, determinar lo que está o no permitido?

—El objetivo supremo, ha de saber, pasa siempre por el respeto a la patria. Quien lo lesiona, está en contra de lo más sagrado de la vida.

—O sea —insistió el periodista— ¿la propia vida de las personas vale menos que las instituciones?

—Así debe ser.

— ¿Me quiere decir que, incluso, para conseguir esos objetivos, ofrendaría la vida de sus propios padres o de sus hijos?

—Usted lo ha dicho. No me importa sacrificar al ser más querido, si por medio están involucrados los intereses de la patria.

—Ahora —agregó el entrevistador— ¿me podría decir qué sentía usted cuando torturaba a personas indefensas?

"Querubín" sonrió hasta dar malignidad a su rostro. Como quien se siente incómodo, se removió en la silla, tratando de hallar la mejor postura para sus nalgas. Pasó repetidas veces sus dedos escoriados por la barba entrecana, recortada a tijeretazos. Con la cabeza algo gacha, miró al gendarme que permanecía de guardia junto al periodista, e hizo un gesto de desprecio para perturbarlo, y dijo:

—Hablar de tortura no es una buena palabra. Es mejor referirse a apremio. Quizá, esta misma persona el día

de mañana, sea quien esté bajo mis órdenes, dispuesta a obedecer en forma ciega. Yo, en confianza, de alguna manera actué movido por esta misma premisa. Obedecía, de lo contrario estaba en riesgo mi vida. Sólo obedecía a mis superiores.

—Pero usted, por lo que se ha determinado en las investigaciones, sobrepasaba las instrucciones de sus jefes. Hubo un momento en que actuó por cuenta propia.

—Claro. Resulta que ahora, se lo afirmo, algunos señores maricones desean eximirse de responsabilidad y yo sea el único culpable. ¿Lo nota? Estoy harto de esta desgraciada situación. Incluso, el representante chileno en las Naciones Unidas durante el gobierno militar, hoy se escabulle como una sabandija, siendo que era uno de los principales mentores del pronunciamiento militar. En confianza, yo lo conozco muy bien, porque fue él quien me recomendó al Comando de Inteligencia Militar, pero ahora lo niega. Le rogaría que hasta aquí llegue la entrevista. Usted debe comprender que quien está pronto a morir, necesita buscar la paz y mirar a Dios a la cara.

Como quien arrastra congojas permanentes más allá del mediodía, Ismael Leonides regresó a su celda. Se recostó en el camastro luego de permanecer por más de dos horas meditando sobre la entrevista. Aunque había caído la noche, no pudo dormir. Los gritos y súplicas de quienes había torturado durante trece años de impunidad absoluta, llegaban desde el pasado, convertidos en fantasmas. Las expresiones de dolor en una galería interminable de máscaras hostiles, de rostros deformados por el padecimiento, rondaban por su celda haciendo morisquetas, empeñadas en pedir tributo por su conducta.

Aquella semana al finalizar su bullado proceso, que duró años, había sido condenado a la pena capital. Cerca del mediodía el propio alcaide le comunicó la sentencia. A modo de consuelo informó delante de su abogado que, en su oportunidad, podía solicitar el indulto presidencial, y como el primer mandatario era hombre de formación

cristiana, de seguro lo iba a conceder.

Al correr el tiempo —meses de larga y tediosa espera— el Presidente de la República pensó conmutarle la pena de muerte por la de presidio perpetuo. Quería demostrar que en democracia, la muerte era innecesaria. En la intimidad, Ismael "Querubín" Leonides prefería enfrentar al pelotón de fusilamiento. Pensaba gritarles

a quienes lo iban a fusilar: "Aquí está el pecho de un patriota, hijos de perra". De lo contrario, debía permanecer confinado en un penal, de donde algún día saldría en un ataúd, cuando ya todos estuvieran olvidados de su caso y sus execrables crímenes no sirvieran ni para escribir una sola línea.

En su oportunidad envió una carta a uno de sus hijos que vivía en Valparaíso. Le refería antecedentes de su desgracia y hablaba del deseo de no solicitar el indulto presidencial. "Sería mejor morir, aunque de manera injusta. Así, de una vez por todas calmaría a la jauría de perros felices de verme enfrentado al pelotón de fusilamiento. Toda mi participación durante el gobierno autoritario, hijo querido, fue por defender la patria, su bandera, sus símbolos sagrados, por la revolución encabezada por militares patriotas, que no deseaban ver a nuestro país sometido al yugo extranjero. ¿Pueden acaso las muertes legítimas de nuestros adversarios, empañar la gesta heroica de quienes ofrendaron su vida por Chile? Esta pregunta, a diario ronda por mi cabeza y cada día que transcurre, mayor es mi convicción de haber actuado de acuerdo a mis principios. Pido tu comprensión".

El hijo de Ismael Leonides no respondió la carta. Envuelto en certezas agobiantes, cuando supo que a su padre lo acusaban por la prensa de todo el mundo de haber torturado y asesinado a opositores, se negó a mantener una relación filial. Apenas pudo marchó a Australia, como una manera de alejarse del progenitor. Hasta su propia madre, Valeria Muñoz, se había separado de Ismael desde hacía años, porque la utilizaba en sus turbios entramados,

mientras fue agente. Sólo cuando “Querubín” fue apresado y se inició la investigación sobre su persona, ella comprendió el grado de su perversidad. En más de una ocasión la forzó a yacer con un personaje determinado, porque a través de la intimidad podía obtener de él, la información necesaria para desarticular una maniobra en contra de la dictadura.

Como argumento, “Querubín” comentaba a su mujer que luchar por la patria constituía la mejor demostración de entrega a la más noble de las causas. “La patria está por sobre nosotros”, le explicaba con fervor intransigente. Ella, no demoraba en preguntar: “Y por tal razón, ¿estoy acaso obligada a seguir tus instrucciones, aunque éstas me repugnen?” “No hay alternativas, mi amor” respondía y la besaba en los labios para demostrar su adhesión a quien, en un acto supremo, debía aceptar este juego de simulaciones bastardas, tan próximo a la perversidad.

Valeria se entregaba a valorar la propuesta del cabrón, a la luz de su moral de mujer proveniente de la pequeña burguesía. Educada al interior de una familia de artesanos, la invitación de su marido parecía un hecho grotesco, aunque la finalidad pudiese ser patriótica.

— ¿No te importa, oye, saber que me acosté con otro hombre, impulsada por tu propia iniciativa?

— ¿O prefieres, que mediante la tortura —respondía “Querubín” sin demostrar nada— obtenga la información que deseo? En confianza, juzga tú misma.

De hecho, Valeria aquilataba las alternativas y si al comienzo producía irritación la posibilidad de agradar a Ismael, terminó por entender que su actitud de cabrón a plena luz del día, estaba avalada por un interés superior. Hasta podría resultar placentero yacer con un desconocido, y así lograr sentir en plenitud, lo que significaba aquella infidelidad consentida.

Cuando Ismael Leonides dio inicio a sus vinculaciones con los aparatos represivos de la dictadura

—no bien un golpe cruento barría del poder a la democracia— ella nada supo de las actividades de su marido. Es cierto que el hombre actuaba con el debido sigilo y como jamás hacía comentarios de su trabajo, Valeria Muñoz concluyó por suponer que realizaba labores rutinarias en una oficina pública. No obstante, al encontrar en cierta oportunidad en los bolsillos de "Querubín" un papel con nombres de personas buscadas por la dictadura a causa de su vocación democrática, empezó a atar cabos y las aprensiones golpearon su corazón de ingenua. Ahí figuraban hombres de la cultura, destacados políticos, dirigentes sindicales, sacerdotes, quienes a menudo aparecían suscribiendo declaraciones contra la dictadura. De todas formas, no supo dar contenido a sus aprensiones y por comodidad, decidió ignorar los hechos.

Él salía de casa en distintos automóviles, que lo pasaban a recoger muy temprano y su regreso al hogar nunca era a la misma hora. Por lo demás, ella se extrañaba que el número de teléfono de su casa fuese cambiado cada cierto tiempo, y no lo podía dar ni siquiera a su familia. "¿Acaso no sabes —se defendía Ismael— que hay gente empeñada en espiar a quienes combatimos a los traidores?"

Hubo un momento, sin embargo, que Ismael debió admitir delante de su esposa, trabajar en un servicio de información, donde se evaluaba la conducta de ciertos chilenos enemigos de la dictadura. Algo, según comentó, frecuente en gobiernos autoritarios para neutralizar a los opositores. "Jamás podrás decir lo que te he contado, porque nuestras vidas y la de los niños correrían peligro".

Valeria se estremeció al conocer ese tipo de información, sin embargo, se olvidó del tema transcurrida una semana. A veces leía en algunos diarios o escuchaba de boca de amigas, que existían centros de tortura, donde morían personas, pero según refería su marido, se trataba de mentiras urdidas por quienes deseaban enlodar al gobierno. "No somos una tropa de asesinos" se defendía Leonides, y para conmover a la esposa, le comentaba que

su jefe había adoptado un niño de dos meses, abandonado a la entrada de la oficina.

Un domingo de madrugada, Ismael regresó a casa luego de haber permanecido una semana en Valparaíso, por razones de servicio. Valeria ni siquiera se atrevió a preguntar dónde había estado durante ese tiempo, cuando el hombre irrumpió en la pieza conyugal, llevando un maletín negro. Se veía alterado, a punto de amonestar a su mujer, porque no tenía bajo la almohada el pijama de seda azul, con un dragón bordado en la espalda, que se ponía para darse ínfulas de karateca.

Se metió en la cama en calzoncillos y luego de voltear a la izquierda y a la derecha muchas veces, logró coger de la cola al resbaladizo sueño. Durmió hasta las tres de la tarde, justo cuando sus hijos salían a andar en bicicleta a un parque cercano. Como hacía calor, echó las tapas hacia atrás y se despojó de los calzoncillos. En pelotas se puso a leer una revista, en la cual unos escritores mal intencionados, se referían a un país imaginario, donde los dragones se engullían a los niños renuentes a comerse la comida.

—¿Acaso somos imbéciles para creer estas burdas patrañas? Aquí, en confianza, hay intención de criticar al gobierno, ¿o no? —le dijo a Valeria, quien en ese momento entraba al dormitorio con un jugo de naranja y un bocadillo de queso.

Ismael le demandó, mientras golpeaba el velador con la revista enrollada, que viese la manera de reunirse a solas con Bernardo Gardés, un dirigente de los empleados públicos, del cual deseaba obtener información precisa, sobre los nombres de quienes encabezaban en la clandestinidad, la organización gremial. Sorprendida, Valeria hizo un mohín de disgusto y bajó la vista, igual si le hubiesen dicho que debía salir desnuda a la calle, por el único ánimo de producir escándalo. Después de unos instantes, pasado el sinsabor al ser atropellada en su dignidad, preguntó cuál debía ser su misión, porque la idea

parecía intrigante, pese a los riesgos.

El marido lanzó un suspiro de tranquilidad, en tanto se acomodaba los genitales aprisionados entre sus piernas. En Valparaíso se había reunido con el capitán Diez, encargado de desarticular las organizaciones sindicales de la región. Le había propuesto trabajar con él, luego de haberlo seleccionado entre una veintena de postulantes. Y comentó:

—Los empleados públicos han adquirido mucha fuerza en este último tiempo, y por instrucciones de mi General, es preciso desarticular su organización. Usted debe obtener de Bernardo Gardés la información adecuada, pero sin tocarle un pelo, pues lo protege la embajada de Francia. Está en libertad de usar cualquier método, para conseguirlo, aunque dentro de ciertas normas de prudencia.

Valeria Muñoz sólo conocía a Bernardo Gardés por fotografías en los diarios y de un programa de televisión, que no fue censurado, donde aparecía en la embajada de Francia, con parlamentarios de ese país. Le había impresionado su figura y modo de hablar, pues en aquella oportunidad dijo que los trabajadores en general, tenían el apoyo de poderosas organizaciones internacionales, empeñadas en devolver la democracia a Chile.

—Oye, ¿y cómo lo voy a conocer, si nunca lo he visto? —indagó, mientras se ponía el índice en la boca entreabierta, y sus ojos se movían dando relumbrones.

Ismael Leonides sonrió a la manera de Mefistófeles, al mostrar un diente de oro, colocado más por vanidad que necesidad. A la sorprendida mujer le explicó que Bernardo Gardés frecuentaba la casa de la quiromántica “Madame Bovary”, donde una vez al mes se veía la suerte. Le diría a Madame que la citara a ella, justo cuando Gardés apareciera en su estudio. El encuentro, por de pronto, resultaría una mera casualidad. A continuación, Valeria buscaría la fórmula para iniciar una amistad, ajustada a los propósitos de Ismael, donde podía desplegar toda clase de estrategias femeninas, las que no eran nada

de despreciables.

Para Valeria, se trataba del primer encuentro de esta naturaleza ideado por su esposo. Tal vez el asunto se remitía a un intercambio de palabras baladíes, adornadas con juegos de seducción, para terminar con dos o tres invitaciones a comer y bailar, y luego el sindicalista se abriría en confidencias. Todo, ajustado dentro de una relación de amistad pura, donde los encuentros amorosos quedaban al margen. Ahora, si había que acceder a algo más, lo valoraría a su debido tiempo.

Pese a ser Madame Bovary una experta quiromántica, hasta la fecha no había logrado obtener ninguna información de Gardés. Apenas se inició la dictadura militar, apoyada por la oligarquía, la mujer se ofreció a entregar su apoyo al nuevo gobierno, a cambio de ser la adivina oficial del régimen. Incluso, informaba al General del Comando de Inteligencia Militar de cuanto obtenía de las pláticas con sus propios hombres, y éste la retribuía invitándola a las recepciones oficiales.

Gardés sólo se limitaba a mostrarle la mano cuantas veces la visitó, y de su boca no salían otras palabras a no ser de buena crianza. Si Madame preguntaba algo, él se refería a lo indispensable, sin siquiera hacer mención de su trabajo, o al nombre de sus amistades. No confiaba en la mujer, pues sabía que infinidad de partidarios de la dictadura frecuentaban su estudio, aunque sí creía en la certeza de su arte adivinatorio, muchas veces comprobado por él mismo. En oportunidades, ella supo advertirle a tiempo de un perjuicio económico o de un traspié sentimental, y Gardés como agradecimiento la recomendaba a sus allegados, aunque les advertía sobre los vínculos de la quiromántica.

—Mañana, a las seis de la tarde, debes ir donde Madame Bovary —le comentó Ismael a Valeria, mientras se desvestían y él la ayudaba a desabrochar el sostén.

La quedó mirando a medio desnudar y descubrió que pese a tener treinta y ocho años, y haber engruesado

imitando a una buena matrona, aún conservaba las formas de virgen apetecida. Dueña de esta última característica, más por razones familiares que por iniciativa propia, Ismael la conoció en una fiesta en casa de amigos. Ella, se negaba a bailar aunque muchos se lo pedían, pues le dolía un tobillo, después de haber trastabillado en una escalera hacía un rato. Ismael se le arrimó y sin tardanza, empezó a embaucarla con su lenguaje florido de lechuguino bien informado. Le habló infinidad de cosas divertidas, inventadas en ese momento. Al notar que se reía con discreción de señorita de sus chascarros nada de originales, propuso que uno de esos días podían ir a ver una película de Brigitte Bardot.

Lo hicieron, cuando sobre Santiago caía una lluvia devastadora y los paraguas negros poblaban las calles. Parecían una bandada de pájaros desventurados, entregados al destino, pues el viento los daba vueltas y quería encumbrarlos más allá de las nubes plomizas. En medio del jolgorio del clima, Ismael y Valeria iban abrazados bajo el diminuto paraguas de la joven, lo cual les permitió las favorables aproximaciones para eludir la timidez

Días después, cuando el sol de un invierno agrio acompañaba a los paseantes, se reunían al amparo de una plaza pública, donde se hicieron promesas de amor. Había quedado atrás el desasosiego, la desconfianza que suele rondar a los espíritus jóvenes. A partir de esa fecha, se empezaron a ver a diario. Y transcurridos seis meses —más bien apurados, porque la joven estaba embarazada— se desposaron en la iglesia de la Merced.

Desde temprano al concluir de hablar con su marido, Valeria se empezó a emperifollar. Si esa tarde debía conocer a Bernardo Gardés, tenía que maquillarse bien y lucir sus mejores ropas. A lo menos, permaneció frente al espejo casi dos horas, lidiando con la cabellera que se rebelaba a ser domesticada. A toda costa quería hacerse chasquilla para verse más joven, algo distinta, pero

el cambio la complicaba hasta enfurecerla. Los años, o la falta de docilidad del cabello, se resistían a la modificación con esa porfía emparentada a la inevitable vejez.

Como vestir a la moda era su pasión de privilegio y a menudo estrujaba los bolsillos de Ismael, hasta arrancarles lamentos de ruina, decidió colocarse una prenda de cachemir inglés, zapatos de charol, medias oscuras, una blusa de organdí y al cuello, una pañoleta de seda natural. Y para completar su indumentaria, se puso un anillo de brillante de dudoso origen, pero se sacó la sortija de casada. De preferencia gustaba visitar modistos de reconocida fama, y en ocasiones encargó a amigas, ropas desde Europa. También le seducían las joyas finas. E Ismael, para agradar semejante faceta nada de sencilla de conseguir y más bien encaminada a hacer naufragar cualquier presupuesto, se las ingeniaba para robarlas desde los hogares, cuando participaba en allanamientos clandestinos.

¿Cuál iba a ser su estrategia para conquistar a Bernardo Gardés? ¿Sabía cómo actuar frente a un hombre nada de corriente? ¿Debería ser gentil al comienzo o el recato era lo más aconsejable, por tratarse del primer encuentro? Casi no pudo dormir aquella noche en que su esposo le hizo la proposición, agobiada por dudas más bien de cómo actuar, que vinculadas a la moral. Ismael la había acariciado entera, y ella al no querer responder a la propuesta de amor, lo rechazó porque sus pensamientos revoloteaban sobre la aventura del día siguiente, cuya experiencia a cualquiera excita.

Debido a sus encantos y belleza aún aceptables, muy bien recordaba el día en que un jefe de Ismael, compañero en la oficina de informaciones, le hizo una invitación a comer al Hotel Sheraton, justo cuando su marido debía cumplir una misión en Antofagasta. Por prudencia, no quiso rechazarla de plano, para no parecer timorata. Como tenía artes para saber escabullirse en el momento adecuado, propuso al jefe buscar otra fecha, pues

manifestó no sentirse bien. Entre líneas quiso decir que estaba indispuesta por si el sujeto, así lo suponía, deseaba en último término llevarla a la cama.

El jefe, transcurrido unos días, obsesionado con la posibilidad de manducarse a la esposa de Ismael Leonides, se las ingenió para enviar al subalterno a otra misión urgente, ahora a Punta Arenas cerca del polo sur. Valeria ya no pudo negarse a los afanes de seductor atemperado y aceptó ser llevada a cenar a un lugar discreto. Hasta parecía estúpido seguir escabulléndose como una gansa. Amanecía, cuando accedió subir al piso del jefe, mientras llovía a cántaros, asunto que la hizo recordar la tarde cuando Ismael la invitó al cine y caminaban bajo un paraguas compartido.

Todas las escenas posteriores, el instante en que el jefe la besó en los hombros, en la boca, le acarició los pechos ardientes y habló de amor, ella quiso vincular ese momento estremecedor con una escena similar, tenida con el propio Ismael. Éste en cierta ocasión la invitó a un hotel de la calle Londres donde se llega sin equipaje, porque le quería mostrar la pieza donde se había cometido un crimen pasional, hacía diez años. Ahí se recrearon hasta sentir los jadeos de muerte de quienes ya no vivían, utilizando una manera de provocar al pretérito, pues el asesino a quien la prensa bautizó como el "Enano Maldito", había sido fusilado.

El jefe, después de haber pedido que se desnudara frente a un espejo, rogó se pusiera los zapatos de tacón y caminara con lentitud por su vientre desnudo. "Me excita mucho" anunció, en tanto le temblaba el labio superior. Valeria así lo hizo, no bien el hombre se hubo tendido sobre la alfombra de la pieza. Cuando los tacos se incrustaban en sus carnes vivas, hasta hacerlo sentir un dolor inaguantable —mientras jadeaba al experimentar placer erótico— pidió a la mujer, si deseaba, podía mearlo en la cara, pues la orina le despertaba el apetito sexual.

Para dirigirse Valeria donde Madame Bovary,

abordó un taxi a la salida de su casa. Justo llegó a la hora en que entraba Bernardo Gardés al estudio de la adivina. Él sonrió, porque ambos deberían mantener ciertas formalidades de complicidad, por el hecho de encontrarse en el consultorio de una quiromántica. Pasaron a un salón con muebles tapizados de rojo, donde los recibió un joven con barba al parecer postiza, de indulgente mirada, que llevaba puesto un turbante hindú, aunque él de hindú no tenía ni el color de la piel. Los invitó a sentarse y ofreció té, café o bebidas gaseosas. Enseguida, les avisó que Madame Bovary se encontraba en trance de meditación desde hacía un cuarto de hora, y pronto serían atendidos.

Tras una cortina de terciopelo rojo, algo raída, apareció Madame. Vestía una bata negra de caftán, adornados el cuello y las mangas con velos blancos. Un cintillo sujetaba la abundante cabellera pelirroja, aunque no era su color natural, pues tenía las raíces encanecidas. Superaba los sesenta años, pero los disimulaba, debido a la esbeltez de su figura, a lo ceñido de su traje y a la generosidad de maquillajes que cubrían su rostro ovalado, de expresión cordial.

Abrazó y besó en la mejilla a Bernardo Gardés, pues lo consideraba amigo y cliente leal, y tendió la mano a Valeria, al sentirse halagada de una visita de su rango. “Sentí de improviso fuego en la mano de Madame” comentó Valeria a su esposo, cuando éste le preguntó cuál había sido su impresión sobre la adivina.

—Ignoro por qué ambos han sido citados a la misma hora —dijo la sorprendida Madame, dirigiéndose al joven secretario del turbante, quien hizo un gesto de disculpa, mientras revisaba apresurado un cuaderno de tapas de cuero, donde figuraban las citas diarias.

Bernardo Gardés quiso ceder su turno a Valeria, pero ésta prefirió esperar, porque argumentó sentirse algo nerviosa por su condición de primeriza. “Prefiero aguardar un rato, para acostumbrarme” dijo al final. Gardés y Madame entraron a una pieza en penumbras, aunque la

adivina no demoró en encender la luz azulosa de limitado espectro. Las ventanas —cubiertas de espesas cortinas de raso— daban al recinto la necesaria oscuridad. En el piso había alfombras de cierta calidad y en el centro de la habitación, una mesa redonda de marquetería, cubierta con un tapete hindú de hermosos dibujos y variados colores, alusivos a los dioses de aquella región del Asia.

Un olor a incienso circulaba por el recinto, proveniente de un pebetero puesto sobre una mesita, en la cual había figuras religiosas de países de oriente, además de libros gruesos de empaste en cuero, aprisionados por dos elefantes de metal. La ambientación, aquella atmósfera creada con fines especiales, no podía ser mejor.

Madame Bovary, ya instalada en su silla predilecta junto a la mesa de marquetería, invitó a Gardés a sentarse ante ella, mientras desde una cajuela de madera perfumada, sacaba un amuleto —una rótula humana— envuelto en un trozo de tela y amarrado con cinta. Sus labios finos, resecos igual a hojas de otoño, se desplegaban y plegaban, simulando una oración destinada a recibir la ayuda necesaria desde el más allá, para hacer un buen trabajo de adivinación.

Permaneció un minuto en trance, y luego pidió a Gardés que mostrara la palma de su mano derecha, por donde pasó tres veces el amuleto, después de haberlo besado con exagerada unción. Lo guardó enseguida en la caja perfumada, no sin haberlo vuelto a besar, y con sus dedos suaves empezó a recorrer la palma de la mano del cliente. En su expresión había un profundo recogimiento, parecido a quien ora junto a la tumba del amado, aunque un buen observador habría advertido que la mujer sabía simular de maravillas. De lo contrario, no tendría de cliente, ni al más cándido de los hombres.

En la habitación, aislada del resto de la casa, se sentía el anhelar penoso y más o menos sonoro de Madame, tan propio de una asmática, y el ruido tenue de pies que se arrastran sobre la alfombra en incesante

acomodo. Nada parecía sobrar en el recinto, aunque la tos persistente de asmática de Madame Bovary, al aspirar el incienso, alteraba la monotonía del lugar.

—Vienen días de amoríos excitantes don Bernardo, los cuales veo muy próximos —dijo Madame, concentrada en la lectura de la palma de la mano.

— ¿Y esos amoríos me van a causar sinsabores —indagó el afectado, feliz con la noticia— o van a ser alegres?

Madame Bovary tosió con suavidad, ante lo cual por prudencia volteó la cabeza. En sus ojos de experimentada quiromántica, cruzó un viento helado, de inexplicable procedencia, pues hizo un ademán como si en la pieza, alguien distinto a ellos escuchara sus predicciones. Se irguió mientras recogía la barbilla algo papuda. Su voz se hizo profunda, más bien cascada donde incluyó las simulaciones del caso, semejante a quien la engruesa para producir efecto teatral.

—Dentro de poco, una dama muy hermosa y distinguida lo va a amar. Ahora, si usted desea entregarse a esta nueva experiencia de vida, no debe rechazar el desafío, lleno de alternativas. La relación de la cual hablo, la veo como una buena oportunidad para encontrar la tranquilidad en el amor, que tantas veces usted ha buscado en vano.

—Y esta relación, Madame —dijo con viveza Gardés mirándose la palma de la mano— ¿acaso no me producirá tropiezos, más de algún contratiempo?

Madame Bovary, cuyos ojos centellaban, volvió a fijar su vista sobre la palma de la mano de Gardés, y mientras hacía un gesto de negación, dijo, dando a su voz una entonación de misterio:

—El buen amor don Bernardo no perjudica, aunque venga desde la clandestinidad. Asuma los riesgos, como caballero que es.

El hombre se tranquilizó, aunque sobre la marcha se atrevió a preguntar:

— ¿Conozco acaso a la dama de quien usted habla?

—Yo pienso que sí, aunque no son amigos. La veo cercana a usted, entonces debe esforzarse ahora, para descubrir su identidad. La dama a causa de su timidez, porque es una señora de buena familia, distinguida, sería incapaz de expresarle alguna muestra de acercamiento. Trate de ser usted quien dé los primeros pasos.

Gardés se puso a repasar hechos recientes de su vida, pero no visualizaba desde donde podría surgir aquella singular dama, anunciada con tanto entusiasmo por la quiromántica. ¿Por dónde debía empezar a buscarla?

Minutos después, Madame daba por finalizada la sesión adivinatoria y cogida del brazo de su amigo, lo acompañaba hasta la puerta de la sala de consulta. Bajo el dintel se despidieron de besos, mientras Gardés seguía lucubrando acerca de la identidad de quien parecía destinada a cambiarle la existencia. Cuando vio otra vez a Valeria, ahora sentada en un sillón en actitud contemplativa, algo ausente, sintió un inesperado bochorno. La mujer permanecía cruzada de piernas, muy bien erguida, empeñada en demostrar aplomo. Parecía deslumbrante, deseada, el ideal de hembra para iniciar un flirteo. Salió trastornado a la calle, donde se quedó al volante de su vehículo, aguardando la aparición de Valeria.

Miércoles

Sentado frente a la máquina de escribir, después de su habitual paseo de la tarde, Ismael "Querubín" Leonides inició el capítulo "Un hombre inescrutable" para referirse al General, y comienza así: "Nunca había sentido mayor excitación, a partir del instante cuando me dijeron que el General deseaba conocerme. ¿Por qué a mí? Pregunté sorprendido a mi jefe. "Tiene muy buenas referencias tuyas. Le gusta la manera que usas para interrogar a los detenidos y el satisfactorio resultado de tu trabajo. Sospecho que, en persona, desea comunicarte una buena noticia".

"No dormí en una semana, pensando en la entrevista con el General. Casi nadie lograba verlo debido a sus numerosas ocupaciones, responsabilidades, viajes y porque prefería la discreción. Estar con él, aunque fuese un sólo minuto, era un enorme privilegio, un obsequio. Se comentaba entre los miembros del Comando de Inteligencia Militar, que el General sabía premiar la lealtad de sus subalternos y montaba en cólera hasta perder los estribos, si alguien lo defraudaba".

"En cierta ocasión, abofeteó en su oficina a un capitán de caballería, cuando supo que éste había tenido de amante a la esposa de un conocido opositor a la dictadura, y mientras lo fueron, no pudo sonsacarle ni una sola palabra de información. "Gente como usted, desprestigia nuestro servicio" expresó para justificar su enojo y en el acto, lo hizo renunciar al cargo. Un mes después, el capitán moría en un accidente carretero, cuando el vehículo militar que conducía se desbarrancaba en la cuesta Zapata".

"El General tenía su oficina en un edificio de avenida Libertador Bernardo O'Higgins, próximo a la Plaza Bulnes. Infinidad de veces yo había estado allí, aunque sólo llegué a la dependencia central, nunca a su oficina privada del último piso. Sus subalternos solían

hablar de la azotea, cuando se referían al lugar donde trabajaba nuestro jefe superior, la cual había sido acondicionada con extraordinarios lujos. Al General le gustaba permanecer ahí en las noches para leer libros de historia, escuchar música selecta, o disfrutar de mujeres dispuestas a endulzar sus ansias desmedidas. Ante sus hombres debía demostrar sus condiciones de macho a toda prueba, y a menudo se jactaba de ello".

"Se trataba de un recinto más bien propio de un príncipe oriental, debido a las exquisiteces ahí reunidas. Había muebles franceses, alfombras persas, óleos de pintores europeos, esculturas italianas en mármol de Carrara, cuchillería de plata, vajilla inglesa y manteles bordados en hilo de oro".

"Desde el primer día del golpe militar, el General —a la sazón coronel— se especializó en desvalijar las casas de los opositores a la dictadura y de quienes aún siendo sus aliados, le ofrecían regalos finos para mantenerlo satisfecho. Era conocida su voracidad y ansias trepadoras, que incluso ejerció sin contrapeso alguno, sobre varios de sus colegas de armas. Así, este coleccionista de circunstancia, logró reunir una pinacoteca envidiable, muebles y alfombras, destinadas a alhajar la mansión de un armador griego".

"Un día cerca de las siete, mi jefe me avisó por teléfono que esa mañana iríamos donde el General. ¿Dónde el General? Repetí atontado, incapaz de agregar nada más. Me puse la mejor ropa, zapatos de cuero reluciente y una corbata de seda natural que usaba en ocasiones especiales. En confianza, tuve la precaución de darme un buen baño y enjuagarme la boca con un líquido verde sabor a menta, pues se comentaba que el General aborrecía el olor a sobacos y el aliento pesado. Incluso me corté las uñas, algo descuidadas en ese tiempo, pues debía disfrazarme a menudo de mendigo para detener a los opositores".

"Al enfrentar el edificio donde trabajaba el General, sentí pálpitos en las sienes, flojas las rodillas y la

sensación de encontrarme enfermo. Mi jefe advirtió mi estado de ánimo, entonces dijo que si el General notaba mi perturbación, por pequeña que fuese, podría calificarla de debilidad, lo cual me iba a perjudicar. “A él le gustan los hombres sin emociones, fríos como el polo sur”, aclaró para calmarme. Me empecé a morder los labios para aquietarme al recordar que debía enfrentar a un hombre igual a mí, de carne y hueso, aunque fuese un personaje de leyenda”.

“Después de cruzar tres controles, de exhibir nuestras credenciales cada diez metros, de ser escoltados hasta la oficina del General por dos personas de mirada sombría, pudimos entrar a una habitación amplia. Quedamos solos ahí por espacio de tres minutos, de pie junto a un escritorio donde había una carpeta azul y varios papeles sujetos con un clipe. Aunque estaba más tranquilo igual sentía dolor en el pecho, como si tuviese el esternón astillado”.

“Casi no advertimos cuando se abrió una puerta del fondo. Un hombre vestido de uniforme avanzó hasta nosotros y nos dio la mano, una mano pesada, más bien fofa, luego de haber hecho el saludo militar. Algo nervioso lo miré a los ojos y pude observar que eran opacos como si estuviesen cubiertos de una membrana gelatinosa, semejantes a los de un reptil. Era de mi misma estatura, de barriga abultada, de cabellera hirsuta, caído de hombros”.

“Pueden ustedes sentarse, caballeros”, dijo en tono amable y nos ofreció sillas tapizadas en cuero negro. Noté su respirar hondo, quizás para olernos bien o porque necesitaba demasiado aire para sus pulmones, según supe, dañados por una bala que siendo capitán le disparó de casualidad un colega. Muchos en confianza, suponían que se trataba de un invento para lavar su imagen de pendenciero, cuando quiso sin éxito birlarle la mujer a su agresor”.

“Nos ofreció galletas dulces, desde un envase de lata guardado en un cajón de su escritorio, y bebidas

gaseosas que un mozo vestido de etiqueta, trajo en una bandeja de plaqué. El hecho me pareció inusual, aunque ni siquiera podía demostrar sorpresa. Apenas vi el envase de lata, me acordé del zapatero. Se me puso fría la espalda, como la primera vez que estuve con una mujer metido en la cama. El General me hizo una pregunta algo estúpida: "¿Hay quejas suyas del servicio, señor Leonides? Quiero conocer su opinión". ¿Acaso yo iba a formular reclamos delante de quien podía hacerme polvo esa misma tarde? Y casi tropezando con las palabras dije: "Todo funciona de maravillas, mi General. Disponemos de un apoyo muy expedito otorgado por vuestras unidades. No hay ninguna queja, señor". En confianza, parece que le gustó mi respuesta, pues enseguida dijo molestarle hasta producirle roncha, aquellos funcionarios que sólo reclaman, y no saben resolver nada por iniciativa propia".

"He decido ascenderlo a usted al grado de sargento mayor", dijo, y de la carpeta azul sacó un documento donde se oficializaba el cargo. Lo leyó en voz alta y al concluir, se puso de pie. Me dio la mano y desapareció por la misma puerta del fondo. Habían transcurrido escasos doce minutos, suficientes para haber conocido a un hombre que, de no mediar su lealtad hacia la estructura militar, se habría transformado en Presidente de la República. Había adquirido un poder ilimitado, casi absoluto a través del tiempo como jefe del Comando de Inteligencia Militar, y así se lo habían asegurado sus íntimos, quienes sabían halagar su vanidad de conductor sin contrapeso. Por algo su frase predilecta que repetía a menudo en reuniones, en las arengas o en los escritos era: "El amor a mi patria me dirige".

"A la mañana siguiente, no bien regresé al cuartel, observé cómo mis colegas estaban sorprendidos de mis avances en el servicio. La sola circunstancia de haber sido recibido en persona por el General, uno de los hombres más poderosos de Chile, aumentaba mi renombre y de golpe, me ponía en una situación de privilegio frente a mis

colegas. Todos se acercaron para felicitarme, aunque noté que muchos trataban de establecer una amistad de conveniencia".

"Para no defraudar al General, hacía mi trabajo sin remordimiento alguno, sobre todo si por medio se deseaba obtener información de los enemigos del régimen. Ante la muerte, ni siquiera me condolía. ¿Tenía alguna razón? El sufrimiento de los demás me resultaba indiferente. Si algún preso suplicaba misericordia, aumentaban en mí las ganas de torturarlo. En confianza, recordaba al zapatero, los correazos que mi padre me propinaba en las nalgas o las veces que niños mayores abusaban de mí, y los múltiples sufrimientos tenidos en la vida. Si en su oportunidad a quienes debía torturar habían dañado a la patria, merecían el rigor del castigo. Prefería a quienes lo aceptaban con mansedumbre y hasta con dignidad. "Acepten los designios del destino en estos momentos de prueba" les decía con sorna. "Ahora, nosotros somos los que mandamos y ustedes deben obedecer".

"No es aconsejable tener emociones de ninguna naturaleza, me repetía como monserga fatigosa. Ignoro si alguna vez amé de verdad. Quizá a mis hijos; a mi madre y a ciertos amigos leales. Con relación a las mujeres —y debo reconocerlo con hidalguía— me causaron mucho daño en diferentes épocas de la vida. Yo tendría doce años, cuando una prima de mi misma edad que nos visitaba en verano, me acusó de ser feo igual a sapo, cuando quise besarla. Y para rematar su ofensa, agregó que yo debía tener baba verde en vez de saliva, cosa que le repugnaba hasta darle náuseas".

"Mi primer amor de verdad, Luisita Basáez, terminó olvidándose de mí. Para la niña era más importante tocar el piano, aunque nunca escuché decir a través de los años, que se hubiese convertido en una concertista de nota. Se diluyó, siguiendo en un medio de infinita mediocridad, el destino de muchas de su especie. Como miembro de cierta clase próspera, sólo aspiraba a un

barniz cultural y que se dijese de ella, cuando le llegara la edad de casarse, que sabía tocar piano, además de desenvolverse de maravillas en sus obligaciones domésticas: cocinar, zurcir, hacerse la ropa y ser una acuciosa administradora de los bienes de la familia. Los pretendientes, en tal caso se iban a doblegar ante una niña con aquellos singulares atributos, nada de usuales en una joven de provincia".

"Dos año y medio después del pronunciamiento militar, me puse a trabajar en una oficina de informaciones dependiente del ejército en la avenida Providencia. Don Hermógenes del Rosal, un abogado de derecha amigo de mi padre, fue quien me recomendó para el cargo. Al principio se escabulló, dando miles de argumentos para no recibirme, pero de tanto insistir hasta la majadería, me citó a su bufete. Era un reconocido fauno, dandi de trato receloso, pedante, pues al dar la mano se echaba hacia atrás, evitando el aliento del interlocutor. Como yo estaba cesante desde hacía meses, recurrí a él, después de haber leído en el diario un artículo suyo, donde glorificaba la acción salvadora de las Fuerzas Armadas. Se decía en confianza, que era uno de los pocos que osaban tutear al dictador en público, quien lo consultaba a menudo sobre temas jurídicos. No me extrañó que al cabo de un tiempo, fuese designado embajador en las Naciones Unidas, labor que cumplió de maravillas, pues en realidad, era muy sagaz dentro de su cinismo, para desbaratar las acusaciones de genocidio y terrorismo de estado, que urdían los opositores al gobierno militar".

"Yo, antes de asumir, fui investigado hasta en mi modo de andar. En una sala donde había alrededor de veinte postulantes, nos entregaron un cuestionario de varias hojas para ser respondido. Nunca me habían preguntado tantas cosas referentes a mi vida, a mi familia, si era homosexual, si bebía, fumaba, si había militado en algún partido político, si sabía artes marciales, o si tenía parientes en las fuerzas armadas. Después me hicieron una

entrevista personal de un par de horas, realizada por un psiquiatra, cuyo nombre verdadero nadie conocía. Todos le decían doctor Mariposa por la afición de usar camisas de colores atrevidos y corbatas chillonas. Era un sujeto canoso, de nariz aguileña y ojos de ave depredadora, a quien encontré en varias oportunidades en el Comando Central. Me veía y se hacía el desentendido, mirando hacia un costado, aunque yo trataba de saludarlo. Tendría cincuenta años, aunque parecía más viejo, debido a los surcos profundos de su amplia frente. A menudo tosía, no sé si por sufrir un mal pectoral o para aclarar la voz cavernosa".

"Luego de hacerme varias consultas relativas a mi manera de pensar sobre política y moral, pues reconocí ser cristiano, me preguntó dándome una punzada con los ojos, si estaría dispuesto a torturar si con ello obtenía una valiosa información. Le respondí de inmediato que sí, porque me parecía un método seguro utilizado por infinidad de países en la actualidad, con excelentes resultados. Además, en los tiempos de la Santa Inquisición —agregué para darme ínfulas de ser culto— esa práctica era muy común, lo cual sirvió a la iglesia para atajar a sus poderosos enemigos. Le agradó mi comentario, pues dijo: "Todo el que tiene lengua habla. Es cuestión de tiempo y de método. No lo olvide jamás" y tosió hasta atragantarse".

"Entre las preguntas que más me conmovieron, fue la relacionada con la opinión que yo tenía de la muerte. Después de explicarle que no todas las muertes me conmovían, me consultó si llegado el caso, estaría dispuesto a matar a un ser humano, movido por un bien superior. "Le doy tiempo para pensar, pues no es lo mismo matar a una mosca que a un semejante", me dijo esbozando una risa irónica. Desde su cartera sacó un llavero y se puso a examinar las llaves, como quien frente a una puerta, duda cuál va a utilizar".

"Yo estaba excitado al recordar las infinitas veces

que deseé torturar e incluso matar a quienes, en diferentes etapas de mi vida se burlaron de mí. El psiquiatra abandonó el llavero y me contempló a los ojos. Sentí la fuerza de su mirada imperiosa, donde suelen navegar todas las intimidades del hombre. A borbollones, manifesté en confianza, que si se trataba de un bien superior, mataría, aunque hasta la fecha no había tenido la oportunidad de hacerlo, pero sí lo había deseado. "¿Me puede usted enumerar las ocasiones por favor y de quien se trataba?" preguntó usando un tono confidencial, y yo le referí de varios casos, a partir de cuando era adolescente. Le hablé de don Trapecio, del hermano de Luisita, de cuando uno de mis compañeros de curso me golpeó por haber insultado a su mamá, y de cierta vez cuando salí a cazar con mi padre".

"Al concluir la entrevista quedé dando vueltas en un lugar desconocido, ajeno a la realidad, sin embargo, si él me hubiese ordenado cometer un homicidio en ese mismo instante, no habría dudado un segundo en obedecer. Ese personaje había logrado activar mis perversidades, hacerme entender cuan útil puede llegar a hacer uno, si vence los escrúpulos en aras de un bien superior".

"Me hicieron después un examen de salud. A la semana de haber empezado a trabajar, seguí un curso de tiro con armas cortas y largas, en un polígono de la calle Rondizzoni. Ahí llegábamos en un autobús varios civiles recién contratados, donde debíamos disparar a maniquíes, puestos en distintas posiciones. Cuando daba en el blanco me acordaba del doctor Mariposa. Mientras me despedía de él al concluir la entrevista, dijo usando un tono amable: "La muerte todo lo disuelve".

"Al cumplir un mes en el servicio, mi jefe me recomendó ondularme y teñirme de rubio suave el pelo. "La facha, Leonides, es primordial en nuestra unidad, donde trabaja gente decente. Ahora, si usted tuviese los ojos azules, sería modelo de perfección. Le aconsejo mandar a hacerse lentes de contacto". Así, mi apariencia

adquiría dulzura, la beatitud necesaria destinada a no causar recelo. A partir del cambio de imagen me sentía mejor, seguro y hasta con ganas de realizar conquistas amorosas. Cuando circulaba por la calle, sentía las miradas de los transeúntes seguir mi camino. Hasta mi propia mujer se alegró de mi nuevo aspecto".

"Una mañana recibí el llamado telefónico de una mujer, quien dijo ser amiga de Luisita Basáez. Quedé boquiabierto. ¿Cómo había logrado ubicarme? Preguntaba, después de hacer rodeos hablando de una y otra cosa, si era posible que yo ayudara a encontrar a un tal Rigoberto Álvarez, desaparecido desde hacía siete meses, y según le habían informado, estaría detenido en una unidad militar. "Si Luisita Basáez se interesa por ese individuo, señorita, dígale que ella misma me llame", advertí airado a la anónima interlocutora y corté la comunicación sin más análisis".

"Creo que se trataba de la propia Luisita, quien no se atrevía a identificar. ¿Estaba casada, tenía hijos, había adherido al gobierno socialista, y a quien buscaba era un amor o su marido? Estas ideas me excitaron, pues en confianza se abría la posibilidad de volverla a ver en una situación complicada, y quién sabe si obtenía algo a cambio. Al llegar a casa, Verónica me comentó que una persona me había llamado por teléfono en la mañana, preguntando dónde me podía ubicar. Dijo ser pariente y le urgía hablar conmigo. "Me pareció sincera la voz, y le di el número de tu teléfono", dijo con su habitual candidez".

"A la semana, llamó de nuevo la misma persona. Escuché ahora una voz insegura, quebrada, tan propia de quien se obstina en mantener el anonimato. "Luisita, Luisita —dije— por favor no trates de engañarme. Si deseas mi ayuda sincera, al menos di si eres tú". Se produjo un silencio hostil, como si se hubiese interrumpido la comunicación. Quedé aguardando más de la cuenta, pero no hubo respuesta".

"Un tiempo después, me enteré que el marido de

Luisita había participado en una emboscada a una patrulla del ejército, donde murieron tres militares y dos subversivos, y por esa causa el sujeto había sido apresado en un allanamiento, cuando se buscaba a los responsables. El esposo de Luisita o lo que fuere, si de veras se llamaba Rigoberto Álvarez, logró fugarse del penal de Valparaíso donde cumplía una reclusión por cinco años, y luego, en la avenida Cumming moría en un enfrentamiento con la policía, junto a tres hombres y dos mujeres, una de las cuales era su amante. De ser así estimo, para bien de Luisita, habían eliminado al infame que se burlaba a gritos de ella".

"Aun cuando yo disponía de preciosas informaciones, que provenían de distintas fuentes, no pude localizar a Luisita. Parecía demasiado volátil, escurridiza y nada dispuesta a verme. Quizá, ahora se trataba de una persona doblegada por la tragedia, entonces en confianza, me resultaría mejor acercarme a ella, si me lo proponía. Era necesario esperar, pero ignoraba hasta cuando. Una tarde, por casualidad, revisando una revista dedicada a publicar críticas encubiertas al régimen militar, vi su nombre entre quienes colaboraban. Me alegré, aunque sentí temor".

"Muy bien podría tratarse de un alcance de nombre, pero igual llamé a la revista, para preguntar por Luisita. Se me informó, que no tenían registrada su dirección ni teléfono, y sus esporádicas colaboraciones, llegaban por correo ordinario. De tal suerte, localizarla se estaba transformando en un asunto de nunca acabar. Dije a quien me informaba, que yo quería verla por un asunto personal, y para vencer en algo la desconfianza surgida desde un comienzo, indiqué mi nombre y el teléfono de mi oficina. Sólo ahí, hubo una mejor comunicación, traducida en el cambio de voz de quien me atendía, y de la certeza que Luisita sería informada, en el supuesto que apareciera por la redacción de la revista".

"Dos días después llamó Luisita Basáez, y aunque

su voz no era parecida a quien había llamado con anterioridad, sospeché que simulaba. Era la misma niña alegre que hacía las delicias de todos, cuando tocaba el piano en nuestro Tricahue natal, y por quien se masturbaron, en la soledad de sus piezas, los niños de mi edad. Yo, no sólo me masturbaba pensando en ella, sino también me valía de un subterfugio, para mejorar mi faena. Había conseguido una fotografía suya, la cual llevaba conmigo en la billetera, y cuando deseaba sentirla próxima o quería sentir placer solitario, la miraba anonadado. Me gustaban sus ojos luminosos, sus manos de artista, la forma de su nariz algo respingona y la expresión de niña ingenua, que me hacían recordar a la efigie de una virgen que había en la iglesia de Tricahue. "Cuando seamos grandes, Luisita —le decía babeando a la fotografía al iniciar mi ritual— nos vamos a casar" y apuraba el ritmo de mi mano empuñada, deseoso de causarme urgente placer".

"Luisita y yo quedamos de reunirnos una tarde en el café "Begonia" donde ella, según confesó, gustaba juntarse con amigas. Llegué con quince minutos de adelanto. Ese día, por costumbre, decidí ir a la cita armado con una pistola. Quizá era exageración, algo inédito, pero el hecho de encontrarme con Luisita, a quien había dejado de ver hacía tantos años, no constituía un hecho casual. No sabía cuál podía ser su reacción si veía el arma, aunque el hecho de llevar una pistola, me parecía algo desproporcionado, una cosa propia de quien desconfía hasta de su sombra. Desde que comencé a trabajar en la Oficina del Comando de Inteligencia Militar, andaba siempre armado. Tal vez quería demostrarle en la intimidad, que yo tenía poder, y en un momento determinado, pensaba desabrocharme la chaqueta para que viese la pistola".

"Me empezaba a impacientar, y analizaba la posibilidad de marcharme, cuando entró al café una mujer delgada, de rostro anguloso, vestida sin afectación. Llevaba un abrigo oscuro abotonado hasta el cuello y

guantes negros, los cuales se empezó a sacar, mientras se aproximaba a la mesa donde yo me había instalado a beber café. La vi sonreír, aunque parecía hacerlo de un modo forzado. Supe que era Luisita, debido a la luminosidad de sus ojos y a cierto halo que veía a su alrededor. Pese a los cambios de mi aspecto, me había reconocido. Me levanté como impulsado por el resorte de una caja de sorpresa. Luisita en confianza, se acercó imitando el reencuentro de amantes reconciliados, para besarme en la mejilla. Sentí el hielo de sus labios, que terminó por quemarme, unido a la sensación lejana de quien no desea la proximidad de nadie".

"Han transcurrido muchos años, desde que éramos adolescentes", dijo con melancolía y aceptó compartir la mesa. "Al principio —agregó moviendo la cabeza— no te reconocí". Yo, desde luego, le había dado antecedentes de mi físico, pues había engordado y el aspecto y color de mi pelo no era el de antes, ni el de mis ojos. Más bien me dediqué a observarla en detalle. No podía alejar de mis pensamientos la imagen de cuando abstraído la veía tocar piano, ahora de regreso del pasado mediante una fuerza irresistible. Debería bordear los cuarenta y cinco años, aunque parecían ser más. Había cansancio acumulado en sus ojos, pese a la viveza de ellos. Casi no deseaba sostener mi mirada, pues se empeñaba en dirigir sus ojos hacia sitios imprecisos, como si nunca hubiese estado en el café "Begonia".

"El silencio de ambos resultó ser el mejor cómplice para observarnos. Y creo que haciéndolo, de verdad, ambos disfrutábamos. Frente a mí igual a un mal recuerdo, se hallaba mi noviecita de la adolescencia transformada en mujer. Distinta, pero igual era Luisita. ¿Tenía sentido esa reunión? La quise asir de las manos en una demostración de amistad, en confianza, pero me pareció una reacción torpe, inadmisible, más propia de quien trata de reconciliarse a destiempo con el pasado. No había razón para precipitar lo que bien podría llamarse un reencuentro

a contrapelo, pero al fin reencuentro".

"¿Cómo habían sido los años recientes de Luisita, la época de cuando se casó, su noviazgo, amoríos, en fin: la vida de una muchacha adorada por todo un pueblo? De haber intentado hacer aquellas preguntas inoportunas, quizás no habría tenido las respuestas adecuadas. Parecía preferible abusar del silencio hasta que un hecho pueril lo interrumpiera. Así aconteció, cuando un mozo se acercó a la mesa, para tomar el pedido. Ambos nos sobresaltamos y empezamos a reír de buenas ganas. Ella pidió una taza de café con leche, y yo, un café expreso".

"—Lamento de veras lo que le sucedió a tu marido —le dije en confianza, sin ninguna convicción. Ella, abrió aún más sus ojos empeñados en buscar espacios de serenidad, e hizo un gesto ambiguo, el cual se podría interpretar como de gratitud, o de una indiferencia tajante. Si hubiese referido que había aplastado una cucaracha en el suelo hasta hacerla sonar, quizás habría expresado palabras de condolencia por la suerte del bicho. "¿Qué ha sido de tus padres?" pregunté en medio de ese océano de incongruencias, empeñado en armar una mínima conversación. Luisita apoyó el codo en la mesa y la barbilla en la palma abierta de su mano. En esa actitud de meditación, aparentaba menos vieja, tal vez de la edad con que hubiera querido encontrarla aquella tarde. Incluso, me pareció bonita".

"Ellos deberían estar bien", auguró y quiso sonreír al notar mi sorpresa. Luego, explicó que no los veía desde cuando se casó, pues habían desaprobado su matrimonio hasta el cansancio. "Bien sabes tú —dijo dándole una marcada entonación a sus palabras— que mis padres son muy conservadores y veían que si me casaba con Rigoberto Álvarez, abandonaría mis clases de piano. Todo por las malditas clases de piano. Ellas me restaron años de vivir en plenitud la infancia, después de sacrificarles buena parte de la adolescencia". "Entonces —indagué— ¿nunca te gustó tocar el piano?" "Me gustaba en cierta manera —

aseguró empequeñeciendo los ojos— pero cuando se transformó en obligación, lo empecé a detestar".

"Era noche cuando salimos del café. Ya en la calle, ofrecí trasladarla en mi automóvil hasta su casa, pero se negó, utilizando la suavidad que siempre admiré en ella. Esa misma suavidad pero de rechazo, empleó la vez cuando quise besarla en la boca, mientras me enseñaba a tocar el piano. "No te sobrepases", dijo. Al despedirnos, pregunté cómo me había localizado. "Otro día te contaré, niño curioso" dijo cautelosa y se comprometió a llamarme al cabo de una semana".

"Volvimos a reunirnos en el café "Begonia" una tarde de intensa lluvia, que por su violencia parecía venir desde el sur. Llegamos casi juntos al lugar. Luisita llevaba un impermeable gris, y un paraguas algo ruinoso, pues tardó demasiado en cerrarlo. Para justificar el mal funcionamiento, comentó que a causa de una reciente ventolera se había dado vuelta y no había tenido tiempo para mandarlo a reparar. Se desembarazó del impermeable y lo puso en un perchero, junto al paraguas. Vestía el mismo abrigo oscuro de la semana anterior, aunque llevaba debajo un traje sastre verde oliva, que de seguro debía tener años de uso, pues le quedaba holgado. Pese a todo vestía con dignidad".

"A partir de ese día empezamos a intimar. Nos juntábamos a menudo y sabíamos al dedillo cómo encontrarle el lado amable a la vida. Luisita, desde la desaparición de su marido, se había trasladado a vivir a una pensión de la calle Catedral, donde compartía pieza con una estudiante de medicina. Por aquella época mi mujer, demostraba conmigo cierta indiferencia, luego de haberla autorizado a tener la aventura amorosa con Gardés. A esto, Valeria negaba que le gustara Gardés, aunque lo hallaba simpático, aficionado a hacer bromas, pero junto con traerme informaciones de regular valor que lograba sonsacarle en la cama, se refería a él en términos afectuosos".

“Ahora, si yo había auspiciado esa relación, no podía rasgar vestiduras y condenar a mi mujer a la hoguera. Sin medir las consecuencias, ambos al ser novicios, habíamos empezado a jugar con fuego. A diario, el jefe exigía ser informado cuál era el pensamiento de Bernardo Gardés y de sus amigos sobre el sindicalismo chileno, pues éstos consideraban la idea de crear una sola entidad rectora, dirigida por Lautaro Aldebarán, quien aparecía como el principal instigador. De ser así, no existía otra solución que eliminar sin tardanza, a quienes estuviesen empeñados en ese objetivo”.

“Un extraño hecho, vino a precipitar los acontecimientos de esos días, produciendo un revuelo en mi vida. Una tarde, cuando me aprestaba a abandonar mi oficina del Comando de Inteligencia Militar, me llamó por teléfono el General. Jamás lo había hecho, aunque a veces llamaba a mi jefe. Esa deferencia me pareció una nueva demostración de aprecio y reconocimiento a mi labor. En confianza, me habló en forma amable y dijo saber que yo tenía buenos contactos con la viuda de Rigoberto Álvarez. Por informaciones cruzadas, se había enterado que Luisita trabajaba con Lautaro Aldebarán, en la preparación de un encuentro clandestino de dirigentes sindicales. Y me emplazó: “Acuéstese con ella; sedúzcala o realice cualquier cosa, con tal de obtener los nombres de quienes asistirán a la reunión. A contar de hoy, tiene una semana. Proceda”.

“Si el General lo ordenaba, sólo existía la obligación de obedecer. A través de Valeria las informaciones que ésta lograba conseguir, no tenían un buen grado de confiabilidad. Aunque no nos gustaba reconocer, Gardés era demasiado ladino. Precisaba obtener las informaciones de primera agua, a través del mismo Aldebarán. Entonces, de verdad, no existía otro camino que no fuese utilizando a Luisita. Como el tiempo apremiaba, la llamé a la pensión y le manifesté el deseo de verla al día siguiente. “Quiero ir a trabajar al extranjero”

adelanté. Muy bien sabía que Luisita iba a tener una reacción inmediata sobre el tema, pues le desagradaba que yo estuviese en un organismo de inteligencia, aunque creía apoyándose en mis confidencias, sólo dedicado a realizar trabajos rutinarios de oficina".

"La noche del encuentro, un viernes donde el frío daba puñaladas certeras y el viento entonaba una música de tempestad próxima, la invité a comer a un lugar discreto. Ahí en confianza, comenté que tenía una buena oferta para trabajar en Argentina, en una empresa agrícola, y esperaba una carta de confirmación para viajar a Buenos Aires. Ella escuchaba en silencio y parecía estar interesada en el tema. Después, nos dirigimos a un departamento clandestino en el barrio El Golf, que me había facilitado mi jefe. Tenía toda clase de comodidades, incluso de una exquisitez rara en nuestro medio. Era amplio, con piscina, muy bien decorado, lujoso y provisto de habitaciones espaciosas".

"Me extrañó que Luisita se mostrara renuente a tener en esa oportunidad, una relación de intimidad conmigo, aun cuando desde hacía un mes nos juntábamos con frecuencia. La noté tensa, casi esquiva, pero no demostró nada de esto, al hablar de ir al departamento. "¿Qué sucede Luisita?" la interrogué. Ella prefirió el silencio, y para mantenerlo se aproximó a una ventana desde donde se podía ver el club de Golf. De insistir en mi pregunta, acaso sospechaba de algo anormal y fracasaba mi estrategia. Era necesario ser prudente hasta la exageración. Entonces, me acerqué por detrás para abrazarla por la cintura. Así permanecimos varios minutos observando la noche callada, hasta que ella comentó su intención de salir de Chile, pues sentía inseguridad en el trabajo".

—"Ya nadie confía en mí —aclaró, mientras con su índice señalaba una curiosa formación vegetal del club de Golf, que parecía una manada de caballos. "Acaso sean caballos de verdad" insinué para agradarla. Ella sonrió mientras se alejaba de la ventana y decidía sentarse en un sillón, dispuesta a referir otros detalles de su inquietud. Y

dijo: “Ahora, si tú de veras deseas marcharte del país, podríamos armar algo juntos en Argentina. Dispongo de ciertos ahorros y gente dispuesta a ayudarnos”.

“Yo, la escuchaba y sólo me limitaba a mover la cabeza, pues sentía que no disponía de sólidos argumentos para responder a su petición. Hablaba de tener recursos propios, sin embargo, vestía con manifiesta pobreza. ¿Quién intentaba embrollar a quién? ¿Nos estábamos engatusando? ¿Conocía acaso mi participación en el aparato represor del gobierno? ¿Sabía de mi condición de interrogador, de cuantas veces participé en la detención de enemigos del régimen militar, y todas las exageraciones odiosas que se decían de mí? En confianza, estas preguntas me asaltaban y complicaban mi visión de cómo obtener de ella, alguna mínima información”.

“Me movía en medio de estas dudas, y cada vez más enrollado en mis propias formas de iniciar un interrogatorio, cuando Luisita decidió marcharse. Argumentó cansancio, y manifestó que en una próxima reunión, podríamos volver a hablar sobre la posibilidad de viajar juntos a Argentina. Como yo tenía experiencia en el arte de indagar —por medios rectos o torcidos— le pregunté si deseaba quedarse a dormir en el departamento, porque se había hecho demasiado tarde. Ella sonrió y agitando su dedo índice, me trató de embaucador. Enseguida, dijo: “Me halagas con tantas demostraciones de afecto, pero al manifestarlo, me huele a triquiñuela. Deseo ir a dormir a mi casa”.

“Quise persuadirla, pero ella no deseaba transigir. Luego, de sopetón le pregunté si su agotamiento provenía de algún trabajo particular o del cansancio propio de la noche. Ahí, refirió que no estaría en condiciones de verme en la próxima semana, pues debía viajar. Quedé a la expectativa. El viaje, supuse, estaba de seguro relacionado con la reunión de la organización sindical. En resumen, había logrado coger la punta de la madeja al filo del amanecer, y no pensaba soltarla hasta no conseguir otros

antecedentes".

"Dolido a causa de no haber logrado probar mi condición de macho, decidí acompañarla en automóvil hasta la pensión. En el trayecto, cuya duración podría ser de veinte minutos, pensaba volver sobre el tema de su viaje. ¿Y si proponía realizarlo juntos? Así se lo hice saber cuando enfrentamos Plaza Italia. Luisita aprobó la idea en principio, aunque dijo que me llamaría el lunes en la tarde, pues necesitaba coordinar algunos asuntos en su trabajo. Ella, reiteradas veces había comentado que daba clases de piano en forma particular y colaboraba en revistas, con artículos sobre música selecta".

"Cuando dijo: "¿Estarías dispuesto a ir conmigo a Punta Arenas?" sentí un cosquilleo en el vientre. Ahora, en confianza, faltaba conocer los nombres de quienes iban a asistir a la reunión. Sin embargo, yo me preguntaba si decía la verdad. Parecía tonto pensar que fuese tan ingenua. Si sabía que yo trabajaba en un organismo de inteligencia, mal podía proporcionar una información de esa naturaleza. Había gato encerrado, una maniobra turbia, entonces preferí permanecer en silencio. ¿Quién trataba de engañar a quién? Precisaba a la brevedad hacer consultas a mi jefe, y en último caso hablar con el General, si la situación se ponía turbia".

"Sentí de pronto que la empezaba a odiar al suponer que me utilizaba. La tierna Luisita de otras épocas, la niña dispuesta a encantar mis horas de adolescente con la música de su piano maravilloso, se había transformado en un ser despreciable. ¿Las veces anteriores mientras habíamos estado juntos en la intimidad, pretendió sonsacarme algo? Pensé durante largos minutos sobre esta posibilidad, y un temor extraño vino desde las sombras, del lugar más oscuro de la suspicacia. Quién sabe si ella, valiéndose de una serie de argucias bien aderezadas, me quería enamorar, para enseguida convertirme en un vulgar pelele a su servicio".

"Vivíamos tiempos de total desconfianza,

simulaciones y zancadillas al primer descuido. A menudo nuestro jefe decía en reuniones de trabajo: “Es preciso desconfiar de todos, y en particular de quienes se hallan más cerca de nosotros. A veces nuestra propia familia es la que mayor peligro nos brinda. En todo momento, el corazón y los sentimientos deben estar fríos”. Pensaba en estas recomendaciones, cuando avisté la pensión de Luisita. Nos despedimos de besos en la boca, en confianza, aunque se me antojó que lo hacía con una extraña. O mejor dicho, besaba a un ser repugnante, a una de esas prostitutas amigas de satisfacernos a la carrera con sexo oral, y desesperadas buscan nuestra boca. En ese momento de intimidad, supongo, decidí eliminarla y no al cabo de dos días, cuando el General ordenó deshacerme de ella, pues empezaba a estorbar en nuestros planes”.

“Como lo había prometido Luisita, me llamó por teléfono y dijo que el viaje a Punta Arenas se había suspendido. La persona a la cual debía visitar por razones de trabajo estaba hospitalizada y no la podía recibir. No dio otras explicaciones y prometió llamar el martes, pues deseaba verme. Decía estar arrepentida de su comportamiento del día viernes y de alguna manera quería remediarlo. Mi jefe, informado del encuentro, advirtió que debíamos comunicarle al General esta nueva situación, pues creía ver algo viscoso por medio”.

“Luego de haber cambiado el lugar del encuentro por razones de seguridad, Luisita y yo nos reunimos en la Plaza Uruguay, frecuentada a menudo por niños que van a jugar a la pelota, donde la avenida El Bosque se ensancha y forma una hermosa zona arbolada. Desde hacía una hora, la oscuridad se había hecho presente, así nadie nos vio abordar mi automóvil. Yo había llegado con anticipación al lugar de la cita, acompañado de funcionarios del Comando de Inteligencia Militar, quienes inspeccionaron la plaza hasta en los últimos detalles, y después se marcharon. Minutos antes, una pareja dentro de un automóvil estacionado en el costado sur de la plaza, se empeñaba en

dar curso a sus aspiraciones amatorias, pero como se encontraba a una distancia apreciable al lugar donde me iba a reunir con Luisita, no nos podía ver".

"— ¿Seguro que nadie está enterado de nuestra cita? Alguien podría contarle a mi mujer, y a partir de ahí, lo nuestro se acabaría" —comenté malicioso a Luisita. Ella volvió a insistir que desde un principio, nadie sabía de nuestras relaciones, menos aún su compañera de cuarto, pues se trataba de una joven dicharachera, amiga del cotorreo".

"Pese a todo, no quedé tranquilo. En lo íntimo, intuía que Luisita tenía un confidente, una persona muy próxima, a quien informaba todo cuanto le acontecía a diario. Sin embargo, como apremiaba deshacerme de ella y así lo exigía el General, yo no parecía dispuesto a continuar con aprensiones algo confusas, nada de convenientes para un hombre del Comando de Inteligencia Militar. Esa misma noche, aunque me pesara hasta sentir encontrados escrúpulos por largo tiempo, Luisita debía ser ultimada".

"Enfilamos hacia la avenida Bilbao Oriente, cerca de las nueve de la noche. A esa hora, la ciudad permanecía tranquila, apenas si turbada por el paso urgente de vehículos militares, que la vigilaban en permanente ronda. Al cruzar el canal San Carlos, rumbo al oriente, Luisita se acercó mimosa, para besarme en la mejilla. El inesperado contacto me produjo una sensación de quemadura, una situación extraña. Sentí en ese instante la tentación de advertirle que la conducía a la muerte, y por tal causa, le sugería arrojarse del vehículo en marcha".

"Gracias por haberme besado" dije sin convicción. Ella sonrió, mientras reclinaba su cabeza en mi hombro, en un gesto para conmover a una piedra. La tierna niña se hallaba a mi merced, rumbo al matadero, entregada a su sino. Ahí me acordé de Horacio, su hermano menor, quien sufría de una extraña enfermedad a los huesos, entonces, debía permanecer largas temporadas en cama. Años

después, supe que la mentada enfermedad era un modo elegante de referirse a una paranoia aguda, que sufría desde los seis años. A Luisita en confianza gustaba cuidarlo; y prueba de ello, a menudo le leía cuentos infantiles, le ayudaba a comer, lo mudaba como si fuese un niño de pecho y le dedicaba melodías que inventaba al piano".

"Cuando llegamos al final de Bilbao, donde hay un puente y empieza un camino de tierra, Luisita preguntó hacia qué sitio nos dirigíamos. "A un lugar mi amor, donde vamos a estar solos", expliqué con temeridad y advertí cómo me temblaba la voz. La noche brillaba como si hubiese recién dejado de llover y el cielo permanecía descargado de nubes. Ese sector, donde escasean las viviendas y hay una extensa zona de terrenos baldíos, donde la ciudad se detiene, parecía ser el más apropiado para ultimarla. Empezamos a avanzar con lentitud debido a los desperfectos del terreno y a los numerosos baches, que me obligaban a conducir con cautela".

"Detuve el automóvil a la vera del camino, frente a una cerca. Nadie nos podía ver, pues las casas más próximas estaban a cien y más metros de distancia. Luisita presumió que la detención obedecía a mi propósito de besarla con ánimo de iniciar juegos de amor, debido a la soledad del lugar, entonces reclinó la cabeza en el respaldo del asiento".

"Como parecía mejor dispararle en el pecho por sorpresa, a la altura del corazón —y así matarla sin que sufriera— me adecué para cumplir el plan. Observé sus ojos despiertos, de una inesperada luminosidad, porque en breve tendrían que cerrarse para siempre. La besé hasta casi quitarle el resuello, mientras me cogía de la nuca, para demostrar su grado de pasión. Acto seguido, con infinita discreción saqué la pistola desde la guantera del automóvil y como quien desliza la mano temeraria por su pecho, apoyé ahí el cañón provisto de silenciador. Fueron segundos de una brevedad maligna, casi el tiempo de un

suspiro. Ajena a mis propósitos, Luisita había cerrado los ojos después de haber musitado una frase de comprensión hacia mí, lo cual interpreté como si ella ignorara cuanto podía suceder. ¿O era sólo un juego?”

“Le disparé tres veces sin rencor, aunque para darme fuerza, pensé que eliminaba a la prostituta que me quitó la virginidad en una turbia relación de amor, o a una vagabunda dedicada a molestar a los transeúntes. A quien ultimaba, no era Luisita Basáez la niña de los encantamientos, sino a un ser repugnante. Muy bien recordaba que hasta los quince, tuve una fotografía suya, la cual rompí al enterarme que un niño de la escuela la había besado. En la fotografía interpretaba al piano, en el teatro del pueblo, canciones de nuestro folclore, mientras yo cantaba en el coro de la escuela. Meses después, robé desde su casa una hermosa fotografía suya. En ella estaba vestida de fiesta, donde representaba cinco años más de edad. La fotografía se perdió en mis sucesivos cambios de casa, aunque recordaba haberla visto entre mis papeles”.

“¿Debería amarla ya muerta, como último homenaje a sus encantos de niña melodiosa? En mis oídos repiqueteaba el sonido de su piano. En una oportunidad, por odio, destruí dos martinetes del instrumento, porque Luisita no había querido ir conmigo al cine. Le acaricié el rostro de difunta, el que empezaba a perder la expresión de niña, para adquirir la coloración de una máscara de cera”.

“¿Acaso deseaba violarla para entrar en su intimidad sagrada de muerta, en el oscuro camino hacia lo inexplicable? Dudaba y no sabía qué hacer. Besé repetidas veces su boca sin aliento y una sensación nueva, entre el pánico y el gozo, se apoderó de mí. En confianza, ignoro cuál fue mi comportamiento ulterior. Estaba poseído de una excitación ciega, más propia de un enfermo, que sólo ansía satisfacer sus deseos carnales”.

“Como pude, la saqué en brazos del automóvil y la conduje ahí cerca, tendiéndola en el suelo, aunque debí arrastrarla unos metros donde no fuese descubierta en

varios días. Amortajada en su abrigo de siempre, la cubrí de hojas, ramas y la abandoné junto a la cerca. Nadie me había visto. Para darme consuelo, me puse a recordar las advertencias del General, de mis superiores, de mi jefe, a quien debía llamar esa misma noche para informarle de lo sucedido. Subí al automóvil y raudo dejé el lugar. Al llegar al puente de Bilbao, me asaltó una terrible duda. ¿Había comprobado la muerte de Luisita? Lo ignoraba; entonces, decidí regresar".

"Ahí, junto a la cerca, tendida como un objeto inservible, permanecía boca arriba, cubierta por la hojarasca. Le ausculté el pecho. Estaba inerte y se empezaba a helar por el frío impulsado por vientos de la cordillera que, en sucesivos ramalazos, golpeaba mi rostro. En medio de la zozobra sentí pánico de ser visto, aun cuando estaba acostumbrado a disimular. Desde una casa próxima, dos personas abordaron un automóvil y se alejaron en sentido contrario a donde yo permanecía agazapado. De haberse dirigido en mi dirección, habrían advertido algo anormal".

"Querubín" remató el capítulo manifestando que al llamar a su jefe por teléfono, para comentarle el resultado de su trabajo, éste lo había felicitado por su coraje. Dos días después, los gremialistas opositores al gobierno, habían decidido postergar hasta nuevo aviso, la reunión de unidad del sector.

Jueves

El 16 de marzo a las tres de la tarde, el abogado de Ismael Leonides lo visitó en “El Purgatorio”. Deseaba comunicarle que el Presidente de la República por razones humanitarias, iba a conmutarle la pena de muerte por la de cadena perpetua. “Es casi un hecho, pero debemos tener paciencia. Un colega allegado al Ministerio de Justicia me comentó, que el presidente acaba de firmar el decreto del indulto”.

¿Cuál es la diferencia entre el presidio perpetuo y la pena de muerte, si ambas situaciones llevan a un desenlace extremo? Así lo sentía “Querubín”, sin embargo, se quedaba en la superficie del razonamiento embrollado en sus dudas morales, agredido por la realidad. Menos aún habría pensado que la literatura, en la mayoría de las ocasiones, se nutre de estas historias en su afán de crear. Acaso, podríamos añadir: si la tragedia es incapaz de producir risa, no es tragedia. Menos aún parodia, sino un simple alcance. ¿Adagio, proverbio, aforismo, frase célebre o sólo se trata de un chascarro expresado por un burlador? ¿Cuál podría ser la diferencia entre risa y tragedia? A “Querubín” el tema lo rebasaba. Nunca

dispuso de tiempo, ni en los instantes cruciales, para meditar sobre este asunto. Ambas situaciones, no obstante, se hallan en las verdaderas obras literarias.

—Vamos a lograr algo casi imposible, después de una batalla legal de años —le comentó el abogado al reo, quien recibió la noticia en el locutorio.

—Quizá sea mejor que me fusilen —argumentó con desparpajo Leonides, en tanto le estrechaba la mano a su abogado para despedirse, y arrastrando la incertidumbre se marchaba a su celda.

Esa noche, aunque deseaba meditar sobre el extraño rumbo de su destino, se puso a leer hasta que cortaron la luz eléctrica, un libro de historia donde se hacía referencia a la segunda Guerra Mundial. Ahí se enteró que el presidente Franklin Delano Roosevelt de Estados Unidos, luego del ataque Japonés a Pearl Harbor, dijo: "El 7 de diciembre quedará registrado en la historia como una infamia". Sin embargo, de haber estado vivo después que su país destruyó Hiroshima y Nagasaki, habría dicho: "Hemos lanzado las dos bombas atómicas, ciudadanos, sobre las ciudades japonesas para borrar la infamia del 7 de diciembre".

Después de aquella lectura, "Querubín" sintió alivio. Comparado con su conducta como responsable de interrogatorios bajo apremio, que no pasaban de un centenar, y el homicidio de Luisita —aunque podía sentirse culpable de otros homicidios— lo suyo era una minucia, acaso una hecho intrascendente, algo repetido una y otra vez en la historia de la humanidad. Quienes ordenaron los bombardeos y exterminios de poblaciones completas durante la primera y la segunda guerra mundial, ¿fueron llevados a comparecer ante tribunales internacionales?

A partir del día siguiente, continuaría escribiendo sus memorias sin apremio alguno. Ahora, no podía alegar hallarse forzado por el tiempo. A menudo se acordaba del suicidio del coronel Bartolomé Alzamora Ramírez, el antiguo ocupante de su celda, asunto para intrigar a

cualquiera. ¿Cómo no pensar en él? ¿Lo habían forzado a ahorcarse de tanto acusarlo de traición? Quizá nunca se iba a aclarar el asunto, para no dañar el prestigio de quienes parecían implicados. A veces sentía su presencia, el resuello de quien se apresta al suicido empujado por causas nobles o intrascendentes. ¿Cuánto tiempo permaneció colgado? ¿Quiso arrepentirse en el último segundo de vida?

Disponía de tiempo sin fecha fija en su empeño literario, aunque llegaría la hora de morir. Sí, una muerte inesperada acaecida en el lecho o en la enfermería del penal, y no una muerte casual o programada frente al pelotón de fusilamiento, mientras con la vista vendada aguardaba el cúmplase. Otros, homicidas por vocación, despiadados criminales, empujados por obtener riquezas ilícitas, el poder total, habían salvado de pagar con su vida la desproporción de sus ansias desenfrenadas. El no se sentía criminal, sino ejecutor de actos en beneficio de la patria. O, un pequeño artífice de las causas justas y, como muchos otros, situado en un trance dramático de su vida, donde todo puede convertirse en efímero. Los símbolos de la patria constituían para él una cuestión sagrada, semejante a la cruz cristiana, a los dioses de oriente, a los amuletos o ídolos paganos.

Apenas si lo podían acusar de cinco muertes, tres de ellas acaecidas por negligencia de sus ayudantes. Habían sido otros quienes enviaron a asesinar a miles de opositores, o lo hicieron con sus propias manos, sin embargo, caminaban hinchados, protegidos por el sol de la democracia. Eran senadores, políticos prominentes, empresarios y hasta rectores de universidades, arrastrando su alma de crápulas, pero iban todos los domingos a misa.

Meses después de haber asesinado a Luisita Basáez, se enteró que acusaban al General de haber mandado matar a quien había sido vicepresidente de la República y a otro General, pero no lo quiso admitir. Para

entender de algún modo la conducta del acusado, comprendía que la eliminación del vicepresidente se justificaba, si mediaban razones políticas, pero el homicidio de un General dirigido por otro General, parecía ser un hecho grotesco, una vulgar calumnia, urdida por los enemigos de siempre, empeñados en opacar la labor del gobierno autoritario.

Al cabo de unos días del homicidio de Luisita Basáez, niños que jugaban junto a una cerca hallaron su cadáver, tan pronto como fueron alertados por perros vagos que se pusieron a escarbar y a ladrar, excitados por el olor nauseabundo. Avisada la policía civil, cercó la zona y aparecieron los funcionarios de la Brigada de Homicidios para proceder a tomar huellas y a interrogar al vecindario. De inmediato, empezaron a surgir las primeras pistas del hecho. Se decía que se trataba de un homicidio debido a las características de las heridas a bala, aunque al principio se habló de atropellamiento, para confundir a la opinión pública. No había señales de importancia, sólo el antecedente de un cuerpo arrastrado en medio del barrizal, y las huellas de los neumáticos de un automóvil.

Durante la noche, en el noticiario de la televisión, Ismael Leonides supo del hallazgo de Luisita y del revuelo causado por su muerte, pues se empezaban a tejer variadas teorías sobre el hecho de sangre. Desde luego, no era un asesinato corriente. A partir del primer momento se habló de que la mujer estaba vinculada a una organización gremial opuesta a la dictadura militar. Se intranquilizó, cuando las informaciones de prensa hablaban de un testigo, quien había visto en las cercanías a un automóvil sospechoso, donde iba una pareja. Sólo eso. La policía, para no entorpecer la investigación, no quería dar otras informaciones recogidas en terreno.

Valeria, atareada en preparar la cena, se movía entre la sala y la cocina, mientras oía las noticias. Desde luego era hacendosa, madre resignada, pero ello no la eximía de ser grandilocuente en sus juicios.

—Oye. En la tarde escuché en la radio, que estaba desaparecida la secretaria de una organización sindical —anunció la mujer y enseguida refirió al marido, que las informaciones apuntaban a culpar a un organismo de seguridad.

—Siempre se argumenta lo mismo —respondió amurrado Ismael y por algunos segundos la imagen de Luisita muerta, se instaló en su cerebro perturbado.

A la mañana siguiente, concurrió al trabajo. Se encerró en la oficina y aunque repiqueteó el teléfono hasta casi hacer saltar la campanilla en pedazos, no quiso responder. Luego, decidió desconectar el aparato. ¿Dónde había puesto la fotografía de Luisita, por muchos años guardada en su escritorio, como si fuese la de una eterna novia? Debía hallarla con premura, y así destruir la evidencia. Revisó los cajones del escritorio una y otra vez movido por la desesperación, queriendo encontrar un objeto de valor inestimable o un documento comprometedor, sin embargo, no había rastro de ella.

La fotografía, a la postre se iba a convertir en un documento acusatorio, si era encontrada por Investigaciones. Quién sabe si la tenía en su casa, aunque tampoco estaba seguro. ¿O Valeria la había hallado por casualidad y la guardaba como prueba para acusarlo de infidelidad? ¿Por qué se preocupaba por la fotografía de una niña, si él tenía suficiente poder para burlar a la policía civil si se iniciaba una investigación? Disponía del apoyo del General, aunque a menudo su jefe manifestaba que llegado el caso, se negaría cualquier vínculo con un determinado miembro del grupo, si ello pudiese perjudicar a la institución. Escuchaba hasta la majadería esta observación, encaminada a reforzarle la idea de ser frío, dispuesto a cualquier sacrificio si ello contribuía a salvar la reputación del Comando de Inteligencia Militar.

Aun cuando sentía los beneficios del poder, se encontraba impedido de indagar en su propia casa por la fotografía. De súbito, se veía cercado por sus propias

imprudencias. Valeria se impregnaría en sospechas, y todas las medidas de seguridad tomadas en el momento adecuado se desmoronarían, semejando una construcción hecha de tablas enclenques y pedazos de cartón. Nunca, desde que inició su trabajo en el Comando de Inteligencia Militar, sintió la fuerza devastadora de la incertidumbre, las feroces dudas volando alrededor de su cabeza, convertidas en amenazantes abejas asesinas.

¿Acaso había sido una insensatez matar a Luisita y no haber medido las consecuencias? A la luz de nuevas apreciaciones, así lo parecía, no obstante si el General lo había ordenado, no existía razón de arrepentimiento, o lo que parecía peor, motivo de desobediencia. Cualquier orden del General, debía ser cumplida sin dilación, pasando por encima de todo ordenamiento moral. El solo hecho de pertenecer a un organismo de seguridad, lo facultaba para situarse por encima de la vida de los demás, aunque se tratara del ser más querido. Llegado el caso, mataría a Valeria, si así se lo ordenaba su jefe. No se trataba de ser despiadado, sino consecuente con sus principios, a los cuales se sentía vinculado por la fuerza del deber, a partir de cuando juró lealtad a la organización.

Cumplidas dos semanas del homicidio de Luisita, la policía anunció disponer de una excepcional pista encaminada a encontrar al asesino. Desde un comienzo entró a escena un vagabundo quien tenía una miserable casucha al final de la avenida Bilbao en un sitio baldío, y se dedicaba a recolectar cartones y botellas vacías desde los tarros de basura. Dijo haber visto a un hombre fornido arrastrar un bulto hasta dejarlo junto a una cerca y cubrirlo después con hojas. Que al cabo de cinco minutos volvía al lugar para examinarlo, inclinándose sobre él. Por temor se había mantenido callado, pero cuando supo que se trataba del homicidio de una joven decente, decidió hablar.

—Me gustaría llamar al General —le expresó Ismael Leonides a su jefe, cuando éste recomendó que estuviese tranquilo, pues la investigación no podía alcanzar

hasta ellos, y como siempre acontecía se iba a paralizar o diluir en el tiempo.

El jefe lo miró a intervalos y levantándose desde el escritorio, dijo que el General no podía ser molestado por un asunto cualquiera, más bien de carácter rutinario ¿o Ismael Leonides había olvidado su juramento del día en que ingresó al Comando? Y agregó:

—Todo el aprecio que te dispensa se puede borrar de una plumada, si te ve titubear. El General debe quedar al margen de esta cuestión, aunque se venga el mundo abajo. ¿No es así? Por tu seguridad, nunca lo olvides. Si tanto te inquieta el homicidio de esa mujer, yo que tú me desentiendo. El Poder Judicial está a nuestro favor y no se atrevería a investigar.

A continuación, se permitió comentar que la mayoría de los jueces rendían tributo al General y se desgañitaban en elogios para agradarlo. Éste, por necesidad del servicio y para anular el poder de los magistrados, se había hecho confeccionar un completo dossier de cada uno de ellos, donde figuraban todos los antecedentes de su vida, “La radiografía del alma”, como gustaba decir el General, quizá para demostrar su sentido del humor o revelar cierta inclinación poética.

Entre los ministros de la Corte Suprema había un reconocido pederasta, otro que sufría de incontinencia y se orinaba en los pantalones cuando el tribunal sesionaba, y un drogadicto compulsivo. En las Cortes de Apelaciones menudeaban los homosexuales, y quienes se dejaban sobornar, aunque tenían la delicadeza de no aceptar dinero, sino obsequios costosos, desde casas en la playa a automóviles europeos. Frente a este cuadro de náusea o de putrefacción social, Leonides debería quedarse tranquilo.

Una semana después, dos funcionarios de la policía civil en una inspección ocular a la pensión donde vivía Luisita, localizaron un trozo de papel ajado en el bolsillo de un vestido, donde figuraba un número telefónico, el que correspondía a la oficina de “Querubín”. Hasta ahí llegaba

la investigación y se paralizaba al estrellarse en una muralla de granito, pues la policía civil se enfrentaba a jueces venales y a un organismo con poderes absolutos, situado en un lugar de privilegio en el escalafón del gobierno militar.

A partir de este hecho, Ismael Leonides entró en estados de relativa quietud. A veces, sin embargo, soñaba que Luisita le pedía perdón, aunque se trataba de cuando era niña. La veía sollozar tendida en el suelo, abrazada a una muñeca con carita de porcelana. Por su parte, Valeria mostraba displicencia cuando él la abordaba en la cama, no siempre con entusiasmo de amador, lo cual lo hacía suponer que ella estaba por completo hastiada de la rutina que se habían dado ese último tiempo, aunque la verdad apuntaba en otro sentido.

La mujer, había terminado por enamorarse de Bernardo Gardés como una idiota, y consideraba la idea de irse a vivir con él, fuera de Chile. Pese a estar bien segura de sus sentimientos hacia su nuevo amor, quien la mimaba y agradaba en todo, temía los desbordes violentos de Ismael que de sobra conocía. En una ocasión, vio cómo castigaba al hijo menor a causa de un hecho pueril, provocando al niño heridas lacerantes en las piernas, después de haberle dado correazos con la hebilla. En esa oportunidad, Valeria acusó a su marido de ser un bruto fanático, dominado por antiguos odios traídos de la infancia, pero él argumentó que la disciplina debía situarse sobre cualquier otra cosa, de lo contrario, el hijo nunca surgiría en la vida.

Si para Valeria la conducta bestial del marido constituía un hecho perturbador, plasmado de incertidumbre, también lo era la desconfianza sentida frente a él, cuando éste hablaba de cualquier asunto. Notaba, cómo mentía en todo, a cada momento, tratando a su vez de sostener en las discusiones, que lo blanco era negro y viceversa. Las mentiras se acumulaban en una montaña de desperdicios para inquietar. “Si incluso miente

cuando me mira”, se quejaba, las veces que sus amigas preguntaban a cerca de cómo marchaban las relaciones con Ismael. En su empeño por recuperar los días de una convivencia normal, sacrificaba sus horas de esparcimiento, hasta las visitas a la casa paterna, inventando maneras de atraer al esposo. Le preparaba guisos nuevos; se maquillaba, hacía dieta para adelgazar; se ponía vestidos provocativos y pedía que la llevase a un motel.

En cambio, Ismael prefería el trabajo de inteligencia, ajeno a los esfuerzos de su mujer. Vivía abrumado por una actividad de presión cotidiana, donde una mínima debilidad podía hacer sucumbir un proyecto crucial. La desconfianza, desde hacía tiempo había entrado de golpe en su corazón por la puerta ancha, alborotando el sueño y su vieja costumbre de reír. A menudo, despertaba al alba, con la sensación de no haber cerrado ni un segundo los ojos. Se irritaba por asuntos insignificantes; y en varias oportunidades lanzó por la ventana los platos de comida, incluido el servicio y la vajilla, porque Valeria gustaba referirse con majadera porfía a temas caseros. —No podemos centrar nuestra vida en hablar día a día de lo mismo. En confianza, me aburre tanta cantinela —se quejaba, las veces que Valeria le comentaba de la enfermedad de los hijos, o de las cosas que les sucedían en el colegio. E Ismael agregaba, usando un reproche extremo para él legítimo:

—Para eso estás tú. No cuentes conmigo, por ahora.

Valeria tragaba su rencor a sorbos, como quien bebe agua de letrina, y se adecuaba al silencio originado, mientras Ismael callaba y sólo se oía el ruido metálico de los cubiertos, manejados por ambos. Entonces, la conversación se veía remplazada por gestos, mohines de complacencia por parte del hombre, si la comida estaba sabrosa, aunque éstos eran superados con creces por manifestaciones de abierto desagrado.

Estas demostraciones se acentuaron a partir de la muerte de Luisita Basáez, a quien su familia decidió hacer una misa de réquiem, al cumplir cuarenta días de muerta. A modo de disipar dudas, y un poco aconsejado por su jefe, Ismael asistió al oficio acompañado de Valeria.

En el colmo de su desfachatez, se acercó a los padres de la joven, quienes no lo reconocieron, aunque después demostraron agrado al verlo. Junto con dar el pésame, se puso a hacer recuerdos y hablar de las dotes de pianista de Luisita y del tiempo en que vivieron en Tricahue. Marcial, el hermano mayor de Luisita, quien permanecía junto a sus padres, le tendió la mano y agradeció el gesto de su amigo de infancia. Le pareció sincero, cuando la familia Basáez navegaba en la incertidumbre. Le preguntó enseguida, si había visto ese último tiempo a su hermana. Ismael, reconoció que ella lo había llamado por teléfono para pedirle un favor, pero al no dejar señas, no supo dónde ubicarla.

Por sorpresa Horacio, el hermano retrasado de Luisita —en esos instantes se acercaba al grupo— lo cogió del antebrazo y como quien está obligado a pronunciar una arenga patriótica, empezó a decir un discurso plagado de incoherencias, más bien una acusación. Repetía la palabra culpable una y otra vez, demostrando estar enterado de los detalles del homicidio.

Ismael, al ver cómo se iban desencadenando los hechos, quiso escabullirse ayudado por Valeria, pero el idiota no quería soltarlo. Disponía de fuerzas prodigiosas. Apenas se levantaba en las mañanas, subía a los árboles para imitar a los monos — por los cuales decía tener simpatías— saltando de una rama a otra rama, y colgándose boca abajo.

Si el padre de Luisita no interviene, Horacio habría cometido quién sabe qué imprudencia, llegando incluso a destrozarle el brazo a Ismael. Se resistía a soltar su presa, igual a perro amaestrado. En sus ojos enormes, permanecía registrada la luz de su crónico desvarío, y en esa ocasión,

parecían aún más presentes las causas de su enfermedad. Comunicó a sus padres, mientras Ismael se alejaba abatido, que no podía olvidar la vez que lo sorprendió tratando de besar a Luisita, cuando la niña tocaba el piano. Desde entonces, habían transcurrido demasiados años, suficientes para olvidar los detalles, pero en su mente extraviada vivía el hecho sin la menor alteración, de la misma forma si hubiese ocurrido el día de ayer.

En la noche, mientras Ismael se desnudaba frente al espejo del ropero, para enterarse si tenía alguna marca en el antebrazo y si su barriga era de idéntico tamaño, debido a una obesidad de viejo origen, Valeria comentó alarmada, al cerciorarse que su marido tenía un moretón cerca del codo:

—Ese Horacio es un hombre violento. Casi te arranca el brazo. No entiendo por qué todavía la familia no lo encierra en un sanatorio. Eso sería lo más inteligente.

Ismael la miró a través del espejo, y rumió su odio, un odio ácido, capaz de llevarlo a cometer un desatino. Continuó frente al espejo; y mientras se rascaba la ingle hasta casi herirse, dijo arrastrando las palabras:

— ¿Merecen vivir personas como ese infeliz? En confianza, mujer, sentí ganas de darle una bofetada, pero habría sido una insensatez. Desde chico es imbécil y aún no se le quita. Para la familia Basáez ha sido una permanente pesadilla. En cierta ocasión, y no lo he podido olvidar, arrancó dos martinetes del piano de Luisita, pero no quiso reconocer su fechoría, pese a las evidencias. Cuando su papá le registró los bolsillos, encontró los martinetes. La niña estuvo casi un mes sin poder tocar el piano, pues su papá debió contratar un especialista de Santiago para que lo arreglara. Desde chico ha actuado como idiota.

Valeria, más preocupada de depilarse las cejas, no volvió a abrir la boca. Quería lucir bella al día siguiente. Bernardo Gardés la había invitado a cenar a un restaurante del barrio Bellavista, y luego pensaban ir a bailar a La

Posada del Corregidor, sitio que frecuentaban a menudo. Ahí, él se permitía algunas licencias, introduciendo sus manos de aficionado guitarrista por debajo de las ropas de Valeria, aunque ella se resistía al principio, en su empeño de no parecer de fácil trámite, pero enseguida accedía gustosa a concluir en un hotel.

Esa noche, aun cuando Ismael circuló por la pieza haciendo alardes de macho joven pese a su aspecto calamitoso, se tumbó en la cama, e igual a marmota vieja, cruzó muy temprano las fronteras de la realidad. Soñó que Horacio Basáez se metía en su cama, y luego de un prolongado forcejeo violaba a Valeria ante su indolencia, porque leía un informe confidencial.

Ismael no quiso insistir más delante de su mujer para dar curso a sus aspiraciones amorosas, presentando su desnudez nada de apetecida. Aun cuando no era viejo, tenía una distinguida panza rugosa de varios pliegues, brazos endurecidos por el rigor de sus tareas clandestinas y piernas de apariencia enclenque. Se puso el pijama a rayas y se tendió junto a su cónyuge, por si ésta cambiaba de opinión al verlo en una tenida atractiva. Pese a todo, Valeria lo ignoraba y para expresar aún con mayor fuerza su evidente desdén, daba ronquidos prolongados, desagradables, como si quisiera imitar la faena de un aserradero.

El sueño para “Querubín”, en otros tiempos fácil de conseguir, ese día no quería mostrarse sumiso. La imagen de Luisita niña, rescatada del pasado, giraba a su alrededor sin darle tregua. La veía tocar piano, reírse, jugar a la Reina Mora y él, para impresionarla, en el colmo de su admiración hacia ella, se esforzaba por hacerse el gracioso. No sintió el menor desasosiego cuando destruyó los martinetes del piano, pues había empezado a odiar el instrumento. Y a modo de culpar a alguien, se le ocurrió denunciar a Horacio. Sólo un idiota podía cometer una acción de esa calaña.

Ismael volvió a rascarse la ingle hasta causarse

dolor, y como una centella cruzó por su cerebro la imagen de don Trapecio. Lo vio hacer acrobacias en la plaza de Tricahue, montado en bicicleta, ante una multitud delirante que no se detenía en ovacionarlo. El viejo, soltado del manubrio, giraba alrededor de la pileta, en tanto tres músicos ejecutaban aires de circo. Escuchó las exclamaciones lejanas de admiración, vítores, mientras Luisita le comentaba que él aprendiese a hacer lo mismo.

Todo, sin embargo, se había diluido al paso escurridizo de los años. En el pueblo, al parecer, no quedaba nadie de su generación, menos aún quienes habían sido viejos en la época de su adolescencia. El tiempo en inexorable deambular desteñía los recuerdos, simulando fotografías antiguas, y las imágenes de quienes abandonaban el camino. Por medio aparecía la muerte agazapada en los meandros de la vida, dispuesta a dar un zarpazo al menor descuido.

Cerca de la medianoche, sintió un breve tiroteo en las proximidades, seguido de la vertiginosa huida de un vehículo. Minutos después, el estallido lejano de una bomba, lo volvió a inquietar. El sueño lo visitaba de trecho en trecho, de tal suerte, cualquier ruido lo despertaba y negaba la posibilidad a descansar.

A las siete de la mañana, decidió levantarse. Llegó a tientas al baño y mientras, apoyado en el lavamanos se miraba en el espejo, el rostro de bebedor impenitente y de rufián a sueldo, escuchó la voz cantarina de Luisita que lo llamaba. Se mojó la cara y se puso crema de afeitar. ¿Estaba despierto o aún los sueños perturbaban su conciencia? El recuerdo del día anterior —uno de los peores de ese año— donde el encuentro con el idiota de Horacio tenía una particular importancia, aún le producía furor emparentado con ideas de venganza.

En justicia, Horacio merecía estar muerto en vez de Luisita, pero el destino se propuso trazar un camino en sentido inverso, como suele ser la realidad de la vida, la cual no era posible modificar. Quizá, habría sido preferible

que Luisita nunca lo hubiese llamado por teléfono. El sólo hecho de suponer que podía estar viva, desde ahora constituía un alivio, una manera de disfrutar de su recuerdo, aunque a esas alturas de la existencia, los años se habrían encargado de ajarla. Y él en una acción sombría, inicua, tan propia del desalmado, la arrancaba de cuajo del círculo familiar.

Otra nueva muerte agregaba a la lista de su desempeño patriótico, pero esta última parecía inútil. "¡Huye Luisita y desaparece para siempre!" Quiso advertirle, sin embargo, no tuvo el coraje necesario. La expresión arisca del General, unida a sus ojos cubiertos de membranas gelatinosas, a sus mofletes de vieja bebedora de mate, a su pelo encanecido de alambre, tan tieso como si estuviera en posición firme, se interpuso en su deseo y prefirió cumplir la orden. No podía caer en una mariconada, en una actitud blandengue, si por medio estaba la patria, el sagrado juramento destinado a defenderla.

Sin advertirlo, llegó a la oficina. Había conducido su automóvil de memoria por una ciudad deshabitada, pues durante la noche regía el estado de sitio hasta las nueve de la mañana. Nadie lo detuvo para indagar hacia dónde iba, aunque él podía transitar a toda hora por donde se le ocurriera.

—Anoche hubo varios atentados con bombas —le explicó su jefe, y luego de manifestar que se estaban evaluando los daños en las derribadas torres eléctricas de alta tensión, le ordenó que fuese a la Dirección General del Comando de Inteligencia Militar a buscar una carpeta con documentos.

Muchas de las actividades básicas del país, aún seguían paralizadas. A medias, funcionaba el metro, las industrias, los aeropuertos, la televisión; y el comercio para atender, recurría a equipos electrógenos de emergencia, o a las tradicionales velas.

Al salir Leonides del cuartel, la ciudad empezaba a

recobrar vida. Camiones militares, repletos de soldados se desplazaban por las avenidas donde los semáforos aún mantenían los ojos cerrados, como advertencia de desdicha. Cuando pasaba por la Plaza Brasil, vio en la esquina de Huérfanos con Maturana, a un joven portando un maletín negro. Al parecerle sospechoso, detuvo el automóvil y decidió seguirlo a pie.

Apenas si llevaba segundos en la persecución, el hombre se echó a correr, después de haber arrojado el maletín hacia el techo de una casa, al doblar la esquina. Sorprendido Ismael por la maniobra, la cual no alcanzó a presenciar, desenfundó su pistola, y no bien tuvo al sospechoso bajo la mira, le disparó a la espalda.

El joven trastabilló herido en una pierna, pero igual siguió corriendo, aunque lo hacía con lentitud, mientras rengueaba. En ese instante, apareció un vehículo militar por la calle Huérfanos. Ismael se puso a gritar en tanto hacía señas al conductor. Se detuvo la máquina de donde bajaron varios soldados al mando de un teniente y en breve cercaron al herido, que al final decidió tenderse en el suelo, con la resignación del derrotado.

—Deben llevarlo al hospital Militar en calidad de detenido —explicó Ismael al teniente, exhibiendo una placa de identificación.

El teniente, molesto por las órdenes que le daba un funcionario civil, prefirió pedir una ambulancia a través de la radio de su vehículo, y con la bayoneta de un soldado, desgarró el pantalón del sujeto. Luego de examinar la herida, hizo un torniquete a la pierna dañada, pues estimó que el joven se podía desangrar.

“Querubín” regresó al automóvil profiriendo palabrotas, y a toda marcha se dirigió al Cuartel General. Ahí lo aguardaba, sentado a un escritorio en la oficina de enlace, un hombre delgado, pulcro en el vestir, que tenía una cicatriz acordonada sobre y a todo el largo de la ceja izquierda. El cabello rubio, algo lacio, no era su color natural. Cuando Ismael se sentó frente a él después de un

saludo breve, el sujeto expresó su malestar por la tardanza.

— ¿Tan lejos se encuentran ustedes de nosotros? Hace veinte minutos que lo aguardo, señor Leonides —dijo con sorna, y comentó que el General estaba enterado del retraso.

Como pudo, Ismael explicó las razones de su impuntualidad, detallando los hechos, aunque al sujeto, debido a la expresión de su rostro enemigo de la sonrisa y de una mínima amabilidad, aquello más bien parecía un vulgar pretexto, y lo despidió con estas palabras:

—¿Le doy un consejo, señor Leonides? No vuelva a caer en semejante niñería. Una orden es una orden. Aquí tiene la documentación y apresúrese. Eso es todo. Adiós.

Al explicar Ismael a su jefe lo sucedido, éste mostró un grado de inquietud. Conocía de sobra al hombre rubio de la cicatriz, quien estaba casado desde hacía años con la hija mayor del General. Se comentaba que el fulano era el único que se permitía tutearlo en rueda de amigos. A menudo lo aconsejaba, e incluso en la intimidad, le hacía bromas. Debido a esta especial relación, lo acompañaba por costumbre a donde fuese y en una oportunidad le salvó la vida casi de milagro, cuando lo hizo cambiar de automóvil por tincada, minutos antes de ser desintegrado el vehículo, por una bomba puesta bajo el asiento trasero.

Cuando Ismael pensaba regresar a casa, el jefe le advirtió que ese día, pese a todo, tuvo suerte. El yerno del General había llamado por teléfono para comunicarle que Ismael Leonides podía quedarse tranquilo: el General había decidido perdonarlo por primera y última vez. No se comentó, desde luego, que el hombre baleado por "Querubín" era jefe de una organización clandestina revolucionaria, cuyo principal objetivo apuntaba a matar al General, a quien se acusaba de cometer las peores tropelías en contra de los demócratas.

El derribo de las torres de alta tensión esa mañana, era una misión encaminada a producir desconcierto, a

impedir que el General viajara en avión a Temuco, y en cambio lo hiciera esa tarde a Valparaíso en automóvil, aunque esto último constituía una mera suposición. Bajo un puente de la carretera al puerto, a la altura de Curacaví, los rebeldes habían colocado una poderosa bomba para ser activada a la distancia, justo cuando el General pasara por el lugar.

"Querubín" cogió su automóvil y por la avenida Macul —la única arteria iluminada del sector— se dirigió al hogar. Valeria lo recibió alterada. Mientras daba gemidos lastimeros, tan propios de mujer incapaz de razonar, manifestó que a la hora de almuerzo alguien la había llamado por teléfono, para referirle que su marido era un asesino infame, porque había matado a la amante.

—Nadie conoce nuestro número de teléfono, excepto los de mi oficina —se defendió Ismael y se desplomó en el sofá sin ánimo de seguir la contienda, después de imaginar haber subido una montaña.

—Oye. Es una explicación muy infantil la tuya. No soy estúpida —se lamentó la mujer sin conseguir dominar la rabia; y refirió, que de ser así, la información llegaba desde una fuente muy segura.

— ¡Mis compañeros de oficina no son delatores! —rugió Ismael, y de inmediato agregó, que se trataba de una acusación perversa. Y al no querer enredarse si hacía una defensa equívoca, se dedicó a mascullar como si la indignación no permitiera expresarse de otro modo.

Valeria, calló. Desde el bolsillo de parche de su vestido sacó un pañuelo diminuto. Al concluir de limpiarse la punta de la nariz algo irritada y las lágrimas de pobre presencia, lo empezó a estrujar. Alguien, inadvertido de las razones de su uso, habría pensado que la mujer quería hacerlo añicos, igual a un papel comprometedor. Ismael la atisbaba, aunque quería parecer ajeno, distante a esa querella, entonces carraspeaba y se pasaba una y otra vez las manos por el rostro, tratando de sacarse una telaraña inexistente.

Ninguno de los dos pudo dormir aquella noche de fastidio. Valeria, pensaba huir en cualquier momento con Bernardo Gardés, dejando a su madre al cuidado de los niños. En cambio, Ismael razonaba si la presencia de la cónyuge, empezaba o no a ser un estorbo en su vida.

Viernes

El día de su cumpleaños, Ismael "Querubín" Leonides no quiso recibir en "El Purgatorio" la visita de quienes decían admirarlo. Entre ellos no se veía a nadie de sus compañeros del Comando de Inteligencia Militar, quienes se apresuraron en cambiar el ropaje de torturadores oficiales por el de fervientes demócratas, bajo el amparo de partidos políticos de conveniencia. ¿O lo consideraban traidor? Igual a estampida de buitres, al acabarse la carroña, se habían disgregado por el mundo. Había en el grupo de visitantes niñitos de la aristocracia próspera, señoras de militares comprometidos en el golpe, que en el colmo del ocio, veían aquella actividad como una forma de reivindicar las aspiraciones económicas de sus maridos.

Ismael prefirió hacerles llegar una excusa de enfermedad, porque no habían concurrido quienes debían estar. Su jefe directo, por aquella época dirigía un canal de

televisión, y el General, quien había sido contratado para asumir la dirección de inteligencia de un país del Asia, después de permanecer tres meses hospedado en una unidad militar. Otros, también vinculados al aparato opresor, seguían en el ejército escudados por una organización secreta, dedicada a limpiar las hojas de servicio.

Al final, molesto contra quienes lo habían abandonado, decidió leer desde la mañana hasta la hora de almuerzo un libro sobre la vida del revolucionario Maximilien Robespierre, cuya existencia admiraba. Ese personaje, dedujo entusiasmado, necesitó Chile al inicio del gobierno militar, para purificar el país. Otros funcionarios del régimen, como lo podía constatar a diario, habían preferido la vida placentera, tan del gusto de patrones enriquecidos al amparo del agio. No pocos de éstos, ministros y hombres de confianza durante la dictadura, habían sido premiados por el "Señor de las hojas" o "El amigo de los ricos" o "Daniel López Riggs" —apodos del dictador— quien vendió a sus amigotes numerosas empresas del Estado a precio de liquidación, en una subasta íntima, a la rebatiña, donde participaron sólo ellos.

Cuando el cansancio le impidió seguir la lectura, se puso a recordar. Precisaba recuperar las historias por él vividas, encargadas de marcar el destino del país. Una de ellas se refería al homicidio en Washington de quien había sido Ministro de Defensa del gobierno popular, mediante una bomba puesta en su automóvil. En el atentado también murió su secretaria de nacionalidad norteamericana, y por este hecho el tema se complicaba. "A nosotros ese atentado no nos involucra en absoluto" anunció el gobierno militar.

El General volvió a llamar a "Querubín" a su oficina, quien sintió de nuevo una excitación inusual, traducida en un pellizco en el vientre, como sucedió la primera vez que estuvo con él. Sentado a su escritorio, el General apenas si levantó la vista cuando vio entrar a

“Querubín”. Leía un documento de varias páginas. Ismael se limitó a permanecer junto a la puerta, después de cerrarla. Quería carraspear, pero no se atrevió. Ahí estuvo a la expectativa, los segundos necesarios para observar a ese hombre todopoderoso en la intimidad, sin embargo, para él resultó ser un viaje a pie de un extremo a otro del país.

Al concluir la lectura, el General guardó la carpeta en un cajón del escritorio. Miró enseguida a Ismael como si nunca lo hubiese visto. En sus ojos membranosos de reptil, parecía ocultar sentimientos de perversidad. La lectura del documento le había producido una fuerte exaltación. Después de mover la cabeza para volver a la realidad, hizo un gesto a Ismael con la mano, indicándole que se acercara.

—Disculpe por haberlo hecho esperar —se excusó con esa amabilidad circunspecta del militar, y sobre la marcha agregó: —Usted debe ir a Asunción, acompañado de una funcionaria de nuestro servicio. Lo envío a usted, porque es uno de nuestros mejores cuadros. ¿Características de su viaje? Turismo en compañía de su esposa. Visite los lugares de interés y, en lo posible, manténgase fuera del hotel. Su regreso está previsto para el sábado 17 a primera hora. La información oficial es la siguiente: usted va a Arica de incógnito, a fiscalizar nuestra oficina en la zona norte del país. De allí se deduce que su viaje es de absoluta reserva. Cualquiera dificultad que surja, resuélvala usted mismo. No puede consultar a nadie, aunque esté en peligro su vida y la de su acompañante. Tómese la tarde para realizar los preparativos del viaje.

No se atrevió Ismael Leonides agradecer al General. Hacerlo, le pareció más propio de personas vinculadas a otras actividades. Se limitó a expresar hallarse dispuesto a cumplir la orden.

El General advirtió, luego de decirle el seudónimo que utilizaría en su misión, que en el aeropuerto de

Pudahuel le entregarían un pasaporte falso, el pasaje en avión, un sobre con dólares, y allí también le sería presentada su esposa de conveniencia. Le deseó buena suerte e hizo una recomendación acerca de su compañera de viaje, en actitud risueña, y volvió a concentrarse en el trabajo.

—Mañana en la mañana debo viajar a Arica —le comentó Ismael a Valeria, cuando ésta enfrentada al espejo del tocador se hacía cachirulos, porque esa noche estaba invitada a comer donde amigas que habían sido del colegio.

—Oye. Otra de tus famosas ausencias —se quejó la mujer, cuya batalla con un mechón de pelo parecía tenerla perdida desde el comienzo, al negarse éste a adoptar una determinada posición, pese a la ayuda del secador de pelo y un cepillo de cerdas. —Podrías llamar a mi jefe, si no crees —dijo molesto el hombre y se tendió de costado en la cama, como quien espera una reacción amorosa de la pareja, aunque muy bien sabía que Valeria no iba a detener de acicalarse, aunque él hiciera todo tipo de demostraciones para atraerla.

Valeria, derrotada por el obstinado mechón de pelo, arrojó el cepillo sobre el tocador, para dar por concluida una batalla, y mientras observaba a su cónyuge, hizo un gesto grosero con la boca acompañado de un ruido, semejante al de una ventosidad lanzada a propósito.

—Qué manera la tuya de respaldar mis obligaciones de la oficina —alegó contrariado “Querubín”, cruzándose de brazos y bajando la vista.

—Oye, oye. No se trata de eso. Oye. Quiero expresar mi protesta por tus reiteradas salidas fuera de Santiago, mientras yo cultivo mi soledad desde hace tiempo —amenazó Valeria, aunque la ausencia de Ismael le permitía la libertad necesaria, para afinar sus relaciones adúlteras, en un juego alentado por el propio marido.

Ismael no quiso entrar de voluntario al ruedo peligroso de las discordias. Así evitaba el inicio de una

pelea interminable, en vísperas de una misión secreta. Prefirió capear el temporal, encerrándose en el mutismo. De lo contrario, su viaje podría ser cuestionado y como a Valeria todo le parecía sospechoso, digno de ser investigado, de seguro iba a meter las narices más allá de lo aconsejable. Se resignó a la crítica, aunque estaba abochornado, y feliz habría cogido a la cónyuge de los cabellos, para arrastrarla por el suelo.

Ella, decidió continuar batallando con sus cachirulos, pues la docilidad de su cabellera distaba demasiado de ponerse a su favor. Daba bufidos empeñada en luchar en beneficio de la belleza esquiva, sin saber si lograría domesticarla. Miraba la hora en su pequeño reloj de pulsera, y el tiempo en su marcha inexorable, aún más la perturbaba.

—Llegaré tarde y tú, ahí tumbado como un perfecto ocioso, feliz de ver mis apuros. Oye. Si al menos tuvieses comprensión y me ayudaras —se quejó, mientras ahora provista de un peine de dientes grandes, insistía en someter la rebeldía capilar. En otras ocasiones se encasquetaba una peluca de color pajizo, pero esta vez deseaba lucir al natural.

Por fin, logró hacer entrar en razón a su cabellera, entonces pudo concluir de vestirse. Desde su observatorio, Ismael la contemplaba y se extrañaba que ya no fuese la misma de los primeros años de matrimonio, alerta al llamado del amor, cuando se deleitaban en cada una de sus variaciones, inventando formas para allegarse al placer. El paso de los años terminó por mellar la pasión, la búsqueda de nuevos encantamientos, en una suerte de irresistible erosión venida desde todos los ángulos. Ni siquiera producía placer verla en ropa interior, menos aún cuando se desnudaba al compás de movimientos sin gracia, privilegiando la monotonía, tan propio de una mujer vencida por la idea de la prematura vejez.

La muerte, en su tonalidad más deslumbrante y osada, había perturbado el horizonte de quienes otrora se

entregaban al frenesí, a gozar en plenitud la vida. Cada noche inventaban juegos, adivinanzas y bajo estas formas, recreaban una y otra vez el amor hasta lograr la cúspide. Parecían vivir un eterno encantamiento, tan propio de quienes ciegos de exaltación, no ven más allá de sus pestañas.

Cuando Ismael volvió a la realidad, luego de recrear el tiempo pasado, con sus ficciones moviéndose en todas las posturas inimaginables, Valeria ya se había marchado como ave migratoria. En la habitación quedó el olor de su perfume francés, una suave estela de su presencia, que trajo a Leonides recuerdos del primer frasco comprado a un contrabandista de Valparaíso. Aquella noche, él se encargó de ponerle unas gotitas en el busto y en el Monte de Venus y las horas les fueron mezquinas para expresar el frenesí.

Sobre el tocador estaban los menjunjes, los polvos, el rimel, la variedad de coloretes, mudos testigos de la vanidad femenina, aunque él, en oportunidades, utilizó una tintura negra con la cual teñía las primeras canas de sus sienes.

En el colmo de su aburrimiento, se puso a contar los frascos sobre el tocador, convencido de ser algo provecho. Había catorce de distintos tamaños, casi todos en forma cilíndrica, provistos de tapa plástica. Próximo a la medianoche, miró la hora en su reloj de pulsera, al no sentir un solo ruido en la calle. Idéntico a otros días y desde hacía años, la ciudad de Santiago se volcaba puertas adentro, igual a los tiempos de la Colonia, y los vehículos militares la recorrían desde un extremo a otro, convertidos en impacientes cucarachas.

Como persistía el toque de queda desde las once de la noche hasta la nueve de la mañana, Valeria pensaba quedarse a dormir en casa de una amiga, la eterna amiga de ficción, con cuya falsa identidad protegía al amante. Cuando Ismael se enteró que Bernardo Gardés no proporcionaba ningún antecedente de utilidad acerca de sus

actividades gremiales ni de ninguna naturaleza, pese al tiempo transcurrido, informó a Valeria que se desligara del caso. “Ese cerdo no da manteca”, explicó, haciendo chasquear los dedos.

A ella le incomodó el alcance hasta sentir escozor en los ojos, aunque por prudencia no quiso hacer comentario. Acostumbrada a la vida pasional en clandestinidad, al embrujo de sentirse besada, poseída por un hombre distinto, quien la mimaba y le escribía cartas de amor, su existencia desde hacía tiempo llevaba un rumbo de permanente zozobra.

Cerca de la una de la madrugada, aún Ismael no se decidía a preparar su maleta de viaje. Se puso de pie y vació el contenido de sus bolsillos sobre el velador. Sin entusiasmo se desvistió, y en pelotas se dedicó a buscar lo que precisaba para su viaje a Asunción. Una hora después se metía a la cama y antes de dormir, revisaba una guía turística de Paraguay, que había comprado en la tarde por sugerencia del jefe. Al momento de abandonar la guía sobre el velador, encontró una revista y se puso a hojearla. Ahí halló un cuento titulado “La peluca” y como la situación se hizo familiar, debido a los afanes de Valeria luchando con su cabellera, empezó a leerlo.

Se trataba de María Antonieta Reina de Francia. Mientras era conducida al cadalso para ser guillotinada, se puso a recordar su pasado de esplendor. Casi no oía las voces furibundas de la muchedumbre que con los puños en alto la ofendía a gritos y se aprontaba a ver cómo la iban a decapitar. La otrora soberana cruel, frívola e intrigante, aún conservaba el airecillo de déspota. En sus oídos, en vez de insultos, resonaba la música de cámara, las voces de quienes la adulaban en medio de festines interminables. En las afueras del palacio imperial, el pueblo hambreado y piojoso aguardaba desde temprano, por si al final de las celebraciones, recibía un mendrugo.

En la carreta donde iba acompañada de aristócratas plañideros, que no paraban de pedir

clemencia hasta humillarse, se mantenía altiva, desafiante, lo cual enardecía al pueblo dedicado a observarla. “Sigo siendo la Reina de Francia” decía para su capote, desentendida de las manifestaciones hostiles, de las frutas podridas arrojadas sobre ellos, igual a lluvia de rencor.

Cuando subía al cadalso resignada a su destino fatal, en tanto miraba a la multitud con el menosprecio de siempre, pensó que de ser guillotinada, no tendría cómo lucir su colección de pelucas.

Tal vez Valeria merecía ser guillotinada por soberbia, por creerse refinada. De seguro había leído el cuento, pues cada mes compraba la revista y se la mostraba, proponiéndole que la leyera para cultivarse, pero él hacía un gesto con la boca como si le repugnara la idea.

A las siete en punto sonó el teléfono, cuyo insistente repiqueteo hizo recordar a Ismael el día cuando la conspiración de los generales, azuzados por la oligarquía exportadora, derrumbó a la democracia. Desde la oficina le advertían que estuviese preparado dentro de una hora, pues un automóvil del Comando lo pasaría a recoger. Se vistió en silencio, aunque estaba solo en la casa. Valeria, había ido a dejar a los hijos donde una prima, quien los tenía invitados a pasar las vacaciones de invierno a un pueblo del sur. En la soledad del hogar, se movió alrededor de objetos cotidianos. Nada le producía la mínima distracción a horas de emprender el vuelo hacia Paraguay. Mientras desayunaba, sintió animarse a la ciudad. Desde la casa vecina escuchó la estridencia de un receptor de radio, donde un locutor oficial leía las noticias del día, las cuales parecían ser las mismas de siempre. Más allá, el runrún ahogado de un automóvil en su intento por partir, lo impulsó a mirar por la ventana hacia la calle con aspecto de estar entumecida.

Como nunca esa mañana, los hechos

intrascendentes colmaban su visión de la vida. Faltaban siete minutos para las ocho, cuando un vehículo se detuvo frente a su domicilio. No bien se levantó del asiento, al suponer que lo pasaban a recoger, una ráfaga de metralleta reventó los vidrios de las ventanas, en medio de la quebrazón y del crepitar de las balas, que agujereaban las paredes y los muebles del comedor, simulando una lluvia de exterminio.

Se alcanzó a cubrir detrás del antepecho de la ventana, justo cuando las balas se embutían sobre la mesa donde desayunaba. De no haberse protegido en el momento oportuno, más de una bala lo habría alcanzado. Tres minutos después llegaba la policía haciendo sonar sus sirenas, responsabilizada de vigilar el sector. Y a la zaga de ésta, aparecía el automóvil, donde venían dos personas, encargadas de conducirlo al aeropuerto de Pudahuel.

En medio de la confusión, apenas si pudo hablar con la policía, que en un principio quiso detenerlo. Luego de mostrar su identificación a un sujeto de cabeza aplastada en las sienes, ojos perturbados que llevaba una metralleta y hacía alardes de ser el jefe, consiguió informar de los hechos al General, a través del teléfono. En forma perentoria, éste ordenaba seguir con fidelidad absoluta el plan trazado de antemano, el que no se podía alterar ni un milímetro, aunque hubiese muertos de por medio.

Sólo entonces Ismael logró abordar el automóvil, el cual se desplazó sigiloso por las calles de Santiago, como si fuese un vehículo cualquiera, hasta el cruce de la avenida Bernardo O'Higgins con Pajaritos, donde el chofer decidió aumentar la velocidad. Minutos después, se detenía frente al edificio del aeropuerto. Quien viajaba junto al chofer, lo acompañó hasta la cafetería del segundo piso, donde una mujer delgada, llamativa a causa del cabello rubio —aunque parecía teñido— de alrededor de treinta cinco años, bebía una gaseosa. Los hombres se le aproximaron, y ella se levantó demostrando conocer a ambos de siempre y los besó en la mejilla. Ahí se

estableció el primer contacto, el necesario para que Ismael y Soledad Ceballos, su esposa de mentira, se pudieran conocer antes de iniciar juntos una aventura de conveniencia.

Ambos quedaron solos transcurridos unos instantes. De inmediato empezaron a hablar trivialidades, al ignorar cuál podría ser la conversación más adecuada. Se permitieron hacer bromas en medio de las simulaciones y en lo íntimo parecían estar a gusto. Había que actuar con naturalidad, si de verdad querían parecer una pareja corriente.

Luego de cinco minutos, se presentaban como matrimonio en el mostrador de despacho de la compañía. Se reían y de paso comentaban acerca del viaje de placer. "Querubín" aprovechó para mostrar a Soledad la guía turística de Paraguay. La mujer parecía encantada de viajar a ese país, al cumplir quince años de casada, según lo expresó casi a viva voz, para ser oída por quienes hacían fila junto a ellos.

Transcurrida una hora y media, abordaban el avión. Y el aparato semejando ave mitológica, sacada de un libro de leyendas orientales, se empinaba por sobre los más altos picos de la cordillera de Los Andes, dejando tras sí caprichosas formas de nubes, incapaces de desplazarse a su misma velocidad. Todo un rito destinado a agredir la naturaleza, a perturbar sus formas de siempre tan propio de la soberbia humana, empeñada desde la antigüedad en imitarla.

La cordillera parecía una sábana inmaculada, extendida sobre el lecho vacío de un ser fabuloso. O la mortaja de un dios oriental. A menudo el avión, en su trayecto lineal traspasaba las nubes que circulaban raudas, alborotadas, como la espuma de la mar, o un velo de muselina rasgándose una y otra vez. Al menos así lo sentía Soledad aquella mañana rumbo al norte, pues gustaba de imaginar situaciones románticas, debido a su amor por la poesía.

Desde muy niña escribió versos y apenas llegó a la universidad a estudiar pedagogía en Castellano, se vinculó a una revista literaria, dirigida por Martín de la Oca, quien iba a ser asesinado un mes después del golpe militar. Ella, igual a la mayoría de los jóvenes de su tiempo había abrazado el ideal socialista, pero transcurridos tres años de dictadura militar, era apresada en la comuna de San Miguel, en un allanamiento y encerrada en Tres Álamos, un cuartel clandestino. Seis meses ahí, terminaron por ablandarla y hacerla renegar de sus principios, luego de ser torturada y violada por sus celadores. Le habían quebrado el horizonte en mil partes. Cuando le propusieron colaborar con el Comando de Inteligencia Militar, aceptó después de un tiempo, al suponer que sería la única oportunidad de salir viva desde las mazmorras clandestinas de la dictadura.

Al cabo de varios meses dedicada a colaborar en una de las oficinas del Comando de Inteligencia Militar, sus jefes la destacaron en misiones de alta confiabilidad, pues demostraba un particular ensañamiento y desprecio con quienes habían sido sus antiguos camaradas. Valoraban su modo de actuar con la frialdad de un comando. Era sádica, refinada cuando interrogaba empeñada en demostrar su devoción a la dictadura, llegando en ocasiones a abusar mujeres, mediante un aparato ortopédico inventado por ella, denominado: “El falo de la gata”.

Soledad Ceballos, la “Gata Rucia” —así la conocían en el país— había adquirido fama de perversa, y no pocos presos políticos preferían ser interrogados por hombres de reconocida brutalidad, antes de caer en sus manos enguantadas. El General, admirador de sujetos de esa calaña, cuyo límite de desenfreno no tenía coto, la distinguía con su amistad. A menudo la mencionaba cuando quería dar ejemplo de eficiencia. En varias ocasiones la invitó a fiestas privadas, verdaderas orgías de amplia cobertura escabrosa, donde todo parecía lícito, cuando recibía visitantes de otros países de América, que

llegaban a instruir a los torturadores chilenos.

Si el General había pedido a Soledad Ceballos acompañar a Ismael en calidad de esposa, la misión en Paraguay tenía características particulares, y no podía manejarse al soberano tuntún. La documentación, indispensable para cumplir una misión secreta en Europa, debía ser llevada a Chile. Por tal motivo, el General prefería la participación de sus mejores cuadros.

Los tiempos obligaban a tomar numerosas precauciones, pues los enemigos de la dictadura militar se movían por todo el mundo, buscando alianzas políticas, empeñados en desbaratar sus planes. Gobiernos europeos e instituciones de defensa de los Derechos Humanos, se unían para denunciar lo que acontecía en Chile, aunque con resultados no siempre halagüeños. Si, por casualidad, la documentación cayera en manos extrañas, podría producir un terremoto. De ser así, Ismael y Soledad serían eliminados sin asco por la policía política de Paraguay.

—Me gustaría que te acostaras con Ismael, pues en la cama, a los hombres se les suelta la lengua —le recomendó en tono risueño el General a la "Gata Rucia". Y agregó: —Confío mucho en él, sin embargo, me gustaría saber más acerca de su modo de pensar sobre nuestra misión. Si respondes bien a mi confianza, te enviaremos a cumplir algún cargo diplomático en Europa.

Soledad se comprometió a participar en el entramado. Gustaba asumir a la primera insinuación, estuviese o no obligada por una orden superior. ¿Tenía sentido negarse al juego al cual había adherido? Mientras viajaba rumbo a Paraguay, se preguntaba si el General había hecho a Ismael una recomendación similar. De no ser así, igual de placentera resultaba la aventura, en un medio donde es indispensable saber fingir, entre zancadillas y traiciones, mientras día a día se roza a la muerte.

Apenas conoció a "Querubín" esa mañana en el aeropuerto, pensó que sería grato compartir con un hombre

así una pieza de hotel, durante una semana en Paraguay, aunque no fuese de su total complacencia. Sabía de su temeridad, crueldad, de ser un tipo sin escrúpulos y le parecía justo, haber aceptado participar en una misión riesgosa. Acostumbrada a la brutalidad, sentía excitación de compartir la cama con alguien de esa catadura, quien la podía conducir a tener experiencias nuevas. Para lograrlo, y por medio se movía el deber, haría abstracción del físico algo desventurado de su consorte de mentira. Por momentos le pareció ridículo el teñido y ondulado de su cabello, sin embargo, visto con generosidad, lo favorecía.

A veces pensaba, y con razón, que su vida estaba siempre a merced de la venganza. Quienes habían sido sus amigos y compañeros antes del golpe militar, conocían de sus traiciones y buscaban manera de liquidarla, pero ella sabía cómo cuidarse. A lo menos ese año había escapado en dos oportunidades de ser asesinada, aunque ignoraba cuál sector estaba detrás del asunto. Por otra parte, los miembros del Comando de Inteligencia Militar, no podían confiar a ciegas en ella, conociendo su pasado. Y si sumaba a estos riesgos lo que sabía sobre la organización donde pertenecía y de la conducta de sus miembros, su muerte era deseada por muchos.

Vivir bajo esta latente incertidumbre, era pisar brasas. Se cuidaba de todos y a nadie permitía inmiscuirse en su vida, aunque ello encarnara cierto grado de soledad, haciendo gala al significado de su nombre ficticio. Como juzgaba que la vida debía situarse en primer término, el hecho de haberla negociado a cambio de una traición parecía válido, dentro de la legitimidad urdida por conveniencia. Después de haber agonizado en un hospital clandestino, al ser torturada durante tres días seguidos por quienes ahora compartían con ella obligaciones de inteligencia, se transformaba en la razón para negar las utopías que antes había proclamado. Situar a la vida en un lugar de privilegio, constituía su norte absoluto, luego de ver la muerte tan de cerca, vestida con túnica de gala.

Ismael observaba complacido a su compañera de viaje y aun cuando era atractiva, vivaz, no la imaginaba dispuesta a mantener una aventura de amor durante una semana. Aunque el General lo había recomendado, ignoraba si ella iba a aceptar. ¿Estaba dispuesta por requerimientos de las circunstancias, llegar hasta ese extremo? “Nos interesa conocer antecedentes de su vida, de quienes son sus amigos, de sí tiene amante, por mucho que sea su esposa apenas por unos días” le advirtió el General, e hizo un gesto ambiguo con la boca sujetando la risa, para adornar su discurso. Luego, le proporcionó el número de un teléfono para que lo memorizara, donde debía llamar, no bien llegaran a Asunción.

Por cautela, “Querubín” lo había anotado en una pequeña libreta de direcciones, escrito en clave, como se lo habían enseñado en el Comando de Inteligencia Militar. Ignoraba si cometía una insensatez utilizando ese procedimiento, pero no podía arriesgar a que el maldito número volara de la memoria, convertido en desdicha, y su misión se transformara en fiasco.

El avión aterrizaba en el aeropuerto de Asunción, después de vulnerar el cielo sin que nadie se lo impidiera. Majestuoso se posaba en la losa, igual si fuese un ave de la mitología. Cerca de las tres de la tarde la pareja se instalaba en el Hotel Macambú, en una suite matrimonial, desde donde se puede ver la plaza de La Independencia y un edificio que recuerda al Partenón romano. Ahí, el general Higinio Morínigo —llegó a ser dictador de su país después de un golpe militar— estableció su residencia, porque admiraba al emperador Julio César. Cuentan que en las noches se ponía una túnica blanca, sandalias, un cintillo en la frente y se paseaba por los corredores del palacio, pronunciando discursos patrióticos.

Mientras Soledad ocupaba el baño, Ismael hacía su llamada telefónica. Se limitó a manifestar que habían llegado sin novedad y que se hospedaban en el Hotel Macambú en la habitación 534. Enseguida, la pareja

decidía salir a pasear a los alrededores del hotel. Caminaban abrazados imitando ser el matrimonio ideal, empeñados en reafirmar una relación de años, convertidos en protagonistas de una aventura de amor tejida segundo a segundo. Se miraban a los ojos y no desperdiciaban ocasión para decir cuanto se amaban. Una verdadera parodia. Bajo ese encantamiento venido de lo profundo —al menos así parecía— todo podía ser factible durante la noche y como ambos aspiraban a lo mismo, la certeza de un encuentro de amor, estaba dada de antemano.

Sabían simular hasta en lo mínimo, entonces, nada hacían sin evaluar las consecuencias. Por algo, cumplían una misión secreta de indudables riesgos y de exclusiva confianza del General. A Soledad se le antojó servirse un café, cuando pasaban por frente de un sitio pintoresco, desde donde se escuchaba música guaraní. Al entrar al local, adornado con objetos típicos y fotografías de las cataratas del Iguazú, Soledad hizo un gesto de sorpresa, no obstante, supo disimular. Había divisado a un hombre de abundante barba rizada, igual a la de un asirio, que sentado a una mesa, acompañaba a una mujer de cabellos oscuros. Como suponía no haber sido vista por el individuo, pidió a Ismael alejarse de ahí.

— ¿Te sientes mal? —indagó Ismael, ajeno a los hechos.

Soledad manifestó que el local no había sido de su agrado, después de observar su interior. “No tiene encanto”, dijo a modo de excusa final.

—Es mejor buscar otro sitio —aclaró, aunque al cabo de un breve deambular, propuso a Ismael que regresaran al hotel, pues se sentía algo fatigada.

—Las instrucciones del General, hablan que deberíamos pasear mucho y en lo posible no permanecer en el hotel. Descansamos una hora y volvemos a salir —aventuró el hombre.

Soledad aceptó sin entusiasmo. Pese a tener desprecio por el peligro, aquella tarde lo sentía como una

amenaza creíble. No se atrevió a comentar a “Querubín” la causa de su perturbación. Minutos después se tendía en la cama del hotel, con el rostro vuelto hacia la pared, donde se puso a recordar las historias que la vinculaban al hombre de la barba rizada.

Los sucesos se remitían al tiempo en que ella estudiaba en la Universidad de Chile, lugar donde lo había conocido. Bajo el peso de aquellos acontecimientos no lejanos, ya no tuvo más instantes de sosiego. El temor se apoderó de sus pensamientos, de las vísceras, como si hubiese vivido una y otra vez el pasado. La memoria, inclinada por norma a conservar más los hechos amargos que los placenteros, ofrecía una muestra de los amargos, quién sabe si para señalarle dónde estaba radicado el peligro.

Junto a ella, Ismael hojeaba una revista para espantar el tedio. Ajeno a las preocupaciones de su compañera de viaje, se empeñaba en encontrar sitios de interés turístico para visitar al día siguiente. Esa misma noche podían ir a un restaurante guaraní, pues sentía curiosidad por conocer la comida típica. Arrancó de cuajo la hoja donde figuraban los lugares recomendados para cenar, y la puso en el bolsillo de su pantalón.

Nada de perspicaz, no supo descubrir las aprensiones de Soledad. Le pareció natural el cansancio manifestado por ella, pues el viaje en avión, pensó, aunque había sido breve, fatiga a cualquiera. La contempló sin pretender nada. Más bien deseaba conocer las reacciones de una mujer que se atreve, en compañía de un desconocido, a compartir la habitación de un hotel, aunque estaba adiestrada en ese sentido.

¿Quién era de verdad esa mujer? Cuanto menos supiese “Querubín” de ella, parecía ser lo más conveniente. Si ambos habían aceptado aquella misión, se debía a que la habían asumido con fe. Sólo eso. El resto, estaba constituido por apreciaciones fútiles y, por qué no antojadizas, de quienes no saben valorar los sacrificios, las

luchas destinadas al engrandecimiento de la causa militar.

Cuando Ismael “Querubín” Leonides despertó a Soledad, poniéndole con suavidad la mano sobre el hombro, como quien no se atreve a perturbar el sueño de la amante, ella dio un brinco y se sentó en la cama, mientras se cubría el rostro con las manos. Y para justificar su insólita reacción, impropia de quien besa en los ojos el peligro a todas horas, dijo:

—Soñaba que veníamos en vuelo y el avión se incendiaba y caíamos en la cordillera. ¡Qué experiencia más terrible!

—Es hora de salir a cenar. Son cerca de las diez, y sería bueno regresar al hotel antes de la medianoche —argumentó Ismael.

Minutos después, caminaban en dirección al restaurante “Donde Pepone”, situado a unas tres cuadras del hotel. Durante el trayecto, Soledad sintió la presencia de quien los acechaba, aun cuando las veces que miró hacia atrás con disimulo, no vio a nadie, ni siquiera sus propias sombras, tan leales en seguir sus pasos a donde fuesen. A esa hora las calles permanecían algo desiertas, aunque el clima era placentero, y sólo transeúntes de regreso a sus casas, rompían la monotonía nocturna.

En el restaurante los recibió un mozo de tez amarillenta, ojos exaltados de cocodrilo y dientes puntiagudos. Luego de hacer el consabido discurso de bienvenida, plagado de palabras de cortesía, los condujo a una mesa situada junto al ventanal que da a un jardín interior, donde dormía una pareja de papagayos en una jaula suspendida desde un brazo de metal. Los pajarracos sin ánimo de aportillar con palabrotas hostiles el discurso del mozo, de seguro soñaban con la selva tropical, desde donde manos furtivas los habían arrancado.

La “Gata Rucia” se quedó mirando a los papagayos, y tuvo hacia ellos un pensamiento de comprensión. Le molestó verlos enjaulados, aunque fuese la mejor jaula del mundo. Conocía de sobra el significado

de permanecer presa. Al ver a Ismael de espaldas al ventanal, le indicó la presencia de las aves, pero el hombre no parecía interesado en el hecho. Estaba pendiente de mirar a una mujer vestida de blanco, de aspecto de ninfa nocturna, quien sentada frente a él, hacía movimientos de provocación, pues se cruzaba una y otra vez de piernas, en tanto se inclinaba. En cada bajada y posterior subida de piernas, mostraba la contundencia de sus pechos de nodriza eterna, y el vértice desnudo de su intimidad, pues no llevaba nada debajo del vestido, ni siquiera el tatuaje de un corazón con iniciales, atravesado por la flecha de Cupido.

—Si me acompañas —lo amonestó Soledad con dureza— al menos demuestra algún recato. ¿Te parece?

—Intento ser natural para evitar sospechas —se defendió Ismael y enseguida agregó empeñado en hacerse el galán: —En confianza, no sabes cuánto me gustaría acostarme con esa mujer. Imagino que en la cama, por su aspecto, debe ser una diosa de perversidad.

—Estás en plena libertad de hacerlo. ¿Te parece? —respondió confundida Soledad y sonrió al mozo, que en ese instante se aproximaba a la mesa, trayendo una jarra de vino y una bebida gaseosa.

Cuando el mozo se hubo marchado, Ismael volvió a insistir en sus ansias emboscadas, pues la mujer de blanco perseveraba en cruzarse de piernas, que realizaba con inusual frecuencia, mostrando una y otra vez aquella zona oculta, sobre la cual se ha escrito desde un verso hasta una novela, donde los pintores han sido aún más certeros. Se podría alegar, sin ser exagerado, que la fulana era una artista consumada en el movimiento de piernas, superando a una bailarina.

—Voy al baño —anunció Ismael.

La mujer de blanco al ver a su rendido admirador dirigirse a los retretes, se puso de pie y caminó en su misma dirección. Más tarde, ambos intercambiaban palabras detrás de un biombo, momento en que ella le entregó algo. Visto así, todo se ajustaba a la normalidad.

Ser un buen marido, a Leonides no lo inhibía rechazar aquella porfiada invitación. No bien él hubo regresado a la mesa, Soledad le informó que si deseaba, ella podía regresar sola al hotel.

—De ser así —respondió Ismael— nuestra misión fracasaría. Imagínate por unos segundos, las consecuencias de esta separación a la luz de un acto de celos infundados. En confianza, es cierto que debemos demostrar ser un matrimonio de verdad, pero si exageramos la nota, podríamos parecer unos imbéciles, y ello sería muy arriesgado. Míralo como un juego.

—Estás en libertad de acostarte con la que desees. ¿Te parece? —remachó Soledad hablando bajo— pero al menos usa la discreción. No soy una puta, mi amigo. Sé actuar asumiendo el papel de dama donde me pongas. Y eso que quede bien claro. Si he venido a acompañarte, es por una petición expresa de quien admiro. Él espera mucho de mí. No puedo defraudarlo, aunque tú te pongas por delante.

—Así es, gatita, y te pido disculpas. Sólo he querido actuar como un marido asediado por una ramera. Yo también estoy en una situación parecida a la tuya —dijo y por sus ojos cruzó la imagen del General, a esas alturas convertido en caudillo.

Lo vio en su escritorio revisando en detalle los documentos que le había llevado, mientras fruncía la boca en una demostración de incredulidad. “Ha sido una excelente faena la suya, señor Leonides. Felicitaciones”, pensaba escuchar en unos días más, desde la boca del General.

Cuando la mujer de blanco decidió marcharse en compañía de otra que la fue a recoger al restaurante, Soledad e Ismael pudieron cenar tranquilos, amenizados por una suave melodía guaraní. Casi no hablaban, actitud que contribuía a demostrar que en realidad, se trataba de un matrimonio envuelto en la rutina de los años vividos, bajo el mismo techo donde las novedades escasean.

Cerca de la medianoche teniendo la luna de faro, regresaron al hotel. Antes de iniciar el ritual de desvestirse, se dedicaron a ordenar las ropas en la cómoda y a hacer el consabido paseo de simulación alrededor del cuarto, como si fuese lo más importante de aquella hora. Se miraban de reojo, movidos por la preocupación de no iniciar ningún movimiento suspicaz. De lo contrario, podrían dar motivos para que el otro pensara que existían deseos carnales emboscados. Fuese cual fuere el resultado de esa noche algo áspera, debían a la mañana siguiente aparecer juntos en la cama, cuando les llevasen el desayuno, tal si se trata del ideal del matrimonio con aspiraciones burguesas.

Cada fingimiento y proposición por sutil que fuese, y los juegos previos, estaban considerados dentro de lo normal, aunque la pareja, acostumbrada a una existencia de sobresaltos y situaciones inesperadas, debía controlar las emociones. Ambos conocían de sobra el hecho de vivir al borde del peligro, donde la muerte, segundo a segundo, lanza miradas de exterminio y acecha como ave de rapiña.

Aunque Soledad ignoraba si a la primera insinuación debía aceptar los requerimientos carnales de su esposo de mentira, sus pensamientos giraban también en torno a la inesperada presencia en la ciudad de Asunción, del fulano de la barba rizada. ¿Cuáles eran las razones de hallarse en ese país? ¿Y si la descubría?

Al salir del baño, vio a “Querubín” metido en la cama. El hombre parecía indiferente a cuanto pudiera suceder, pues hojeaba una revista y fumaba un cigarrillo. Llevaba puesto un pijama algo presumido y se había colocado perfume, lo que no acostumbraba a practicar cuando estaba con Valeria. Antes de viajar a Asunción había ido al pedicuro; se había reteñido y ondulado la cabellera y comprado ropa interior fina. Apenas vio a Soledad, le preguntó si la despertaba temprano, pues quería visitar una serie de monumentos históricos de la ciudad, y almorzar en un restaurante de las afueras de Asunción.

Cuando ella hizo un gesto de duda, abandonó la

revista y se cruzó de brazos, aguardando el inicio del diálogo del amor en los límites de un lecho de dimensiones conocidas, donde los intercambios suelen alcanzar grados de dulzura, dependiendo de quien los realiza. En ese instante, Soledad aspiró el aire y sintió el olor peculiar del humo de la marihuana. Ismael se puso a sonreír en tanto chupaba su cigarrillo hasta casi atorarse. Ahí él contó que la prostituta del restaurante le había vendido varios pitos, y le preguntó si quería probar uno.

Al principio, Soledad rechazó el ofrecimiento moviendo la cabeza, creyendo expresar rectitud moral, pero enseguida aceptó la droga, ante la insistencia del hombre. Hallarse en Paraguay y no probar la excelencia de aquella hierba, era una tremenda estupidez. Aunque reconoció no ser una adicta, encendió el pito y entornó los ojos, mientras daba profundas chupadas, tratando de descubrir todo los deleites que le atribuyen a su consumo.

Ambos fumaron tendidos en la cama sumidos en el silencio. Al cabo de un rato, sintieron una euforia extraordinaria junto a una profunda melancolía. La quietud de la noche escribió palabras amistosas sobre los objetos que rodeaban a la pareja, y les sopló al oído una frase mágica: “Si lo desean, pueden ahora iniciar la liturgia del amor”.

Por rutina, Ismael miró la hora en su reloj de pulsera. Quería demostrar indiferencia, acaso la parsimonia del don Juan eterno, acostumbrado a ese tipo de aventuras galantes. Contempló a Soledad como quien la ha visto a menudo embarcada en igual actitud. Le pareció más bella, acaso más rutilante que en el aeropuerto. Ahora, en la intimidad de la habitación del hotel, resplandecía metida en una camisola de seda, a través de la cual se perfilaban sus pechos de ábside. Aun cuando se había sacado algo de maquillaje, sus ojos y boca expresaban la sensualidad propia de quien utiliza sus privilegios de hembra para causar desmayo.

“Querubín” sintió la invitación a la intimidad,

mediante el perfume del cuerpo joven de su compañera, mezclado al humo de la marihuana, que inundaba la pieza revoloteando como una mariposa ansiosa de amor. Quedó cautivado, sin palabras destinadas a descifrar aquel instante donde se reveló un mundo desconocido para él. Cuando hablaba a Valeria de probar un pito para mejorar las ansias del sexo, ella lo acusaba de vicioso.

Cada detalle de esa noche luminosa, parecía ser una invitación, una historia repetida hasta el cansancio. Sólo se percibía la posibilidad de entregarse al embrujo del encuentro, de la recreación mutua, bajo los efectos de la droga. El resto, lo constituía el tiempo banal, cuyo horizonte se halla siempre perturbado por una densa neblina, donde es común extraviarse.

Ninguno de los dos advirtió el instante en que se sintieron unidos por un abrazo de urgencia. Ni que fuesen náufragos. Desde luego a esa hora de sinceridad, ya no pensaban en las recomendaciones del General. Así enlazados, se tumbaron sin prisa de novato, mientras se prodigaban besos. Sus cuerpos se acoplaron en la busca del diálogo amoroso, donde las palabras sobran y sólo tiene validez el tacto. A los besos sucedieron los palpamientos hacia las regiones de la eterna intimidad. En medio de alucinaciones visuales y auditivas, avanzaron por el camino de las delicias terrenales, mientras se prodigaban expresiones voluptuosas, donde se prometían intentar toda clase de locuras.

Si el falso matrimonio en un comienzo se encontraba estimulado por las recomendaciones del General, por su fervor hacia la causa de la dictadura, descubría, al calor de las circunstancias, hallarse poseído de un raro frenesí. Ambos, estimulados por una nueva realidad, se dejaban tentar por las sorpresas. Querían aspirar a más; entregarse a una pasión desbordada, sin límite nunca soñada por ellos, pues en algunas horas estarían expuestos a riesgos inimaginables, y no deseaban arrepentirse de haberse privado del placer.

Cerca de las nueve de la mañana, los despertó el ruido atosigador de la campanilla del teléfono, que zumbaba como un moscardón en la oreja. Ismael tomó de malas ganas el auricular. Aún el sueño y los efectos de la marihuana lo tenían atrapado, sin embargo, cambió de actitud. Alguien, que dijo llamarse Máximo Hernández, manifestó que quería entregarle una carta personal, dirigida a un amigo de Santiago. Después de una pausa, donde ambos intercambiaron saludos de protocolo, Hernández los invitó a almorzar cerca de Asunción. De paso, se comprometía a pasar a buscarlos al hotel, alrededor de la una de la tarde.

—El contacto se ha establecido —le comentó en voz baja Ismael a Soledad, mientras él se restregaba los ojos y apurado saltaba de la cama, ante la presencia de un eventual incendio.

Para consumir el tiempo, saldrían de compras en la mañana hasta cerca de las doce, y regresarían al hotel a esperar a su anfitrión. Deambularon por el centro de Asunción, mirando escaparates, atiborrados de objetos de contrabando: relojes de dudosas marcas; telas indias; perfumes franceses hechos en Malasia; aparatos reproductores de música provenientes de Corea, y todo cuanto deslumbra el espíritu de quien privilegia el consumo.

A la una de la tarde, Máximo Hernández pasó a recogerlos al hotel. El sujeto era delgado, de estatura mediana. Vestía con pulcritud propia de funcionario del protocolo, aunque debido a su conversación fría y autoritaria, daba la impresión de ser un militar de alguna graduación.

—Debemos marcharnos de inmediato —anunció y distrajo sólo unos segundos en presentarse, y pedir a sus invitados que abordaran enseguida su automóvil, estacionado frente a la plaza.

Minutos después se dirigían al oriente, en cuyo camino, cerca de Luque, hay un restaurante de comida

típica, frecuentado por apacibles parroquianos bebedores de mate, futbolistas retirados, donde se detuvieron. Llovía, aunque no lo suficiente para hacer intransitable la carretera de asfalto, por lo común barrida en primavera por la furia del tiempo, sobre todo cuando sopla un viento desde el oriente y el agua de lluvia se encarga de mojar a los incautos hasta las vísceras.

Los tres se dirigieron a un cobertizo donde los recibió un fulano vestido de blanco, para conducirlos al comedor. Ahí, junto a un ventanal, sentada a una mesa, se hallaba una mujer joven de expresión lánguida, como si el aburrimiento impidiese tener una disposición distinta. Si bien se esforzaba para demostrar lo contrario, no podía disimular la acritud que viene del alma. Levantó un brazo para señalar su presencia, no bien aparecieron los recién llegados. La conversación entre los cuatro, luego de los saludos de rigor se hizo fluida, apenas se acomodaron a la mesa.

Hablaron del tiempo, de lo helada que se había puesto la tarde y de amigos que podían ser comunes. Así, la charla fue adquiriendo calor, amenizada con aperitivos y un vino tinto de procedencia italiana, tal cual rezaba la etiqueta, aunque podría ser falsificado. Después de la larga sobremesa, Máximo Hernández habló de que sería de interés conocer un bar cerca de ahí, donde se bebía un excelente ron caribeño.

Los cuatro comensales abordaron el automóvil, justo cuando regresaba la lluvia, ahora más tupida que la de hacía unas horas. Al salpicar sobre el asfalto de la carretera, y a causa de la luz que proyectaban los focos del vehículo, parecía ser una lluvia de estrellas fugaces.

Dos kilómetros más adelante, el automóvil debió detenerse en la berma del camino. La carretera estaba bloqueada por una res tendida a lo ancho, no se sabía si muerta por un rayo, o un atropellamiento, o porque había decidido echarse a dormir ahí. Desde la distancia, los ocupantes del vehículo pudieron observar cómo el animal

tenía destrozada la cabeza y el vientre reventado.

Al ver Soledad la res despachurrada, pensó que el hecho podría ser de mal agüero. Acaso era un anticipo de desgracias mayores que les podría sobrevenir en los días futuros. La muerte, convertida en signo perturbador, los iba a rondar sin darles tregua a partir de ese instante.

Un minuto después, llegaba un camión de la municipalidad al lugar del atropello. Descendieron unos hombres que ataron la res por las patas con cuerdas gruesas, y éstas al parachoques del vehículo. Así, la remolcaron fuera del camino, mientras la bestia dejaba un reguero de sangre, que se diluía en el agua de lluvia. Pendiente de la operación, Ismael quiso comparar la escena con aquella en que asesinó a Luisita y debió arrastrarla por el lodazal hasta la cerca.

—A veces se trata de un peatón imprudente —alegó Máximo Hernández— pero en ese caso queda abandonado sobre el pavimento si es pordiosero.

Libre la ruta, el conductor volvió a introducirse en la carretera y reanudó la marcha. Los pasajeros se limitaron a comentar lo riesgoso que significaba transitar por caminos donde se cruzan animales, y cada cual se permitió narrar algunas experiencias en ese sentido. Llegaron al bar. Ahí permanecieron un par de horas, donde no sólo el ron tenía prestigio. Por entre las mesas pululaban rameras de distintas nacionalidades, quienes sin ningún tapujo ofrecían sus servicios, mostrando sus atributos de hembra bajo insinuantes prendas de vestir.

Había concluido la lluvia cuando divisaron las luces de Asunción. Una cuadra antes de arribar al hotel, Máximo Hernández detuvo el automóvil frente a un parque. La mujer que lo acompañaba le pasó un maletín negro, que estaba bajo su asiento, de donde el sujeto sacó un sobre blanco lacrado, y lo entregó a Ismael mientras decía:

—Aquí está lo prometido para el señor General. De acuerdo con la conversación tenida con él hace una

semana, nuestra responsabilidad concluye en este preciso instante. Esta reunión, como se lo advertí en un comienzo, debe estimarse de rutina. Limítense a conocer nuestro país, hasta la fecha del regreso. Buena suerte y hasta siempre.

Soledad e Ismael descendieron del automóvil. A esa hora, el cielo mostraba la transparencia de una noche de verano manchada de estrellas, sobre un fondo azul Prusia. Sólo se escuchaba el paso raudo de un vehículo, o el lejano ladrido de un perro. La ciudad dormía junto a la ensenada del río Paraguay, por cuyo ancho cauce a todas horas, suben y bajan las embarcaciones dedicadas a mover la vida de un país mediterráneo.

La pareja caminó hacia el hotel bordeando el parque. Soledad e Ismael parecían tensos, y como hablaban de asuntos superfluos, la conversación no les producía ninguna complacencia. La mujer se detuvo por más de un minuto a mirar el escaparate de una tienda de moda, donde un maniquí exhibía un vestido azul, provisto de cuello blanco y mangas terminadas en puños del mismo color.

— ¿Sabes? En confianza, tienes gustos de mujer presuntuosa —le espetó “Querubín” al ver el precio del vestido.

Soledad miró a su acompañante, como si enfrentara a un extraño, a un ser venido de la nada; y en tanto movía la cabeza, le preguntó si acaso no le agradaría llevar de regalo a su esposa, el vestido azul.

—Ella te lo agradecería mucho. ¿Te parece? —concluyó.

Ismael Leonides no supo qué responder. En lo íntimo habría sentido deleite ofenderla, decirle pesadeces hasta obligarla a llorar, aunque dudaba de lograrlo. Sabía de los métodos sanguinarios utilizados por ella para interrogar a los opositores a la dictadura. Hasta creía que Soledad lo superaba en brutalidad. Si habían dormido juntos y fumado marihuana, lo cual es natural entre un hombre y una mujer si están solos en una habitación de hotel, no parecía legítimo que ella señalara normas de

conducta.

¿O acaso quería de obsequio el vestido azul, como retribución por la noche de intimidad pasada juntos? Era lo natural. Quién sabe si a partir de esa fecha, ella se convertía en su amante o en la amiga ocasional. Le apetecía su forma de ser, pues la hallaba un alma gemela. Ambos en su ruindad compartida, podían entenderse de maravillas y a lo mejor el General, después de la misión en Paraguay, los hacía trabajar juntos. Disponer de una amante de esas características, era un deleite, una antigua aspiración social.

Al llegar al hotel, no parecían dispuestos a repetir la experiencia de la noche anterior. Envueltos en dudas atosigantes se abrazaron a sus almohadas que olían a ellos mismos. "Querubín" intentó dormir, sin embargo, se puso a recordar aquella vez que en compañía de una amiga parecida a Soledad, asistió a una función de teatro, meses antes del golpe militar de 1973. Había olvidado el nombre del autor y de la obra, pero el tema le había producido un raro frenesí, la sensación de que todo se transforma en legítimo, dependiendo de las circunstancias.

El argumento hablaba de un monarca que agobiado de una severa tristeza, pues en su reino nada ocurría de importancia, a no ser las infaltables escaramuzas en las fronteras del imperio, o una epidemia de gripe asiática, decretó eliminar a los homosexuales, aunque se tratara de personas de alto rango.

—Quiero urgente diversión, caballeros —comentó a sus adeptos que apiñados empezaron a elogiar su ocurrencia— de lo contrario, voy a morir de tedio.

En tres noches sucesivas, donde no hubo respiro ni piedad a través de una carnicería implacable, la policía liquidó hasta los sospechosos de ser homosexuales. Cumplida la orden, el rey pidió detalles de la faena y al enterarse de cómo habían muerto, unos quemados, otros degollados o baleados en los dídimos, empezó a sentir que cedía su persistente esplín.

No satisfecho de su arbitrario capricho, porque ansiaba más diversión, ordenó ahora exterminar a los presidiarios, debido a que una de sus concubinas se lo había sugerido mientras se refocilaban.

— ¿De qué sirven? Sólo me ocasionan gastos excesivos y dolores de cabeza —le comentó a su corte de aduladores, entre tanto acariciaba el lomo de su perro dobermann.

En un solo día se ultimó a la población de las penitenciarías y cárceles, mediante una pócima letal, que se suministró en la sopa de garbanzos.

—Majestad, murieron en medio de retortijones y aullidos lastimeros. Parecían ratas —explicó el jefe de la policía encargado de la faena, mientras leía el informe de su tenebrosa gestión.

—Qué inmensa alegría siento al escuchar detalles de tu maravilloso relato, mi querido ejecutor. Como estoy empeñado en seguir divirtiéndome y de paso deseo limpiar la lacra humana que nos agobia desde hace años —habló entusiasmado el rey, acariciándose la barba de sátrapa— ahora, para concluir nuestra labor de higiene imperial, le toca el turno a los locos.

Esa misma tarde con la eficiencia requerida se inició una matanza sin tregua en las casas de orates, y en los lugares más remotos del reino. Nadie, ni los organismos internacionales ni las entidades humanitarias, se atrevieron a dar una cifra estimativa de las víctimas eliminadas.

El monarca, ávido por conocer los pormenores de la reciente degollina, que suponía lo iba a colmar de felicidad, citó a palacio al jefe de la policía. Éste, luego de hacer las zalemas de rigor se puso a detallar lo realizado. Con inusual deleite especificaba, cómo había arrojado vivos a un grupo de locos dentro de una marmita con aceite hirviendo. “Majestad, hubiese visto usted cómo pedían clemencia. ¡Qué espectáculo Majestad! ¡Qué espectáculo!”. Ahí, apesadumbrado descubrió que algo

faltaba por cumplir. Mientras los presentes lo aplaudían, asesinó al rey de un balazo en la cabeza, y enseguida se suicidaba.

Sábado

La mañana en que Ismael Leonides tomaba desayuno con cierta prisa, pues debía ir hasta el despacho del General a entregar el sobre con la documentación traída desde Paraguay, alguien lo llamó por teléfono. Dijo ser miembro del Comando

y luego del saludo protocolar, le comunicó que debía pasar por la morgue a identificar un cadáver.

—Iré cuando pueda por esos lados, colega —respondió Leonides con voz rutinaria, extrañado que lo hubiesen llamado a la casa, en vez de haberlo hecho a la oficina como era la norma.

Mientras viajaba a reunirse con el General, conduciendo un automóvil del servicio, pensaba quién podría ser el muerto. Desde luego, no se trataba de ningún cadáver de los enemigos del régimen que querían achacarle por rutina. Sin embargo, como los opositores morían por causas naturales, o se mataban entre sí por rencillas de

índole personal, sospechaba que podría ser alguno de éstos.

Al llegar al edificio del Comando Central, estaba algo olvidado del asunto y sólo le preocupaba la conversación con su jefe máximo. Iba llevado por alas de gloria y empleando la celeridad que dan las ansias, subió hasta las dependencias del General.

Lo halló sentado al escritorio, cruzado de brazos y con una expresión agria. Parecía contrariado por alguna noticia reciente, pues no atinaba a cambiar de postura. Al momento de sentarse Ismael frente al militar, luego de los saludos de protocolo donde reinaba la indiferencia, éste comentó:

—Un imbécil, y me gustaría tenerlo al alcance de mis manos (e hizo un gesto como si estrujase un prenda mojada) asesinó a Soledad Ceballos. Al menos eso suponemos, pues el canalla le cercenó la cabeza al parecer con un alfanje y desfiguró el rostro. Además, le quemó con ácido las huellas digitales, para evitar ser identificada. Ahora, la occisa está en la morgue y es preciso que usted, cuanto antes vaya a reconocerla para saber si de verdad es ella.

—Ya estoy enterado de la orden, señor General — se precipitó a responder “Querubín”, sorprendido y dando muestras de legítima desazón, al enterarse de la identidad de la muerta.

El General empequeñeció los ojos igual si le hubiese alumbrado la cara con una linterna. Apoyó las manos en las esquinas del escritorio y como quien va a levantarse de la silla, para dar un brinco de batracio y saltar por encima del mueble, permaneció varios segundos en esa posición.

— ¿Quién habló del asunto? Dígame.

—Hace una hora llamaron por teléfono a mi casa, señor General, desde el Comando, diciendo que pasara por la morgue a identificar un cadáver. Sólo ahora sé, que podría tratarse de Soledad Ceballos.

— ¿Y yo podría saber el nombre del funcionario

que lo llamó por teléfono? —preguntó el General, subrayando una a una las palabras, en tanto se inclinaba en el escritorio hasta casi tocar con su barbilla la cubierta.

—Sólo dijo que era del Comando.

—O sea, ¿usted habla con quien no se identifica y a reglón seguido se propone seguir sus instrucciones? ¿De dónde supo esa persona la relación entre usted y Soledad? Ignoro cuando se van a terminar los idiotas en nuestro servicio. Usted ha actuado con demasiada irresponsabilidad, señor Leonides. Ahora, entrégueme la documentación.

De un maletín negro, provisto de chapa que se accionaba mediante clave, Ismael sacó el sobre y lo puso en las manos del General, con esa suavidad tan propia de quien no desea cometer un nuevo desliz.

—Estoy rodeado de ineptos. ¿Sabe? Cualquiera de estos días van a dejar una gran cagada, y yo tendré que asumir las responsabilidades del caso —alegó el General, cuya mirada era turbia de agua pestilente.

Ahí, volvió a cruzarse de brazos y mientras observaba el sobre, se puso a balancear en la silla. Aun cuando le urgía ver el contenido, nada hizo al respecto. Más bien aguardaba quedar solo, y entonces, actuaría. Pese a ser desconfiado, ese último tiempo extremaba su cautela hasta en los hechos nimios. Como el silencio lo empezaba a inquietar, porque lo estimaba inconveniente si quería demostrar autoridad, volvió a insistir en la ineptitud de sus hombres. Y para concluir su cansada perorata, dijo violentando el tono de voz:

—Así, jamás vamos a ganar la guerra contra los enemigos de la patria. Aunque parezca raro, Soledad era quien mejor cumplía mis órdenes y las sabía llevar a cabo con eficiencia admirable, mejor que mucho de ustedes. ¿Quién pudo asesinarla? ¿Quién fue el miserable? —y miró a Ismael, por si éste pudiera entregar el nombre del ejecutor.

Para demostrar una ignorancia salvadora,

“Querubín” ensanchó el pecho hasta casi sentir ganas de toser, aunque delante del General no servía de nada esa fanfarronería barata. Las veces que estuvo con él, jamás lo había visto bajo ningún signo de alteración. Ahora, por primera vez el militar parecía descompuesto, aunque a través de algunas actitudes triviales, deseaba mostrar aplomo. A lo menos cogió tres veces la estilográfica Sheaffer que tenía sobre el escritorio, para examinar su pluma tubular, impulsado por la actitud propia de quien disfruta escribiendo con un instrumento de calidad.

Casi se podía presumir que la muerte de Soledad Ceballos, iba a provocar un cataclismo en la opinión pública del país. Los malos aires para justificar aquel homicidio estúpido, canallesco, soplaban desde todos los puntos cardinales, para derribar a cualquiera desde su pedestal. Si se piensa que el General, las veces que deseaba endulzar sus horas de ocio llamaba a la joven para recrear su lascivia desenfrenada, no iba a permanecer impávido después de enterarse de este hecho.

En más de una oportunidad había considerado la idea de hacerla su amante, pero creía prematuro involucrarse en una relación de tanta complejidad, mientras no tuviese la certeza de su lealtad absoluta.

—Puede usted marcharse. Proceda —le ordenó a Ismael, mientras sostenía en sus manos el sobre, como si su intención fuese devolverlo a quien se lo había entregado.

Al quedar solo, se puso a observar el sobre para cerciorarse si los sellos con lacre eran los auténticos y nadie había examinado el contenido. Cogió un abrecartas en forma de daga y lo introdujo por uno de los costados para rasgarlo, como quien va a destripar un pollo. Actuaba sin prisa, apegado a la rutina. Debido a la muerte de Soledad, el plan sufría cambios y el General evaluaba las consecuencias. De lo que sí podía suponer era que el sobre no había sido abierto, sin embargo, las dudas no podían ser desestimadas.

¿Acaso la muerte —pensó el General— no siempre está vestida de tragedia, aunque uno se muera de viejo? Se puso a recordar el cuento “El alfanje” que había leído de un libro que le facilitó Soledad. Evaluaba las coincidencias y el tema de la narración lo llevaba a pensar extravagancias. En esa historia el califa Kássem al Menssur al despertar en la mañana, sentía un alivio infinito y daba gracias a Alá por seguir con vida. Desde hacía tiempo soñaba que mientras dormía le cortaban la cabeza con un alfanje heredado de su abuelo, el cual usaba a diario.

Cierta madrugada despertó al sentir que alguien entraba a sus aposentos reales. ¿Quién podía ser el intruso? No quiso llamar a la guardia para no parecer un califa cobarde. Sin tardanza, sacó de debajo de la almohada el alfanje que lo acompaña a todas horas, y se aprestó a luchar. Cuando tuvo al intruso a la distancia precisa, mientras éste se inclinaba sobre su lecho ofreciendo con imprudencia el cuello, enarboló por sorpresa el arma asida con ambas manos, con la cual él mismo ajusticiaba a su arbitrio, y de un certero golpe le cercenó la cabeza.

A las voces de alarma arribó la guardia de palacio, y el aterrorizado Kássem al Menssur se enteró que había ultimado al jefe supremo de su ejército imperial, quien había ido a despedirse, pues marchaba a una provincia remota para sofocar una rebelión. Entre llantos, el atribulado califa cogió la cabeza ensangrentada de su hijo Kássem, y lo besó en los labios.

Lo sorprendente del caso es que Soledad había subrayado varias frases del relato, ¿o fue otra persona, acaso quien la iba a asesinar? En ese instante sonó el teléfono privado y el General se apresuró a contestar. Era el coronel José Ballestario del Comando de Inteligencia Militar, para recordarle que en diez minutos más, debía asistir a una conferencia de prensa. En ella, de seguro iban a preguntar sobre la muerte de Soledad Ceballos y de los últimos enfrentamientos, donde habían muerto acribillados

varios opositores a la dictadura.

El General terminó de abrir el sobre. Encontró en su interior dos pasaportes y una carta, donde informaban acerca de los documentos, y se hacía una relación del nombre de las personas y visados correspondientes. Todo estaba en regla, pero el General, asediado por la realidad del presente, armaba conjeturas.

Si bien disponía de apenas unos minutos para revisar la documentación diaria colocada en carpetas de cuero encima de su escrito, y enseguida debía marcharse a una reunión en la casa de gobierno con el General Augusto de la Hoja, al concluir la conferencia de prensa, volvió a pensar sobre el homicidio de Soledad. Muy bien sabía que algunos militares discrepaban de los métodos que utilizaba como Director del Comando de Inteligencia Militar para acallar a los opositores a la dictadura, por considerarlos excesivos y que molestaban a infinidad de gobiernos del mundo.

A la mujer la habían ido a arrojar ensacada al río Mapocho, después de asesinarla en su elegante departamento del no menos exclusivo barrio El Golf, apenas hubo regresado de Paraguay. Ahí, gustaba al General visitarla, porque se trataba de un lugar discreto, seguro, alejado del centro de Santiago. Prefería llegar de noche, cuando las sombras de la ciudad, verdaderas manchas de alquitrán cubrían los edificios, y casi nadie circulaba por las calles debido al toque de queda.

La “Gata Rucia” acostumbraba a recibirlo en traje de noche, perfumada hasta en los sobacos, porque el General amaba la fragancia y tenía predilección por las ropas finas, sobre todo si eran de color negro. También gustaba de la música, en especial de los valses de Strauss, y de beber una copa de jerez, al concluir la cena. Enseguida, al compás de un bolero se deslizaban por la alfombra del salón y como si la risueña horizontal los llamara con la urgencia de siempre, la reconocían de inmediato.

Sin otras escaramuzas, tan propias de guerreros a caballo, se desvestían al ritmo de la música, y convertidos en buenos intérpretes del amor a dos voces, daban inicio al ritual de los milenios. Se arrimaban a la unión carnal, en medio de resoplidos, de promesas que no sabían si podían cumplir si llegaba la oportunidad. El General a menudo alardeaba de ser un macho desequilibrado en asuntos del sexo, un jinete a toda prueba, un sibarita carnal, pero la verdad era otra. Para excitarse, debía ver revistas eróticas, o escuchar por boca de un voluntario, historias lascivas. Por algo le encantaba presenciar cuando podía, los excesos practicados a mujeres en los cuarteles secretos de la dictadura militar.

A su vez, Soledad confidenció que le gustaba jugar con adolescentes en la intimidad de la cama, aunque después se arrepintió de haberlo comentado. Aquella debilidad, nacida luego de presenciar vejámenes sexuales, la podía dañar llegado el caso. En otra ocasión, dijo que una de sus obsesiones mayores consistía en que alguien metido bajo la mesa, mientras ella comía en una recepción de gala, le acariciara los muslos y después se atreviera a rozar con sus labios, la entrada al hogar del Edén.

El General sonreía ante las ocurrencias de la mujer y preguntaba si su lealtad hacia el gobierno militar se quebraría si alguien ofrecía satisfacerle aquellas fantasías eróticas, a cambio de información.

Soledad, comprometida hasta el esqueleto en aquella organización de donde sólo es permitido salir dentro de un ataúd, juraba lealtad y contestaba que cualquiera de esos días podrían darse placer mediante sus particulares gustos. Sin embargo, la ocasión se dilataba y ninguno de los dos mostraba voluntad de cumplir. Quizá, temían entregarse a aquellas prácticas algo estrambóticas, temerosos de que éstas se volviesen en contra de ellos, si alguien los descubría.

Si al General no lo hubiesen llamado por teléfono, después de la conferencia de prensa, para advertirle que su

automóvil estaba listo para llevarlo hasta la sede de gobierno, no se habría movido aquella mañana desde su escritorio. Los recuerdos de Soledad, de las veces que amó su carne tierna, palpitante, su boca de labios carnudos, todas sus exaltadas formas de niña apetecida, lo mantenían abrumado ante la realidad con expresión de desgracia. “Todo sucede para mejor en la vida”, discurrió y se puso la gorra.

A la misma hora, Ismael Leonides identificaba en la morgue el cadáver de Soledad, después de examinar su cuerpo desnudo y reconocer un lunar bajo una teta y las uñas de los pies pintadas de carmesí. Sintió náuseas al ver la cabeza cercenada y su rostro desfigurado por la mano asesina. Ese mismo rostro le había sonreído cuando se despedían en el aeropuerto, como una demostración de que ella no guardaba rencor alguno, porque aún seguía teniendo ternura, dejando abierta la posibilidad de poder verse dentro de la semana.

Pero el asesino, ávido de perturbar la belleza de su expresión por momentos cándida, le había aplastado la nariz con una prensa de tornillo, y vaciado los ojos, como si quien al ocasionarle las heridas y mutilaciones, deseara impedir su identificación. Las manos, tan propias de niña laboriosa, las tenía chamuscadas; y cercenado con un bisturí uno de los pechos de hembra gozadora.

“Querubín” no deseó ver más, aunque el funcionario de la morgue advirtió que debía examinar muy bien el cadáver. Acaso por primera vez en muchos años, lo conmovió esa orgía destructora, aquella verdadera sinfonía demencial, donde la furia asesina no tenía límite. Por instantes, su arraigado desprecio hacia la vida ajena —lo cual lo llevaba a actuar sin misericordia al enfrentar a sus adversarios— tuvo para él momentos de zozobra, al sentir la crudeza de una realidad trágica. Ante esa escena de exagerado delirio tuvo arcadas, la sensación de que habían asesinado a Soledad, sólo para inculparlo a él. No veía otra explicación, y el miedo convertido en daga implacable se

le metió por entre las costillas.

Desde la morgue se trasladó hasta su casa, porque no se pudo reponer a aquella visión de espanto. No bien arribó al hogar se dirigió a toda prisa al baño, donde en el retrete, vomitó hasta casi sentir ahogo, un ahogo acompañado de acidez. Se mojó enseguida la cara, y permaneció junto al retrete por si volvían las ganas de vomitar. Si hubiese comido y bebido sin medida, como gustaba hacerlo cuando andaba de juerga en compañía de amigos, no habría sentido tantas molestias al estómago y pálpitos en las sienes.

A esa hora su mujer se desperezaba, y luego de ponerse una bata de raso desteñido, se dirigió a tientas al baño. Parecía haber disfrutado de una parranda, pues tenía el cabello revuelto, los labios marchitos y las ojeras le llegaban hasta los pómulos. Se sorprendió al ver a su marido ahí, convertido en estropajo. —Valeria; he tenido un día de espanto. En confianza, esta mañana algo me hizo mal al estómago; entonces, decidí regresar a casa.

Ella realizó un análisis apresurado de la situación, bajo sus particulares puntos de vista, para manifestar que todo se debía al desorden de comidas, mientras permaneció de viaje, y luego de un tiempo sufría las consecuencias.

—Oye, vaya a saber una, las porquerías que comiste en el norte —concluyó a manera de reproche y se mojó la cara.

Ismael se limitó a dar angustiosos aleteos con los brazos, pues una nueva arcada lo obligaba a doblarse sobre el retrete. Estaba desencajado, pálido, como si el día de su muerte estuviese a la vuelta de la esquina; sin ánimo de nada, por mucho que Valeria se hubiese desprendido de la bata de raso, no para provocarlo, sino para meterse a la ducha.

Ahí, Valeria, después de observar el desamparo de Ismael, su olor a vómito avinagrado, se acordó de Bernardo Gardés, porque le atraían sobremanera sus

delicadezas a flor de piel, su voz que la engatusaba, y la hacía soñar igual si fuese una novia. No como tener un esposo desabrido, acostumbrado a un trabajo detestable. Y mientras Ismael permaneció en Paraguay, supo adecuar el tiempo para deleitarse del amor en plenitud, aunque éste viniera envuelto en el resbaladizo papel de la infidelidad.

Para seguir con sus ausencias programadas, empezó a utilizar la excusa de que el hogar podía ser de nuevo baleado, aunque desde la oficina de "Querubín" enviaban cada cierta hora, un vehículo a inspeccionar el lugar. Por precaución, había preferido mantener a sus hijos a buen resguardo en casa de parientes, hasta que regresara la ansiada normalidad.

—Oye, si te sientes mal, es preferible que te acuestes —le propuso al marido, que aún inclinado sobre el retrete, vomitaba a intervalos los fuegos de la barriga.

—Tienes razón —dijo Ismael después de arrojar; y acto seguido se encaminó a la pieza, mientras con la manga de la camisa se limpiaba la boca.

Se descalzó en silencio, sin poder todavía separar de sus pensamientos la imagen de la muerta, sobre todo la mirada vacía de quien observa la nada. Valeria, en una manifestación de desacostumbrado afecto le había ido a preparar a la cocina, un remedio casero, consistente en agua de ruda con gotas de limón.

Ismael "Querubín" Leonides, con muestras de desgana, bebió a sorbos la infusión, como si tuviese un sabor asqueroso, parecido al aceite de bacalao que tomaba a regañadientes cuando niño. Hacía gestos de malestar, mientras se quejaba de dolor de cabeza y de no tener ánimo ni para amar a su mujer, por mucho que ella lo provocara de alguna forma inusual.

—Oye. Debo salir a hacer compras —le explicó Valeria y se encaminó al baño, para tomar una ducha.

Media hora después, se ausentaba del hogar. Apresurada dirigió sus pasos hasta la avenida Nueva Jaguar, a esa hora de la mañana abarrotada de vehículos,

donde cogió un taxi. Luego de recorrer en el automóvil un par de kilómetros por calles de complicado tránsito, descendió en la misma puerta del café Bedat del Califa, frecuentado por escritores, más bien por quienes dicen serlo, o algún travestido o periodistas a la caza de noticias. En una mesa al fondo del local, junto a una cortinilla divisoria, permanecía sentado Bernardo Gardés, leyendo el diario.

El hombre hizo un gesto para comentar, señalando su reloj, que llevaba demasiado tiempo esperando, pero ella se apresuró a manifestar que había tenido contratiempos por el tránsito de la ciudad, y refirió también como pretexto, que Ismael estaba algo delicado de salud.

—Ayer de madrugada —comentó Bernardo Gardés, mientras invitaba a Valeria a sentarse— encontraron en el lecho del río Mapocho el cadáver mutilado de una mujer, metido en un saco. Dicen que era funcionaria del Comando de Inteligencia Militar, después de haber pertenecido a un partido de izquierda. Eso fue lo que escuché comentar a primeras horas de esta mañana, en la sede de la Central de Trabajadores.

— ¿Y en los diarios, hay alguna mención? —inquirió la mujer, en tanto se acomodaba junto a su amante, para rozarse las piernas a modo de preámbulo.

—Ni una sola palabra. Es probable que en dos o tres días más, el asunto estalle y sea noticia.

Los dos decidieron quedarse callados, cuando el mozo se acercó para preguntar qué se deseaban servir. Ambos pidieron café turco, acompañado de galletas dulces. No bien se alejó el mozo, se cogieron de las manos, dominados por cierta timidez, aunque el local estaba casi vacío, para iniciar un intercambio mudo, tan propio de quienes prefieren el silencio, por sobre las opiniones divergentes.

— ¿Quién será la mujer del saco? —indagó Valeria, en tanto miraba a la pareja que se instalaba cerca de ellos.

Bernardo Gardés miró hacia un costado. No parecía dispuesto a lucubrar sobre un tema complejo y por lo demás riesgoso. Si observaba la situación a la luz de los acontecimientos actuales —pues en el último tiempo habían muertos infinidad de opositores a la dictadura militar, baleados en la calle, en países vecinos o en el interior de sus casas— podía deducir que se trataba de una venganza.

Pero también era el caso suponer que el propio Comando de Inteligencia Militar, eliminaba por rutina a quien empezaba a estorbar en sus planes. Cualquiera reflexión en este sentido resultaba válida, debido a la época de zozobra en que se vivía a diario, a partir de una fuerte arremetida ese último tiempo, de quienes luchaban contra la dictadura.

Incluso para él, hablar delante de Valeria sobre estos temas, resultaba embarazoso. Aunque creía conocerla bien, tenía que cuidarse. Los agentes secretos, empeñados en destruir a la oposición desde sus cimientos, se contaban por miles. Había uno de ellos en cada esquina, lugar de trabajo, manejando taxis, de profesores en la universidad, y en calidad de alumnos.

Cónyuge resignada como debía ser, Valeria asemejaba una señora inofensiva, amante de la vida regalada, en plenitud, aunque tenía aspiraciones por ascender otros peldaños de la empinada escala social. Sin hipocresía, lo demostraba desde hacía años. Así al menos lo percibía Leonides, cuando la mujer hablaba de querer mudarse a una casa de mayor comodidad en un barrio distinguido; de disponer de un dinerillo extra, tan necesario para mejorar las condiciones de vida; de viajar a lugares exóticos y de poder vestir ropas finas, aunque después de enumerar sus gustos, manifestaba que sólo se trataba de un deseo imaginario.

—Qué lejos está todo ello de mis posibilidades, mi amor —manifestaba afligido Gardés, cuando Valeria le hablaba también a él sobre el tema con majadera

reiteración.

El dirigente sindical mostraba la amargura propia de quien ve en las aspiraciones materiales, una suerte de engañosa apariencia, pero Valeria no demoraba en agregar que lo hacía para soñar despierta, asunto que no dañaba a nadie.

—Todos tenemos sueños de grandeza —explicaba reduciendo la voz, para restarle importancia a sus incómodos devaneos.

Esa mañana en el café, cuando el mediodía mostraba su fulgor, porque no había una sola nube rondando por el cielo, Bernardo Gardés comentó:

—El viernes de esta semana, me ausentaré de Santiago. Debo viajar al norte por motivos familiares. Apenas regrese, te llamaré para volvernos a reunir.

Valeria no quiso preguntar sobre otros detalles relativos al viaje, y prefirió mantenerse concentrada en beber café. ¿Y si era una burda mentira de Bernardo porque se empezaba a hastiar de ella? El aburrimiento, pensó, de alguna manera comprometía su matrimonio, desde hacía tiempo. A Ismael lo hallaba rutinario, demasiado pendiente de su trabajo en la oficina, entonces, ella dejaba transcurrir las horas abrazada a recuerdos.

—Oye. ¿Y cuándo piensas regresar? —se atrevió a inquirir, a modo de demostrar un mínimo interés por ese hombre que la halagaba sin reservas.

—Puede ser cosa de una semana, aunque no me atrevo a adelantar fecha.

— ¿Tan incierta es la situación? —dijo la mujer, cogiendo una galleta y examinándola antes de echársela a la boca.

—Me temo que sí.

Ella prefirió el silencio. Se puso a degustar la galleta, empeñada en no destruir su forma. Más bien la sobaba dentro de la boca y jugaba a darle mordiscos suaves, con el ánimo de ablandarla, para enseguida engullir la molienda con un sorbo de café. Así lo hizo al cabo de

segundos. Para dar por finalizada la reunión organizada por Bernardo Gardés, se puso de pie y sin despedirse se marchó, dejando detrás de sí un grado de ausencia, la estela de su desazón. Aquella actitud, el amante lo interpretó como el deseo de la mujer de interrumpir el vínculo, mientras no hubiese una explicación satisfactoria sobre su inesperado viaje.

Valeria regresó al hogar, marcado el signo de la duda en sus cejas depiladas. Para su sorpresa no había nadie. En cuanto a Ismael, su ausencia resultaba extraña; por qué no, misteriosa. Si al menos hubiese escrito una nota, donde dijese que había decidido regresar a la oficina, luego de sentirse bien. La cama estaba desordenada, hecha un torbellino como si hubiese servido de campo de batalla a una pareja de amantes insaciables.

Al concluir un examen superficial, se sorprendió de que los dormitorios hubieran sido registradas palmo a palmo, sobre todo los muebles de su pieza. ¿Tenía relación el hecho, con el baleo de hacía una semana? No faltaba nada de valor, pero sí notó que no estaban algunas prendas de vestir de Ismael. Sin razonar, cogió el teléfono y llamó al número secreto que le había proporcionado su marido, para ser usado sólo en casos de extrema urgencia.

Apenas hubo establecido la comunicación, se puso a dar gritos de fines de mundo, próximos a la histeria, mezclados con palabras enredadas, donde trataba de explicar que Ismael Leonides había sido raptado desde su casa. Quien la escuchaba, un hombre de voz gangosa, pedía calma, pero Valeria sólo interesada en su discurso, un discurso descocado, más propio de quien sólo desea producir confusión, no entendía nada a su interlocutor.

—Si usted, señora, no me explica con calma, cuál es su problema, tendré que colgar —terminó por manifestar el hombre, alzando la voz.

Sólo ahí, Valeria decidió razonar a medias. Igual sus explicaciones eran embarulladas, porque a causa de la desazón, repetía una y otra vez la misma frase, donde

intentaba dar informes sobre un eventual rapto.

Al fin, se pudo establecer una comunicación adecuada. Entonces, el hombre pidió mayores antecedentes de Ismael Leonides, y de paso manifestó que no debía llamar a carabineros, ni a la policía civil.

—Oiga. ¿Y cuándo sabré dónde está mi esposo? —gimió la mujer.

—Nosotros la llamaremos a la brevedad.

Cerca de las cuatro de la tarde, el teléfono se puso a repiquetear y Valeria, dedicada a preparar un guiso de pollo, casi vuelca la cacerola. Corrió hasta el teléfono pensando recibir una noticia alentadora, pero terminó descorazonada. La llamaba el fulano de voz gangosa para manifestar que Ismael Leonides permanecía en la Unidad Central del Comando.

—Sería bueno que usted, de inmediato viniese hasta nuestras oficinas ubicadas en Litre 728. Él, desea verla con urgencia —y el sujeto colgó sin dar otras explicaciones.

Apenas la mujer alcanzó a lavarse las manos, ponerse una chaquetilla de algodón, y acomodarse el pelo a la rápida, salió urgida hacia la calle. No bien cruzó la acera, dispuesta a tomar un taxi, dos hombres de expresión áspera, después de manifestarle que la iban a llevar hasta donde permanecía su marido, la invitaron a subir a un automóvil de color negro, y vidrios empavonados.

Valeria se dejó conducir por calles desconocidas, que parecían pertenecer a otra ciudad. Así, al menos lo creía debido a su angustia. Durante el trayecto no hubo intercambio de palabras, aunque preguntó varias veces si faltaba mucho para arribar a destino. Luego de veinte minutos, el automóvil ingresó por un portón de acero pintado de negro, a una casa de dos pisos, circundada de elevadas tapias. En el interior había un amplio jardín, rodeado de arbustos descuidados, una pileta andaluza con surtidor de agua en forma de pez y varias bancas de hierro fundido, pintadas de verde oscuro.

Junto a una puerta, que parecía ser la entrada a la vivienda, una mesa de pimpón aguardaba a los jugadores, pero éstos no se veían. Cuando pasaron por ahí, Valeria comentó que ella cuando estudiaba en el colegio, había sido campeona varias veces de pimpón, y que incluso ganaba a los hombres.

—Oiga. Es verdad; lo juro —aclaró cuando los tipos que la acompañaban la miraron incrédulos, y uno de ellos sonrió con ironía girando la cabeza, para no ser advertido.

Los tres avanzaron por una larga galería, tan propia de las casas construidas en la década de 1930, donde se conjugan varias tendencias de arquitectura, donde era patente la influencia del catalán Antonio Gaudí. Al fondo, encontraron una puerta de dos hojas, una de las cuales permanecía entornada. Por ahí ingresaron a una amplia habitación donde había estantes repletos de archivadores, tres escritorios ocupados por secretarias hacendosas que escribían a máquina, sin levantar la vista, y un mapa de la ciudad de Santiago, dividido en zonas bien demarcadas, traspasado por infinidad de alfileres, con cabezas de distintos colores.

Todo aquello sugería a Valeria, un lugar nada de común. Quizá era la oficina donde trabajaba Ismael, o el cuartel de la policía civil, o alguna casa de seguridad donde funcionaba el tenebroso Comando de Inteligencia Militar, organismo del cual había oído hablar en reunión de amigos. ¿Y porqué no podía ser el comando del partido político donde militaba Bernardo Gardés?

Por instrucción de uno de sus cancerberos, debió aguardar sentada en una banca situada junto a una ventana. El ambiente parecía y no parecía ser de una oficina fiscal. Con ánimo de distraerse, miraba a las secretarias y éstas, de cabeza en la labor de escribir a máquina, parecían ignorar su presencia. Por unos instantes se distrajo contando los archivadores ubicados en un estante, pero el asunto le pareció trivial. Desde una puerta que se abrió de

golpe, vio a uno de los tipejos que la había conducido hasta allí, quien encogiendo el dedo índice la convino a aproximarse. Valeria se levantó enseguida y caminó en dirección al fulano, mientras sonreía a las secretarias, aunque éstas sumergidas en su función burocrática, permanecían sin despegar los ojos de las teclas de las máquinas de escribir.

—Pase usted —le dijo en tono seco el individuo, quien cubría el ingreso a la habitación, como si fuese guardián.

Valeria entró a una pieza en la cual había un escritorio junto a una chimenea inactiva. Un sujeto acodado al mueble, vestido de azul y mechas duras de crin, cuya mirada hostil la mujer percibió al instante, se dedicó a observarla tratando de llegar hasta su alma, no bien la vio entrar.

—Siéntese por aquí —le ordenó con frialdad de funcionario de prisiones, mostrándole una silla, después de haber indicado a su ayudante que se marchara. Sólo entonces asumió una postura más de acuerdo a quien recibe una visita, aunque ésta se halle en condición menguada.

El hombre abrió una carpeta azul, algo manoseada y se dedicó a mover documentos de diversos tamaños. Parecía buscar un papel específico entre un montón, pues examinó una y otra vez el contenido de la carpeta. De vez en cuando levantaba la vista con cierta desazón, perdido entre la maraña de documentos, aunque trataba de mostrar serenidad.

—Aquí está —dijo con aire de triunfo y separó un papel, en cuya parte superior se veía impreso el nombre de una oficina de inteligencia.

Valeria, para distraerse, aunque ansiaba le informaran donde se hallaba Ismael en ese instante, miraba a su alrededor y se entretenía en contar las sillas. Además del sofá, había un estante con libros empastados, dos macetas con filodendros paraguayos, y un mueble

largo con varios compartimientos, atestado de archivadores de diferentes colores.

— ¿Me puede decir usted, señora, desde cuando conoce al señor Bernardo Gardés? Le ruego que sea precisa.

Valeria, sorprendida por la pregunta donde no hubo la menor introducción, al menos un saludo de cortesía, tragó saliva hasta atragantarse y la imagen del hombre que era su amante, apareció en la sala sentado junto a ella, porque deseaba conocer la opinión de quien decía amarlo.

—Desde hace cuatro, o quizá algo más de tres meses —anunció sin poder dominar el sonrojo, que como una mancha de vergüenza heredada le cubría el rostro, mientras la voz se agudizaba, hasta casi perderse en un sonido inaudible.

—¿Podría explicarme por qué razón usted, contraviniendo los acuerdos con su marido, siguió empeñada en mantener aquella relación?

— ¿Qué dice usted? Oiga, yo nada sé de ese asunto del cual habla. ¿Acaso me toma por una cualquiera? Oiga. Usted señor está hablando con una dama.

—No me satisface su respuesta, menos aún esa manera de hablarme —dijo el fulano y desde una cajita de madera sacó un clipe, que introdujo en el pabellón de su oreja.

—Yo he venido a saber si mi esposo, Ismael Leonides se halla aquí, y usted en cambio, me hace preguntas extrañas.

El fulano se irguió como si le hubiesen pinchado una nalga, y ensanchando el tórax para embestir, respondió que no le gustaban las insolencias, aunque él respetaba a las damas, y agregó:

—Su querido esposo, ha de saber usted señora, está siendo interrogado por el homicidio de una mujer.

Valeria vio cómo las paredes de la habitación danzaban igual a bailarinas orientales y se le venían encima. En tanto, la voz de quien la interrogaba adquiría el

volumen de amplificador de sonido, cuando le advirtió a continuación, que si ella no colaboraba, podía dañar a su esposo.

—Todo lo que usted dice, señor, me parece una mentira muy fea, porque desea que yo cuente asuntos de mi intimidad, pero nada expondré al respecto. Ismael es inocente y lo podría jurar. Con decirle que cuando ve sangre quiere desmayarse.

—Ahora, ¿me puede decir de quien es este alfanje que encontramos en su casa? —dijo mientras lo sacaba desde debajo del escritorio.

Valeria abrió los ojos hasta sentir que podrían caérsele al suelo.

—Primera vez que veo ese sable, señor. Lo juro.

El interrogador dio un golpe con el puño del alfanje sobre el escritorio, lo que hizo saltar lápices y volcó un frasco de goma arábiga. En sus ojos había relumbrones de ira, de la ira propia de quien se sabe dueño de la situación y de ella se aprovecha para ejercer dominio sobre las cosas. Para calmarse y retomar las preguntas, empezó a ordenar los objetos desparramados sobre el escritorio y a pedir disculpas, en tanto movía la cabeza para reforzar su solicitud. Ahí, resolvió la mujer a echar lagrimones de ofendida y a gemir por lo bajo, como niña mentirosa.

—Volvamos sobre el tema que afecta al señor Bernardo Gardés. ¿Me podría decir usted, (y por favor le ruego que responda con tranquilidad) si lo vio alguna vez en reuniones o conversar con estas personas? —y le mostró varias fotografías, pegadas sobre cartulinas blancas.

Valeria cogió sin entusiasmo las cartulinas y se puso a observarlas. Luego de una observación somera, y dudar al menos sobre tres fotografías, donde creyó identificar a alguien, movió la cabeza en forma negativa, y desolada se cubrió la cara con ambas manos.

— ¿Nadie le parece conocido? Sin embargo, usted dudó al ver las fotografías de estas tres personas —y se las empezó a mostrar una a una, mientras las golpeaba con el

índice.

—Creí verlos alguna vez, pero no estoy segura, señor.

—Mírelas de nuevo. Se puede tomar todo el tiempo del mundo —y el hombre desde un cajón sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció de fumar.

Valeria, que sólo fumaba por monería, sobre todo en las fiestas, no quiso coger un cigarrillo, y pidió a cambio un vaso de agua, pues aún tenía llantos inconclusos en la garganta, los cuales le perturbaban el habla. Entonces, volvió a mirar las fotografías, ahora dispuesta a encontrar a alguien conocido.

El hombre, sin titubear, le ofreció agua desde una botella de cuello de cisne que había sobre el escritorio. Y mientras la vertía en un vaso de plástico, le solicitó que tuviese calma.

—Oiga. Aquí hay alguien que me parece conocido —exclamó al fin— y con un dedo tembloroso señaló a un dirigente de la construcción, que los servicios de inteligencia buscaban desde hacía meses, en la zona norte del país.

— ¿Nadie más? —indagó el fulano, en cuyo rostro florecía una sonrisa de complacencia, al ver cómo disponía de un camino seguro para llegar hasta Gardés.

—No creo haber visto a nadie más, señor.

—¿Y cuándo usted vio a esta persona? Por favor, no se apresure en responder. Si nos informa en regla, podríamos dejarla ver a su esposo no bien terminemos.

—Oiga. ¿Él se encuentra bien?

—Está muy bien y tranquilo, señora. Ahora, dígame: ¿cuándo vio a Bernardo Gardés con esta persona? Es necesario que me dé una fecha más bien precisa.

—Hace unos quince días, en el café Bedat del Califa, cuando me reuní con Bernardo, para hablar como amigos.

— ¿Había alguien más con ellos?

—No. Estaban solos. Cuando llegué, se marchó

esta persona —y volvió a señalarla con el dedo tembleque.

El interrogador se acodó en el escritorio, asumiendo una postura de meditación. En su mirada vidriosa, cargada de odio hacia quienes consideraba sus adversarios, se movían fuerzas malvadas. Si no hubiese sido adiestrado para resistir las emociones súbitas, habría empezado a dar órdenes urgentes, para hacer detener a Bernardo Gardés, antes de que decidiera entrar en la clandestinidad. A través de éste, pensaba llegar hasta el dirigente de la construcción. Y después, caería el resto de la organización sindical, atrapados como moscas en papel engomado.

Retiró un cigarrillo del paquete, convertido en un obsequio apreciado y se puso a sobarlo. Enseguida, calmoso, lo llevó hasta sus labios, y cogió una cajita de fósforos. Antes de encender el cigarrillo, miró a Valeria, quien daba muestras de ansiedad, pues nada sabía de Ismael, pese a las promesas que le habían formulado.

—Ahora, oiga ¿podría ver a mi marido, o saber dónde está? —expuso Valeria, con la voz suave de quien se disculpa, como si no quisiera perturbar el frenesí que le producía fumar al hombre, encargado de interrogarla.

—Por el momento no será posible. Vuelva mañana —respondió el sujeto, lanzando una bocanada de humo hacia un costado, en un gesto propio de quien respeta a su interlocutor y volvía a poner el alfanje bajo el escritorio.

— ¿Mañana? Usted prometió que lo vería hoy, y ahora resulta que debo volver mañana. Esto es una injusticia, señor. ¿Acaso ignora que nos balearon la casa?

—A partir de este momento, usted puede marcharse. Si quiere, vuelve mañana. Eso es todo. Buenas tardes.

Valeria no advirtió el instante en que regresaban los hombres que le habían conducido hasta ahí. La ayudaron a levantarse, mientras el interrogador se alzaba de su silla, después de guardar las carpetas en un cajón del escritorio, para acceder a una habitación contigua, por una puerta algo

disimulada junto al cortinaje.

—Oiga. Quisiera hablar unas palabritas con el caballero que se acaba de ir —explicó Valeria a los individuos, pero éstos se limitaron a cogerla de los brazos pensando que era un bulto, para señalarle que la llevarían de regreso al hogar.

—Gracias por la amabilidad —se limitó a decir la mujer y tragó la amargura acumulada desde hacía horas.

Oscurecía, cuando los hombres la obligaron a descender frente a su casa, pues en un momento —ella no sabía si movida por la locura o por el valor— se había negado a bajar del automóvil, hasta que no dijeran dónde estaba Ismael Leonides.

—Acaso, estúpida, ¿deseas complicar las cosas? Da gracias que te trajimos hasta aquí, y no te botamos en algún basural solitario, después de violarte —la recriminó uno de los hombres, mientras la empujaba con rudeza desde la espalda para que descendiera del automóvil.

Ahora, Valeria comprendió las razones del engaño, los motivos de por qué la habían conducido hasta una oficina donde debería funcionar un organismo de seguridad. Irreflexiva voló al teléfono, desesperada por hablar con Bernardo Gardés y referir lo que sucedía. A punto de llamar desistió, al advertir que si lo hacía, tendía una trampa mortal al amante.

Como si desvariara, se movía de un lugar a otro hablando sola, y en el afán de hallar algún grado de tranquilidad, se mordía los dedos y trataba de razonar. Se veía, sin embargo, enfrentada a un laberinto de dudas, al cual tenía que entrar por necesidad, pues no encontraba otra opción. ¿Y si llamaba a la policía? Pensaba en esta posibilidad extrema, que al fin juzgó nada de inteligente, ridícula, cuando decidió echarse en un sofá, en el mismo sofá acogedor y alcahuete, donde se tendía a menudo con Bernardo Gardés —aprovechando la ausencia de Ismael— a repasar el manual de los amantes, sin omitir ningún capítulo.

Aquello resultaba ser un grato recuerdo, pero ahora la punzaba el desconcierto, en medio de la sensación de que Ismael fuese juzgado por homicidio, aunque ella juraría que su esposo era inocente. ¿Quién era la mujer asesinada? ¿De verdad el alfanje estaba en su casa y ella lo ignoraba? ¿O habían mentido para soltarle la lengua? Esto último semejaba ser lo más inteligente de pensar y se aferró a la idea. Aunque a veces criticaba la extrema violencia de Ismael por hechos nimios, le parecía la reacción natural de un hombre vinculado a una dependencia del gobierno militar.

Atrapada en su propio hogar, como mariposa en un frasco de vidrio, ignoraba si debía permanecer ahí, viviendo la antesala del insectario o ir a ocultarse en casa de amigos. Sólo una estúpida podía permanecer ajena al peligro que comenzaba a afrontar a partir de ese instante. ¿Dónde se instalaba el límite de la razón, la piedra de tope, el medio para neutralizar tanta brutalidad? Aquella noche quiso ver cómo en torno a su familia se cernía una maniobra diabólica. Se desesperaba en su intento de ordenar las ideas, que la abrumaban con fuerza devastadora. Desde hacía algún tiempo se había percatado, atando cabos por aquí y por allá, cual era el verdadero trabajo de Ismael, aunque trataba de desentenderse. “Si me he metido en esto —le comentó Ismael en cierta ocasión— no es asunto para ser afable con los adversarios. Y no olvides jamás que ambos estamos implicados en lo mismo”.

A Valeria este alcance le molestó, pues era la forma grosera de involucrarla. Obedecía a un procedimiento de destrucción, elaborado cinismo de provincia, casi primitivo, encaminado a sostener las bases de un gobierno ilegítimo, vilipendiado por todo el mundo. De ser así, el buen Estado debía mantenerse íntegro por encima de sus miembros, incluso de sus vidas, porque en primer término se hallaba éste, por sobre la sociedad.

Después de haber preparado una maleta con ropas

ante una emergencia, se tendió sobre el lecho para conseguir el sueño en distintas posturas, pero ninguna la aquietó. Sentía que le sobraba un brazo, una pierna, la oreja; que las rodillas al juntarse le producían dolor. La almohada tenía irregularidades, protuberancias de un leño provisto de una corteza dura en forma de escamas filosas. ¿Cómo poder dormir si Ismael se hallaba en peligro de muerte? Cerca de la medianoche, cuando parecía imposible quedarse dormida, logró darle forma y contenido al escurridizo sueño.

Lo hizo a saltos, despertada por sus propios ronquidos de tormenta, o el paso furtivo de un vehículo por la solitaria calle. Tuvo sueños escabrosos, plagados de fealdad, donde Ismael exigía que se acostara con animales repugnantes, porque anhelaba sentir otros placeres. Y Valeria, para complacerlo —sus padres le habían enseñado que al marido es necesario darle el gusto en todo— se sometía a los arbitrios de quien la corrompía.

Despertó al escuchar el seco frenazo de un vehículo. Algo atontada se asomó por una ventana a la calle y vio descender de un automóvil, a varios individuos quienes en segundos rodearon su casa. Asustada se refugió en el dormitorio. Dos hombres llegaron hasta ahí y encendiendo las luces, le gritaron que no se moviera, porque le podía pesar.

— ¿Dónde ocultas al infeliz de Ismael? Si no hablas, puta asquerosa, aquí mismo te vamos a violar.

Cuando Valeria quiso escapar hacia el living, uno de los allanadores la cogió de un brazo y la arrojó al suelo, haciéndola girar como si revolviera con un cucharón la sopa de una marmita.

—¡Nada sé! ¡Nada sé! —gritó desde la horizontal, mientras su agresor le ponía el pie en el sobaco, sujetándola de la mano.

—Si no hablas, hija de puta, juro que te voy a arrancar de un tirón este maldito brazo.

—Oiga. ¿De qué hablan, si no sé qué decir? —

alegó la mujer con voz atragantada por el llanto, pues el dolor le traspasaba hasta el hueso.

— ¿Dónde está el cabrón de tu marido? ¿Dónde está? —y quien la interrogaba, se dedicó a doblarle el brazo, como si fuese un trozo de goma.

Valeria se desmayó incapaz de resistir la tortura, aquella violencia desmesurada venida de la oscuridad del tiempo. Los tipos, sin decir palabra, decidieron abandonar el lugar. La búsqueda de Ismael Leonides había sido infructuosa por el momento. No entendían cómo, mientras lo trasladaban en automóvil desde una cárcel secreta hasta el cuartel general del Comando de Inteligencia Militar, había logrado huir a pie, luego de haberse producido una colisión entre el vehículo donde lo conducían y un bus de pasajeros. Como el chofer del automóvil del Comando había quedado mal herido, Leonides se escabulló en medio de la confusión.

Nadie hasta el momento se había atrevido a referirle al General la sorprendente fuga de Ismael "Querubín" Leonides, aunque había transcurrido media hora. Que uno de ellos mismo hubiese burlado la vigilancia del Comando de Inteligencia Militar era un hecho inconcebible, casi paradójico. A veces por situaciones menos importantes, casi triviales, el General insultaba a sus hombres y los castigaba, encerrándolos por unos días en habitaciones oscuras, o los enviaba a realizar misiones ingratas a regiones inhóspitas.

Cumplida una hora de la repentina desaparición de Ismael Leonides, su jefe decidió comunicar el hecho al General. Desde que se había iniciado en el servicio hacía siete años, no había tenido que cumplir una misión así de ingrata. Aun cuando tenía una participación mínima en la fuga de Ismael, su responsabilidad adquiría importancia, pues desde que éste había ingresado a la unidad, estaba bajo su mando.

En más de una ocasión lo había recomendado a sus jefes superiores para realizar trabajos de contra inteligencia

e infiltrar organizaciones clandestinas. Siempre Leonides había cumplido sus tareas a riesgo de su propia vida, pero a partir de su evasión, las dudas se fortalecían, y sus misiones quedaban al desnudo.

Para calmarse, el jefe tragó una píldora de color rosado, que tenía en un frasco de vidrio en un cajón del escritorio. Cogió el auricular del teléfono y al ponerlo en su oreja, lo sintió pegajoso, como si fuese un batracio en vez de un aparato para comunicarse. Discó el número privado del General, pero al escuchar que estaba ocupado, sintió un curioso alivio. Ojalá lo estuviese todo el día, para así hallar una justificación a su atraso de informar de la fuga, aunque en tal caso, debía utilizar otro método.

Cuando volvió a discar por segunda vez, alguien golpeó su puerta. Parecía tratarse de una situación de urgencia, pues los golpes eran secos y adquirían una mayor resonancia por el silencio de la habitación. El jefe de "Querubín" puso el auricular en su sitio, porque aún el teléfono del General seguía ocupado, y autorizó que entrase quien llamaba.

—La situación se complica, señor —le dijo el funcionario que servía de secretario. —Hace unos minutos, Ismael Leonides decidió pedir amparo a la iglesia católica, y ahora pensamos que se encuentra en una de sus dependencias, protegido por las autoridades eclesiásticas.

El jefe dio un furioso golpe de puño sobre el escritorio y maldijo a la madre de Leonides. Se le descompuso el rostro, quien sabe si por haber visto de cerca la muerte o la expresión de ira del General, pues ambas cosas las temía por igual. Luego, se levantó de la silla para empezar a recorrer las espaciosas dimensiones de su oficina, como si fuese un prisionero, en tanto daba bufidos y entre dientes pronunciaba palabras soeces, nada de originales.

—El maldito, téngalo por seguro, nos va a cagar a todos de arriba abajo —exclamó al fin, y se desmoronó en un sofá de cuero negro, donde acostumbraba dormir,

cuando debía quedarse de guardia en las noches.

—Quizá podríamos rescatarlo de donde está —anunció su secretario, con voz tenue, como si no quisiera ser escuchado.

—Sería la mayor imbecilidad de todos los tiempos —respondió el jefe, y enseguida ordenó que se marchara.

Al quedar solo, volvió a sentir el peso de la autoridad casi omnímoda que ejercía el General sobre todos ellos. En ese instante lo vio casi convertido en semidiós, disponiendo de la vida a su antojo, de quien se atreviera a perturbar sus planes. Ahora, si el General en varias ocasiones lo había tratado con cierta familiaridad e invitado a beber un trago a sus aposentos privados, no lo iba a eximir de responsabilidad. Acaso sería más severo a causa de la confianza que le había dispensado.

Cuando cogió de nuevo el auricular, estaba algo más tranquilo, aunque las mismas dudas lo atormentaban. No bien sintió que la comunicación se establecía, se puso a pensar cuales podrían ser las primeras palabras que diría al General. Al escuchar su voz autoritaria, fría, donde preguntaba quien estaba al habla, dijo:

—Señor General; habla Tancredo. Debo informar a usted, que mientras era trasladado a una unidad distinta, Ismael “Querubín” Leonides logró escapar del vehículo donde iba...

El General acostumbrado a interrumpir a sus subalternos, lanzó obscenidades al voleo, diatribas, palabrotas de la jerga militar, propio de un hombre dominante, arbitrario, y dando un golpe al auricular, cortó la comunicación. No quería enterarse de otros detalles. Si en ese instante alguien lo hubiese visto, habría pensado que sufría estitiquez y pujaba en vano. “Estoy rodeado de imbéciles incorregibles” —dijo en susurro— y de una alacena sacó una botella de jerez, para echarse un trago al buche desde el mismo envase. “Nada mejor a esta hora, brindar por quienes me hacen cagadas tras cagadas”.

Al cabo de unos meses, ante la sorpresa de la

opinión pública, el General era removido de su cargo. Dentro de la cúpula militar se cuestionaba su desmesurada figuración, el abuso en contra de sus propios hombres, y el lamentable manejo sobre el homicidio de Soledad Ceballos.

Desenlace

Como se sabe, Ismael Leonides logró arribar a pie hasta las dependencias de una iglesia del sector de Blanco Encalada, donde pidió asilo. Quienes lo vieron llegar, en su mayoría feligreses que asistían a misa, creyeron estar en presencia de un mendigo agredido por una turba. Iba descalzo, con las ropas hechas jirones, manchadas de sangre y tierra, y el rostro cubierto de moretones. Apestaba como letrina pública, y por la expresión de sus ojos exaltados, cualquiera habría advertido que venía saliendo de una jornada de terror. Igual a náufrago se dejó caer junto a una columna a la entrada del templo, mientras sollozaba y pedía clemencia a quienes estaban cerca.

Se sintió observado como si fuese un bicho repugnante, y ahí entendió cual es el límite del desamparo, su destino entregado al azar, debido a la pobre dimensión de su abatida imagen, puesta en el escenario de aquella iglesia gótica de anchos pasillos. Escuchó la música de un órgano, las voces de quienes advertían al sacristán que allí había un hombre que parecía estar moribundo. Luego, vio que se borraba su entorno y las sombras empezaban a danzar a su alrededor. Alcanzó a escuchar: “¿Quién será este prójimo?” Más tarde despertaba bañado, vestido con ropas limpias en una dependencia de la casa del cura párroco.

—En confianza, ignoro cómo logré escapar de mis

aprehensores. Debe de haber intervenido la mano de Dios —le advirtió al sacerdote, quien no parecía interesado en preguntar ni siquiera su nombre.

Cerca de las nueve de la noche, por televisión se difundía la identidad de Ismael Leonides alias “Querubín” y se decía que se trataba de un brutal asesino de extrema peligrosidad, a quien la policía buscaba de preferencia en la capital, por haber matado a varias mujeres, después de haberlas abusado.

A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, ya curado de sus heridas y repuesto de un viaje al infierno, se atrevió a contar su historia a quien le había ofrecido hospitalidad. En un momento mientras la narraba, los ojos se le nublaron y durante unos segundos perdió la visión. Y lo que no había conseguido en años, derramar una sola lágrima ante hechos aún más estremecedores, lo lograba a través de un método por él mismo empleado.

—Quisiera ver a mi esposa y a mis hijos —le suplicó al cura, después de narrar parte de su vida plasmada de aventuras y desventuras, donde las bellaquerías que había cometido permanecían temperadas, pero el sacerdote lo disuadió de plano, porque le pareció una imprudencia temeraria si de verdad lo perseguía el macabro Comando de Inteligencia Militar.

No era cuerdo a esas alturas prevenir a la policía. Sin embargo, el fraile se comprometió a hacer llegar a Valeria una noticia verbal para tranquilizarla, aunque esto también revestía demasiados riesgos. “Querubín” debía entender que él era un inestimable eslabón que se cortaba en la cadena del aparato represor de la dictadura. De allí que su deserción, a partir de esa fecha, tenía de cabeza a todo el Comando de Inteligencia Militar del país detrás de sus pasos.

Atardecía sin paréntesis, cuando el cura le comunicó que Valeria en compañía de sus hijos había encontrado refugio en una embajada europea. Ella sabía que él estaba vivo y a salvo, en algún lugar secreto de

Santiago, bajo el amparo de una institución humanitaria. “Querubín” pidió ir a rezar y rengueando se encaminó a la capilla. Enfrentado a la quietud del recinto, al olor a incienso, sintió una tranquilidad que no conocía desde hacía años. Sin embargo, ésta no tenía la fuerza necesaria para eximirlo de las perversidades que lo colmaron de gloria.

En la noche, mientras cenaba en el refectorio, un abogado de la Vicaría de la Solidaridad llegó a visitarlo. Ahí, pudo “Querubín” hablar de su vida a partir del mismo día en que juró por la patria trabajar en beneficio de la dictadura, y de las razones que tuvo para huir. Nada dijo acerca de su labor de torturador y de su responsabilidad en varias muertes, incluida la de Luisita Basáez, aunque reconoció haberla violado en un paraje solitario, porque la joven lo había provocado con sus artes de hembra. Y como quien desea borrar el pretérito de una plumada a traición, manifestó estar arrepentido de tantas bellaquerías cometidas en su existencia, y deseoso de enmendarse a partir de ese momento.

A “Querubín” se le ocurrió manifestar, pensando hacer un aporte de interés, que conocía al abogado Hermógenes del Rosal, a quien pensaba llamar para que lo ayudara. El abogado de la Vicaría hizo un gesto de sorpresa, mientras intercambiaba miradas con el sacerdote.

—Es como entregarse a los Servicios Secretos de la dictadura. Si quiere vivir, nunca más vuelva a mencionar ese nombre —dijo.

A Ismael Leonides no le extrañó escuchar por la radio, a la mañana siguiente, la noticia del suicidio de un sargento de apellido Máncer, que servía de chofer a uno de los jefes del Comando de Inteligencia Militar. Sobre él recayó al fin la responsabilidad de haber asesinado a la “Gata Rucia”, para acallarla. El homicida coleccionaba armas blancas, donde tenía espadas, yataganes, dagas y un alfanje, sable que su cónyuge nunca dijo haber visto en la casa.

Soledad, según informó la prensa, sabía de la amistad fraternal del sargento Máncer con un prominente político, que al comienzo aplaudió el golpe militar de los generales, y después se hizo encarnizado opositor a la dictadura. Sacrificar al sargento, parecía lo más sensato. Desde hacía tiempo robaba la gasolina y el aceite de los automóviles del Estado Mayor, para venderlos en el mercado negro. Le entregaron un revólver y lo pusieron en la disyuntiva de que para lavar su honor se suicidara por haber asesinado a Soledad Cevallos, y no por ladrón, lo que constituía una ofensa inadmisible debido a su calidad de militar.

—En confianza, lo obligaron como a muchos otros —le dijo al sacerdote, cuando éste lo invitó a tomar desayuno y ponía en sus manos un diario de la mañana, donde se hablaba del suicidio del militar, aunque las informaciones entregadas por la prensa leal al gobierno, eran confusas.

Sin embargo, el homicidio de Soledad Ceballos, se había fraguado a espaldas de Leonides. En Asunción, la mujer había cometido una imprudencia fatal y temeraria, al abandonar el cuarto del hotel en la noche, sin notificar a su acompañante. Después de reñir por horas con la almohada, y como no lograba quedarse dormida, decidió ir al lobby a beber un trago, cerca de las once de la noche. Para su desgracia, al abordar el ascensor se encontró a solas y a boca de jarro con el hombre de la barba rizada.

—Años que no te veía, gatita. ¿Acaso decidiste desertar igual que yo? —le espetó el fulano, deteniendo el ascensor.

—Perdone, caballero, pero yo a usted no lo conozco —respondió sin turbarse.

—No me gusta que te hagas la débil mental, cuando podría ayudarte si lo necesitas. Aquí en Paraguay, tengo amigos muy influyentes si quieres protección. Sé que tú la necesitas, después de lo que he sabido de ti.

—Le reitero, señor. Yo a usted no lo he visto

jamás, y si insiste, llamaré a mi marido, o si prefiere empiezo a gritar porque usted quiere violarme. ¿Le parece? Elija. Ahora, le ruego que pulse el botón para descender. ¿Le parece?

El hombre titubeó al percatarse cómo se defendía la mujer, sin ofrecer la mínima fisura por donde abatirla. Sin disponer de otros recursos y cuando empezaba a sentir dudas sobre la identidad de aquella persona, pulsó el botón y el ascensor se puso en movimiento. Al llegar a la planta baja, por separado se dirigieron al bar.

Desde hacía dos años Juan Enrique González, quien fuera capitán de ejército, trabajaba en Paraguay al servicio de la CIA. Desertó de la Policía Secreta chilena, luego de haber vendido información a la embajada de Estados Unidos, sobre el asesinato en Argentina de un general chileno, junto a su esposa. Había conocido a Soledad en la Universidad, mientras estuvo allí de infiltrado. Después, la encontraba en el Comando de Inteligencia Militar, aunque trabajaban en secciones distintas, pero en varias oportunidades habían intercambiado información.

Soledad, igual a cualquiera huésped se instaló en el bar, como si nada hubiese acontecido. Acompañada de un whisky, se puso a escuchar el piano, interpretado por un negro de la isla Martinica. Desde cierta distancia, el capitán González la observaba de soslayo, mientras conversaba con dos amigos. Aunque al principio tuvo dudas, aquella mujer era la famosa “Gata Rucia”. Una hora después, ella regresaba a su habitación, en tanto Ismael Leonides continuaba dormido, sin haber siquiera cambiado de postura en la cama.

A la mañana siguiente, mediante un llamado telefónico, el General era advertido del encuentro entre el capitán González y Soledad Ceballos. Aunque al principio lo quiso ver como una situación casual, después empezó a evaluar ciertos hechos, y la duda adquirió fuerza. ¿Porqué Soledad no había informado a Leonides de la presencia de

quien se sabía trabajaba para el Gobierno de los Estados Unidos? Si había querido ser cautelosa, el procedimiento que utilizó había puesto en riesgo la misión. Como el General desconfiaba hasta de su propia palabra, ordenó que apenas arribara Soledad desde Asunción, la empezaran a vigilar de cerca.

En la tarde, recibía otra llamada por teléfono, donde achacaban a la mujer su vinculación con la CIA. Alguien había visto que el capitán González le entregaba un sobre, cuando ambos salían del bar, donde habían permanecido juntos. Lo que ella había hecho era pedirle su cuenta de consumo al hombre, quien insistía en invitarla.

El General enmudeció con la noticia, lo cual no era su estilo. A lo menos estuvo un par de minutos acodado sobre el escritorio, en actitud pensativa. “La basura que molesta en el ojo hay que sacarla”, reflexionó. A continuación, cogió un lápiz y se puso a golpear la carpeta donde estaban los antecedentes de la operación de Paraguay, denominada “Redoble de Tambor”. No conocía la palabra titubeo, pero ese día las dudas rondaban por su cabeza, convertidas en moscas de cloaca. Cerca de las nueve de la noche, antes de retirarse de la oficina, llamó a su ayudante para confidenciarle que según los últimos datos que había recopilado, Soledad Ceballos trabajaba para la CIA. De ser así, la misión debía considerarse abortada. A modo de conocer el daño de la operación en Paraguay, había que interrogarla y luego deshacerse de ella.

—Que parezca, y esto es una orden, obra de una organización clandestina de izquierda —recomendó el General, y frente a un espejo se puso la gorra y se acomodó la guerrera. Se sentía seductor, aunque a veces le pesaba ser mestizo. Enseguida agregó: —En cuanto al imbécil de Ismael Leonides, por boquiabierto, lo escarmientan tan pronto me dé cuenta de su viaje. Buenas Noches.

Ismael Leonides, el tenebroso “Querubín”, ignorante de todo el entramado que se había fraguado a su

alrededor, continuaba trabajando en su puesto de siempre. Al ser detenido por sus propios compañeros, bajo el cargo de no haber cumplido con eficacia su misión en Paraguay, olfateó la muerte y se propuso huir. Lo mismo debía hacer ahora que se encontraba en la iglesia, en una situación de incertidumbre. El encierro lo perturbaba, producía la maldita sensación de ser su propia víctima. Aunque veía en el cura párroco y en el sacristán rasgos de comprensión, a veces suponía que éstos lo podían delatar si se enfrentaban a una situación de evidente riesgo. Pese a este cuadro de incertidumbre, seguía creyendo que en el Comando de Inteligencia Militar se había desatado una pugna intestina. De ser así, había quienes continuaban creyendo en él, pero éstos se hallaban en desmedro.

Acostumbrado a las traiciones de signo deleznable, todo parecía verosímil. Casi era el resultado natural para coronar sus desventuras, las infinitas desdichas de un hombre que, como un remedo de bicho metido a contrapelo en el insectario, desde siempre vivía acosado por fuerzas malignas.

Durante la noche quiso dormir. Su fino olfato dominado por la desconfianza, le advirtió de la presencia del peligro. Un olor malsano flotaba en el ambiente, venido desde el infierno. La pequeña habitación sin ventanas donde permanecía, tan similar a una celda donde él torturaba a diario, se hallaba harta de aliento a muerte.

A los reiterados golpes en su puerta, siguió la voz concluyente del sacristán que lo conminaba a abrir de inmediato. Saltó de la cama convencido de haber llegado su hora. En menos de un minuto, guiado por el sacristán se introdujo por un subterráneo que desemboca en las alcantarillas de la ciudad, infestada de ratas, de miasmas y de las evacuaciones realizadas a todas horas, por ciudadanos corrientes.

Escuchaba voces confusas, sirenas, ladrido de perros, y veía el haz de una linterna, que desde la boca del túnel seguía sus pasos vacilantes. Como rata de alcantarilla

se sintió atrapado, y la sensación de morir ahogado en las excretas anónimas, le produjo terror. Hubo un instante de silencio, convertido en prólogo de nuevos hechos de pánico, justo cuando empezaron a aparecer unas cucarachas —brillaban como el carbón piedra— que subían en loca carrera por las paredes húmedas. Parecían excitadas, deseosas de aparearse.

¿Todo aquello se parecía al miedo sentido por sus víctimas o era distinto, porque él sabía el método para ablandarlas mediante sus tenebrosas argucias? Desde luego, les daba la oportunidad de ser interrogadas sin presión, donde su gentileza deslumbraba. Si se resistían, pasaba a la segunda fase: la tortura. Si había que humillarlas, para que después hablaran, las obligaba a mantener relación carnal con personas del mismo sexo; o eran colgadas por horas de los tobillos igual a reses de matadero, hasta ponerse moradas; o las quemaba con cigarrillos, llegando al refinamiento de introducirles algún objeto puntiagudo por los orificios.

Ismael Leonides, cuya exquisitez para torturar era imitado por sus alumnos, se había guarecido en un recodo de la alcantarilla simulando ser una rata parda, desde donde no podía ser visto a cierta distancia. Aquel escondite, sin embargo, podía resultar una trampa. Sobre su cabeza vio una reja de hierro movible, por donde se inspecciona el ducto desde la calle. Bastaba que alguien se asomara por ahí para descubrirlo.

Permaneció en cuclillas por un tiempo que no sabía precisar, mientras el agua nauseabunda, emporcada por urgencias líquidas y sólidas, seguía su curso regular. Agarrotado, sentía ahora en carne propia la mano vengativa de Dios, lo que significa permanecer durante horas inmovilizado a un catre, con fuertes amarras, aguardando se le aplique electricidad en el ano o en los genitales. ¿Cómo no recordar los métodos que le habían enseñado los miembros de los servicios secretos de Israel, Brasil y otras entidades, cuya exquisitez y eficacia para

torturar eran reconocidas en los círculos especializados? Admiraba la maestría de estas organizaciones, la calidad exhibida de profesionales de la universidad del terror.

Aunque se podía mover en su reducido espacio, el agua excrementicia igual se deslizaba a raudales sobre el rostro, la boca y le nublaba los ojos. Experimentó intensas arcadas y se puso a vomitar un líquido verdoso, hasta casi atragantarse. Él, sin embargo, sí sabía soportar el delirio de aquella situación.

Muy bien recordaba que para ablandar a los presos políticos en los interrogatorios, hasta dejarlos convertidos en guiñapos, los sometía a un vejamen parecido. Les sumergía la cabeza en un cubo con excrementos de ellos mismos, hasta asfixiarlos.

"En confianza, coman de su propia mierda hasta llenarse las tripas, hijos de puta", los increpaba con fiereza, y observaba satisfecho cómo los infelices se ponían a llorar o hipaban dominados por el asco, mientras pedían clemencia. A quienes protestaban al asumir cierta dignidad aunque disminuida, les proporcionaba doble ración de excrementos, para acallar su rebeldía.

Algunos terminaban por ahogarse en medio de las náuseas, aunque eran los más débiles. De ese modo operaba la selección natural, teoría por la cual "Querubín" experimentaba una irresistible admiración y se complacía que así fuese. Al concluir la grosera humillación, tan del gusto del General, nadie se negaba a hablar hasta por los codos, e incluso se deshacían dando otras informaciones. Se transformaban en desaforados parlanchines. Una y otra vez se cumplía la sentencia, de cómo hasta los más testarudos, concluyen por desmoronarse frente al escarnio.

Quienes soportaban mejor el suplicio, sin embargo, eran las mujeres aunque llegase a ser horrendo, escarnecedor. Muchas, a menudo, preferían morir antes de denunciar a alguien, y acababan por insultar y escupir el rostro a sus torturadores. Esta actitud, incomprensible para "Querubín" y sus secuaces, los enfurecía hasta sentir

escozor en el alma, al suponer que la debilidad femenina era un asunto comprobado.

El ruido atronador de vehículos que circulaban por encima de su cabeza, mientras la tenue luz del día penetraba a través de la reja de la alcantarilla, señaló el fin de esa noche de pánico. El hecho de haber burlado a sus propios compinches, constituía una hazaña incomparable, envuelta en la certeza de haber escapado de una muerte segura.

¿Concluían ahí sus desdichas? Más bien empezaban a emerger detrás del horizonte, a adquirir forma al convertirse en el resumen de una vida de perros marcada por el desamparo, similar a la de quienes estuvieron bajo el constante arbitrio de su ilimitada depravación. Quizá, su mayor anhelo sería volver a Tricahue. Necesitaba enfrentarse al pasado, pisar los sitios del ayer, la casa donde nació. Oler sus rincones, el peumo centenario plantado en el centro del huerto, en cuyo tronco labró las iniciales de Luisita y la de él.

Se restregó los ojos y las imágenes de “El Purgatorio” adquirieron presencia, impulsadas por una nueva realidad. Los escenarios cambiaban a la velocidad de las intrigas, pero “Querubín” se resistía a creer en ellos. Nada era verosímil donde el tiempo parece haberse detenido sin dar explicaciones. La dictadura cívico-militar de tanto engolosinarse había sucumbido hacía años, sin embargo, de ella quedaba el aliento, las secuelas, el olor nauseabundo del pasado, los símbolos esculpidos en cada piedra, como si ahí se fuera a contar su historia.

Si lo iban a fusilar deberían hacerlo en la plaza del pueblo, en presencia de las autoridades de la municipalidad, de su familia, amigos, mientras la banda de música interpreta una marcha fúnebre. ¿Y por qué tendría que ser fúnebre? Mejor que fuese alegre, porque era una liberación.

¿Cómo no recordar el busto hecho en bronce del fundador de Tricahue, don Álvaro de Belitre Pérez de

Arce, instalado en el centro de la plaza del pueblo? A veces lo robaban quienes decían conocer la verdadera historia del polémico capitán español, y terminaba arrojado en el basural, o en el lecho del río Quilicura si los ánimos no se hallaban caldeados. Nunca hubo pueblo donde las discordias estuviesen marcadas de tanta profundidad. Pese al tiempo transcurrido, aun su presencia en la plaza es motivo de encontradas disputas. La reconciliación parece distante, calcada de cuanto sucede en el resto del país. Se dice que don Álvaro había destripado mapuches, les cortaba los brazos, o las orejas cuando parecía benévolo. Abusaba de sus mujeres y hacía esclavos a los hijos; incendiaba las rucas y las cosechas emulando al señor de horca y cuchilla, no obstante, para "Querubín" todo era una infamia urdida por sus enemigos. Igual dirían de él, aunque al cabo de los años, terminarían por venerarlo.

Se puso a evocar, cuando las calamidades envenenan hasta el aire con pestilencia de felonía, lo que Luisita Basáez le susurró al oído, segundos antes de asesinarla: "No sabes mi amor lo feliz y segura que me siento junto a ti". Aquella frase inesperada se convertía en síntesis de desdicha, en lápida, en el peor escarnio sufrido por quien se consideraba ejemplo de lealtad hacia la patria. Ahora, le urgía reaccionar frente a las congojas, recuperar su dignidad ultrajada durante años, sin embargo, no pudo. Un despavorido ejército de cucarachas corría por la celda haciendo noche, mientras desde el techo pendía el cadáver del coronel Bartolomé Alzamora Ramírez.